
LOS PÍCAROS TEMERARIOS
LIBRO 3
LA CLAVE DEL ERUDITO
ELLIE ST. CLAIR

La clave del erudito

LOS PÍCAROS TEMERARIOS

LIBRO TRES

ELLIE ST. CLAIR



Índice

Introducción

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Epílogo
Un anticipo de La brújula del lord

Otras Obras de Ellie St. Clair
Acerca de la autora

© Copyright 2024 Ellie St. Clair

© de la traducción 2025

Título original: *The Scholar's Key*

Reservados todos los derechos.

Este libro, tanto completo como sus partes, no puede reproducirse de ninguna forma, ni almacenarse mediante ningún sistema, ni transmitirse por ningún medio, sea electrónico, mecánico, de grabación, en fotocopias, o de cualquier otra manera, sin permiso previo del editor.

Facebook: Ellie St. Clair

Cubierta AJF Designs

¿Quieres conocer mis últimas novedades? ¡Apúntate aquí a mi newsletter en español!

Los pícaros temerarios
El tesoro del duque
El secreto del conde
El código del vizconde
La brujula del lord

* * *

www.elliestclair.com

Introducción

Querido lector, querida lectora:

Antes de que te embarques en la tercera historia de los Reckless Rogues, me gustaría dedicar un breve momento a presentarte de nuevo a nuestros personajes.

Aunque El enigma del erudito puede leerse de forma independiente, te recomiendo encarecidamente que leas los libros de esta serie en orden, ya que hay una trama de fondo que resultará mucho más amena de ese modo.

Los siguientes personajes están presentes en cada libro:

Nuestras heroínas

Lady Cassandra Sutcliffe (Le secret du comte)
Lady Hope Newfield (Le code du vicomte)
Lady Persephone (Percy) Holloway
Lady Faith Newfield
Lady Madeline Bainbridge

Nuestros héroes

Devon Addison, Lord Covington (Le secret du comte)
Anthony Davonport, vizconde Whitehall (Le code du vicomte)
Sr. Noah Rowley
Eric Rowley, Lord Ferrington
Gideon Sutcliffe, Lord Ashford

¡Que disfrutes de la lectura!

Ellie

Capítulo Uno

Lady Persephone Holloway odiaba las bodas.

Esta, sin embargo, era una excepción.

No se trataba de la firma de un contrato en el que los novios apenas participaban. No eran dos personas que apenas se conocían y que podrían, al final, acabar guardándose rencor el uno al otro por haberse encadenado en la única vida que tenían por vivir.

Esta boda celebraba el amor de dos personas que elegían estar juntas porque no podían imaginar una vida separadas.

Esta era una historia que ella podía apoyar, especialmente siendo la novia una de sus mejores amigas, ataviada con un vestido blanco tan brillante que parecía casi plateado, con un broche de diamantes recogido bajo el corpiño, en la parte delantera.

—Es preciosa —susurró Percy al oído de Faith. Lady Faith Newfield, hermana de la novia y la amiga más cercana de Percy, observaba la ceremonia con semblante estoico, y Percy se preguntó si realmente estaba viendo algo, pues apenas parpadeaba—. Faith, ¿te encuentras bien?

Faith asintió, aunque tenía la mandíbula tan apretada que Percy temió por sus dientes.

—Siempre formará parte de tu vida, lo sabes —dijo Percy—. Nunca te dejará de verdad.

Faith volvió a asentir y Percy se inclinó para apretarle la mano. Faith sabía que, aunque solo deseaba que su hermana fuera feliz, el matrimonio de Hope también significaba que habría una gran

distancia entre ellas. Si tan solo Faith estuviera abierta a casarse ella también... Pero parecía que no iba a ser así.

Percy se inclinó para decirle algo más a Faith, pero se detuvo de repente cuando una sensación de hormigueo le recorrió la nuca. Alguien la observaba. Alzó la vista y se encontró con los ojos del señor Noah Rowley fijos en ella; tenía el ceño fruncido tras sus gafas y la boca apretada en una severa línea de desaprobación. Percy se hundió en su asiento, sintiéndose debidamente reprendida y con un nudo de inquietud en el estómago.

Muy bien, pues. Si el erudito señor Rowley, amigo del novio, lord Whitehall, consideraba que ella debía estar en silencio, guardaría silencio.

Nunca admitiría que quedarse sentada observando el resto de la ceremonia fue algo encantador. Hope era una novia preciosa, con sus facciones suaves, su cabello rubio dorado y sus curvas perfectas. Parecía un ángel, lo que contrastaba de maravilla con lord Whitehall, que era de rasgos tan oscuros y huraños como radiante era Hope.

Era, sin embargo, la vez que Percy había visto más feliz al vizconde.

Cuando terminó la boda, todos realizaron el corto trayecto desde la iglesia hasta Newfield Manor, donde les aguardaba el banquete nupcial. Fue un evento ruidoso, con el constante parloteo de los invitados, entre los cuales nadie acaparaba más atención que la madre de Hope y Faith. A Percy siempre le había caído muy bien lady Newfield, a pesar de que no paraba de hablar. Al menos nunca había silencios incómodos cuando ella estaba cerca.

Cassandra, que recientemente se había convertido en lady Covington tras sus nupcias con el conde, estaba sentada a la derecha de Percy durante el banquete. Cuando todos los demás estaban ocupados escuchando una historia que lord Ferrington contaba sobre la última carrera de caballos a la que había asistido, Cassandra tiró del brazo de Percy para llamar su atención.

—Percy, sabes que hemos determinado hacia dónde nos conduce la siguiente pista.

—Por supuesto —respondió Percy. Cassandra se había topado con un acertijo escondido entre las páginas de un libro de la

propiedad de su familia. Lo había compartido con las otras cuatro —Percy, Faith, Hope y lady Madeline Bainbridge— que formaban su club de lectura secreto, y se habían embarcado en la tarea de resolver sus misterios.

Casualmente, el hermano de Cassandra —lord Ashford, futuro duque de Sheffield— había encontrado un ejemplar idéntico, y él y sus cuatro amigos más cercanos, entre los que se incluían lord Whitehall, lord Covington, el señor Rowley y su hermano lord Ferrington, también se habían unido a la búsqueda del tesoro. Por supuesto, la búsqueda inicial había terminado bien para Cassandra, pues se había enamorado del mejor amigo de su hermano, lord Covington, a pesar de que el acertijo no los había llevado a un tesoro, sino a la siguiente pista.

Fueron Hope y lord Whitehall, que había aprendido de su padre a descifrar códigos, quienes habían resuelto el siguiente enigma. Habían descubierto una llave que estaban seguros de que encajaría en un juego de collar que pertenecía a la familia de Cassandra.

El collar, sin embargo, se encontraba muy probablemente en manos de la tía de Cassandra en Bath.

—Necesitamos reunir la llave con el collar. No estoy segura de cómo, pero el collar es parte de esto. Puesto que vas a ir a Bath...

—Te gustaría que visitara a tu tía —terminó Percy por ella.

—Sí, ¿lo harías? —dijo Cassandra, con una expresión tan sincera que incluso si Percy hubiera estado inclinada a decir que no —cosa que, por supuesto, no era el caso—, jamás habría podido.

—Te daré la llave antes de que nos marchemos de Newfield —dijo Cassandra.

Después de comer, Percy se alejó hacia el ventanal del salón, llevándose su bebida mientras contemplaba el mar que se extendía más allá. Newfield estaba situada en la costa, cerca de Harwich, y deseó haber tenido más tiempo para quedarse allí y apreciar el hermoso paisaje.

—¿No te estás divirtiendo?

Percy se dio la vuelta y se encontró a su madre detrás de ella, con una ceja arqueada. Su madre era una mujer bastante callada, aunque no por introversión. Más bien, cuando hablaba lo hacía con

tal cuidado que cada palabra tenía significado; además, era tan curiosa como Percy respecto al mundo que la rodeaba, aunque de una manera mucho más observadora y discreta.

—Claro que sí —dijo Percy con una sonrisa genuina—. Solo me estaba tomando un momento para mí.

Su madre se giró y recorrió la habitación con la mirada. Entre los invitados se encontraban principalmente la familia de Hope y sus amigos cercanos. —Hay algunos jóvenes solteros aquí —dijo, mientras ambas volvían a mirar por la ventana.

—Así es —comentó Percy, dando un sorbo a su bebida.

—¿No hay ninguno por el que pudieras estar interesada? Has pasado mucho tiempo con este grupo.

—Sí, pero...

Estaba a punto de decir *por qué* los había visto con tanta frecuencia: porque se habían unido para resolver un acertijo que los estaba llevando por el largo y sinuoso camino de una búsqueda del tesoro. Una que probablemente no llegaría a nada, pero en la que, no obstante, era muy divertido participar. Y ahora, Percy tenía su propio papel en la búsqueda, algo que la entusiasmaba bastante.

—Es porque Cassandra se casó hace muy poco con el amigo de su hermano. Eso ha unido nuestros círculos.

—Ya veo —dijo su madre—. Bueno, hay un conde entre ellos, además de un futuro duque.

—No estoy interesada en el hermano de Cassandra —dijo Percy, casi poniendo los ojos en blanco. Le caía bien lord Ashford, pero distaba mucho de ser un hombre con el carácter suficiente para ella. Percy sabía que no era la dama tímida y delicada que la mayoría de los hombres buscaban. Seguía buscando a un hombre que pudiera estar a la altura de su ingenio, que la desafiara, que la cuestionara... y no se opondría a un hombre capaz de alzarla en vilo y arrojarla sobre la cama.

Quizás había estado leyendo demasiadas novelas románticas escandalosas.

—Tal como están las cosas, ninguno de los hombres que hay aquí es lo que busco —continuó.

—Persephone —el rostro de su madre se suavizó—. Sabes que solo quiero lo mejor para ti.

—Y casarme es lo mejor —concluyó Percy.

—Así son las cosas.

—Dijiste que podría elegir a mi marido.

—Y puedes, dentro de lo razonable —dijo su madre—. Pero ya tienes veintidós años, y...

—Y se me acaba el tiempo. Lo sé.

Su madre sonrió con amabilidad. —Tu padre se está impacientando bastante, pero estoy haciendo lo posible por mantenerlo contento. Él, sin embargo, tiene a un hombre en mente.

Percy frunció el ceño. —¿Ah, sí?

—Sí. ¿Conoces a su amigo, lord Lecher?

—Sí...

—Tiene un hijo, lord Stephen, que algún día heredará el título.

—Lo recuerdo. Me atormentaba cuando los visitamos hace años.

—Bueno, ahora ya es un hombre y, según me han dicho, bastante apuesto.

Un estrépito detrás de ellas las hizo sobresaltarse. Percy se dio la vuelta, sorprendida al ver al señor Rowley inclinado, recogiendo del suelo la copa que se le había caído.

—¡Cielo santo! —dijo ella, agachándose para ayudarlo—. ¿Se encuentra bien?

—Bien —dijo él—. Mis disculpas. Lady Fairfax —añadió, inclinando la cabeza con deferencia hacia su madre.

—Iré a buscar a un lacayo —dijo la madre de Percy, alejándose y dejándolos a los dos solos.

Percy alargó la mano para ayudarlo con los trozos de cristal y, al hacerlo, su mano rozó la de él, lo que provocó que una sacudida le recorriera el brazo. Al principio se quedó atónita —seguramente el señor Rowley no podía provocarle semejante reacción—, pero entonces vio la sangre gotear en el suelo y se dio cuenta de que no se debía en absoluto al señor Rowley.

Era por el trozo de cristal con el que se había cortado el dedo.

* * *

—¡Lady Persephone, se ha hecho daño! —Noah se maldijo a sí mismo. No solo había estado escuchando su conversación, sino que además se le había caído la copa por torpeza y lady Percy se había herido al intentar ayudarlo.

Para ser un hombre inteligente, podía llegar a ser un completo idiota.

—No es nada —dijo ella, llevándose el dedo a la boca, lo que provocó que una inoportuna oleada de deseo le bajara directa a la entrepierna—. ¿Tiene, por casualidad, un pañuelo?

—Por supuesto —dijo él, buscando uno en su bolsillo, que ella aceptó con una sonrisa. Aunque lady Hope tenía fama de ser una belleza, él seguía pensando que lady Persephone Holloway era la mujer más fascinante que había visto jamás.

Y ella, por su parte, ni siquiera lo veía, salvo como el hermano de un conde que era amigo del hermano de su amiga. Apenas un conocido. Hasta que él la había herido.

—Me quité los guantes para comer —dijo ella con una pequeña sonrisa—. Debería habérmelos vuelto a poner.

—Eso le habría salvado el dedo, sí —dijo él, incapaz de sostenerle la mirada—. ¿Necesita que alguien la cure?

—Estará bien en cuanto deje de sangrar. Sin embargo, es probable que haya arruinado su pañuelo, a pesar de habérselo pedido —rio ella, una risa larga y sonora que le caldeó el alma—. Soy un desastre.

—En absoluto.

Nada más lejos de la realidad.

No, lady Persephone era hermosa, vibrante, inquisitiva y todo cuanto Noah podría admirar en una mujer.

Y, a juzgar por la conversación que había escuchado accidentalmente, ella ni siquiera era consciente de que él estaba en la habitación. Ni siquiera lo había mencionado a su madre al negar su interés por los hombres solteros presentes. ¿Y en cuanto al hombre ideal que había descrito? Noah era exactamente lo contrario.

—¿Venía usted a hablar conmigo?

—¿Perdón? —dijo Noah, empezando a entrar en pánico por dentro.

—Estaba justo detrás de mí cuando se le cayó la copa.

Cierto. La verdad era que se había tomado un momento a solas en un rincón de la sala, y entonces lady Percy y su madre habían empezado a hablar al otro lado de la planta en su macetero. No había querido que pensaran que estaba escuchando a propósito, así que no se había marchado hasta que la conversación se volvió tan personal que se sintió demasiado culpable por estar oyendo.

Entonces se le cayó la copa.

—Ah, sí —dijo él, empezando a dar sentido a sus pensamientos —. He oído que ambos estaremos pronto en Bath. Gideon —lord Ashford— me ha pedido que visite a su tía, y me ha dicho que Cassandra le ha pedido a usted que haga lo mismo.

—Así es —dijo lady Percy con sorpresa en el rostro—. ¿Es que no confían en mí?

—No creo que sea eso —dijo Noah rápidamente—. Quizás creen que es mejor que trabajemos juntos.

—Quizás —dijo lady Percy, aunque no parecía convencida—. ¿Qué le lleva a usted a Bath?

Noah sonrió, disfrutando de este tiempo con ella. No estaba seguro de haber tenido antes la oportunidad de hablar con ella a solas.

—En realidad...

—Noah, ahí estás.

Noah suspiró al oír la voz de su hermano. Quería a aquel hombre más que a nadie en el mundo, pero a veces tenía, verdaderamente, el peor sentido de la oportunidad.

—Lady Persephone, está usted tan hermosa como siempre.

Sus labios rosados se curvaron en una sonrisa que le llegó a los ojos mientras uno de sus rizos oscuros oscilaba sobre su sien.

—Gracias, lord Ferrington. Usted también está muy elegante. Los dos lo están —dijo ella, incluyendo a Noah en el cumplido, aunque él era consciente de que solo lo hacía por cortesía.

—Es usted muy amable —dijo su hermano, tan encantador como siempre. Mientras la atención de lady Percy se desviaba hacia Eric, Noah recordó que, incluso si lady Percy no estaba interesada en Eric, su hermano era, y siempre sería, el favorito de los dos.

Y era mejor que nunca lo olvidara, o de lo contrario, lo único que conseguiría sería una amarga decepción.

Capítulo Dos

—Richard, ¿no vas a acompañarnos?

Percy tomó asiento en el amplio sofá de la esquina del salón. Estaba de cara a la estancia decorada en carmesí y oro, pero allí, en el rincón, nadie podía ver lo que estaba leyendo en realidad.

Su libro del mes no era ciertamente uno que su madre aprobaría, pero lo tenía escondido entre las páginas de otro. Por lo que su madre sabía, estaba leyendo un libro de poesía que era, a decir verdad, tan árido que a veces lo leía cuando no podía conciliar el sueño, ya que nunca fallaba en hacer que se le cerraran los ojos.

—No iré —dijo su hermano—. Tengo otros asuntos que atender.

—¿Esos «otros asuntos» se llaman lady Jane? —preguntó Percy, moviendo las cejas, lo que provocó que su hermano le lanzara una mirada de fastidio.

—Sí, si tanto te interesa saberlo, aunque no tiene nada que ver contigo.

—De hecho, sí que tiene que ver —replicó Percy—. Porque si va a convertirse en tu esposa, entonces formará parte de nuestra familia y pasaré mucho tiempo con ella en el futuro. ¿Sabes cuánto tiempo debemos pasar las mujeres conversando sin hombres delante? Muchísimo. Y si es aburrida o no habla, seré yo la que deba llenar el silencio, y mantener una conversación unilateral no es lo ideal. Así que sí, tiene mucho que ver conmigo.

Levantó la nariz, sintiéndose ganadora de aquella discusión antes de volver a su libro.

—Eres imposible —dijo Richard con un suspiro—. Lady Jane es una joven encantadora de buena familia. No veo cómo podrías tener algo en contra de ella.

—No podría saberlo todavía. No la conozco bien porque es más joven que yo. Lo cual significa que es *mucho* más joven que tú. Ella querrá hablar de juegos, bailes y asuntos triviales, mientras que tú eres mucho más aburrido y culto, y te interesas por la política, la agricultura y cosas por el estilo.

—Basta ya, Persephone —dijo finalmente su madre, interviniendo desde el otro lado de la habitación mientras tomaba su té y leía su propio libro de poesía. A su madre le encantaba la poesía. De ahí que Percy tuviera que intentar leer aquel libro en algún momento; era posible que su madre quisiera hablar de él—. Tu hermano está, al menos, interesado en casarse. Podrías aprender algo de él. Además, a veces tener intereses diferentes puede ser beneficioso.

Richard le lanzó una sonrisa de suficiencia y ella puso los ojos en blanco cuando su madre no miraba.

Lo cierto era que echaría de menos a su hermano cuando visitaran Bath. Hacía tiempo que no iba por allí, pero era donde vivía su tía y su madre extrañaba profundamente a su hermana. Pasarían algún tiempo en los baños y disfrutando de la temporada social allí, por supuesto. Percy también tenía esa extraña sensación de que su madre tenía otro motivo para viajar allí, aunque cuando Percy se lo había preguntado —pues siempre consideraba que lo mejor era acudir directamente a la fuente para averiguar lo que quería saber— su madre no había soltado prenda sobre el asunto.

—¿Cuándo nos iremos? —preguntó.

—En una semana —dijo su madre, a lo que Percy asintió mientras se preguntaba cómo se las arreglarían el señor Rowley y ella para acceder a ese collar de la tía de Cassandra. Se daba el caso de que ella no tenía la llave en ese momento, pues lord Ashford había decidido dársela al señor Rowley.

Por supuesto, él confiaría en un hombre antes que en ella, a pesar de que, si alguna vez existió una persona a la que uno consideraría digna de confianza, ese era el señor Rowley.

Sin embargo, Cassandra había sido muy clara. Sentía que su tía Eve sería mucho más receptiva con Percy que con el señor Rowley. De hecho, Cassandra le había suplicado que buscara la forma de conseguir la llave y que luego lo hiciera todo ella misma.

Apenas podían imaginar cómo el señor Rowley convencería a la tía de Cassandra para que se desprendiera de su posesión más preciada. Ahí era donde entraría Percy.

Esbozó una sonrisa. Estaba deseando llegar.

* * *

—¿Estás seguro de esto? No es demasiado tarde para retirarte.

—Por supuesto —dijo Noah, cruzándose de brazos mientras se apoyaba en el umbral del despacho de su hermano. Eric había nacido, tanto literal como figuradamente, para el papel de conde. Era lo suficientemente responsable como para ocuparse de todo lo necesario —y estaba encantado de aceptar la ayuda de su madre—, a la vez que lo bastante sociable como para cumplir con todas sus obligaciones sociales.

Lo único que aún no había hecho era tomar esposa, pero Noah sabía que solo era cuestión de tiempo.

—Noah —dijo Eric, tendiéndole una mano en son de paz—. Sabes que siempre tienes un hogar aquí. Hay espacio más que suficiente para los tres.

—Lo sé —dijo Noah—. Pero estoy seguro de que pronto encontrarás una novia. No necesitas a un tío extraño merodeando por la casa, especialmente una vez que madre se mude a la casa de la viuda.

—Tú no eres extraño.

—Lo sería si viviera contigo y con tu familia el resto de mi vida —dijo.

—Tenemos la pequeña finca en Kent. ¿Por qué no vives allí y te encargas de ella?

—¿Solo?

—Estarías algo lejos —consideró Eric—. Pero Bath está aún más lejos.

—Es solo por un tiempo, mientras avanzo en mi investigación. Dos o tres familias han aceptado permitirme el acceso a sus bibliotecas. Después de eso, nos veremos a menudo, pues ambos pasaremos gran parte de nuestro tiempo en Londres.

—Supongo que es verdad —dijo Eric con un suspiro—. Pero ¿de verdad quieres pasar tu vida escribiendo sobre la historia de Inglaterra? Parece... aburrido.

—Es una ocupación bastante respetable. Necesito un propósito mayor en mi vida y, ya que de todos modos pasaba el tiempo leyendo e investigando, ¿por qué no hacer algo que tenga algún significado?

Eric se cruzó de brazos sobre el estómago y se reclinó en la silla mientras estudiaba a Noah. Ambos tenían el mismo cabello castaño claro y ligeramente rizado, pero ahí terminaban las similitudes. Eric era alto, más bien corpulento y de facciones prominentes, mientras que Noah era, en todos los aspectos físicos, una versión ligeramente menor de su hermano.

—Todos sabemos lo inteligente que eres, no cabe duda alguna —dijo—. Estoy seguro de que escribirás algo extraordinario.

—Me gustaría escribir un texto que fuera fácil de leer y entender, que se disfrutara —dijo Noah—. Voy a tomar relatos de primera mano de toda Inglaterra y crear una colección de libros a los que se pueda acceder fácilmente.

—Qué intrigante —dijo Eric con gesto de fingido dolor—. Me alegro de que seas tú y no yo.

—No pasa nada por ser diferentes, Eric —dijo Noah, lo cual pareció apaciguar a su hermano.

—Mientras estés allí, tendrás otro trabajo que hacer.

—La llave y el collar —dijo Noah, ligeramente inquieto por el peso de la responsabilidad que recaía sobre él—. Para Ashford significa mucho resolver esto.

—Bueno, no hay mejor hombre para el trabajo que tú.

—Aunque parece que me va a ayudar una mujer.

—Ah, sí, lady Persephone.

—Sí —dijo Noah, sin mirar a Eric a los ojos, pues su hermano siempre podía deducir exactamente lo que estaba pensando.

—Al parecer, la hermana de Ashford preferiría que lady Percy recuperara el collar.

—¿Por qué? —preguntó Noah. Por lo que él sabía, debían encontrarlo juntos. De hecho, lo estaba deseando.

—Cree que su tía Eve respondería mejor ante una mujer. Ashford, sin embargo, no confía en ella. Por eso te dio la llave a ti.

—Me dijo que preferiría que intentara esto por mi cuenta. Sin embargo, no veo el inconveniente en que lady Percy me acompañe.

—Porque ella intentará tomar el mando y hacerlo ella misma y tú...

—¿Yo qué?

—Tú se lo permitirás —dijo Eric, aunque pareció algo avergonzado al decir tal cosa.

—¿Y por qué piensas que haría eso, si le he hecho una promesa a Ashford? —preguntó Noah, enarcando las cejas e intentando no sentirse insultado.

—Porque te gusta.

Noah se quedó atónito.

—No es cierto.

—¿Ah, no? —preguntó Eric, levantando una ceja—. Apenas puedes articular palabra cuando ella está cerca.

—No soy muy hablador. Tú ya hablas lo suficiente por los dos.

Eric se rio de eso. —Ojalá le mostraras a todo el mundo tu sentido del humor. Tienes más ingenio que cualquier otro hombre que conozco.

—Eres demasiado amable —dijo Noah, apartándose del umbral —. Pero no necesito que nadie más aprecie esas cosas.

—Noah... —Eric vaciló, y Noah se quedó quieto en la puerta, luchando contra el impulso de marcharse antes de que su hermano dijera lo que sabía que tenía en mente.

—No lo hagas.

Eric se levantó lentamente, con tanta cautela como la que ponía al sacar aquel tema de conversación. —Es solo que, desde lo de Leticia….

—No pronuncies su nombre. Por favor. No quiero hablar de esto. Menos ahora, cuando estoy a punto de irme.

—Precisamente por eso creo que deberíamos hablarlo. Nunca lo hemos hecho de verdad, nunca hemos resuelto nada. Quiero que sepas...

—Eric, se acabó. Punto. Tú y yo no solo somos hermanos, sino los mejores amigos, y no quiero que nada cambie eso. No me importa lo que pasó.

—Te dejó hecho una sombra de lo que solías ser.

—Soy perfectamente feliz con el hombre que soy ahora. Necesito que tú también lo seas.

Eric guardó silencio, mirándolo fijamente sin decir nada durante lo que parecieron minutos, pero Noah no pensaba romper el silencio. No veía la necesidad de hacerlo.

Finalmente, Eric suspiró y se pasó una mano por el pelo.

—No quiero que esta próxima etapa de tu vida comience con una nota amarga. Solo quiero que sepas que, hagas lo que hagas y elijas lo que elijas, tienes mi apoyo.

—Gracias —dijo Noah, dando un paso atrás antes de que aquello continuara—. Voy a empezar a hacer las maletas. Pienso estar fuera unos meses, así que ayudaré a mi ayuda de cámara a asegurarme de que todo esté en orden.

—¿Cuándo te vas?

—En una semana.

Eric se puso serio. —Cuesta creer que no vayas a estar aquí todos los días. Te echaré de menos, hermano, ¿lo sabes?

—Por supuesto —dijo Noah, suavizando un poco el semblante—. Lo creas o no, yo también te echaré de menos.

Capítulo Tres

Noah no había estado en Bath en años pero, de momento, lo estaba pasando bien.

La ciudad no era ni de lejos tan grande ni tan sucia como Londres. Aún no había probado las termas, pero le había prometido a Eric que lo haría mientras estuviera allí, a pesar de que probablemente estaría convenientemente demasiado ocupado. Parecía que su hermano temía que no se cuidara, pero no tenía nada de qué preocuparse.

La razón misma de estar allí era que, por fin, estaba haciendo algo por sí mismo. Había pasado toda su vida a la sombra de Eric, y ahora iba a hacer algo que tuviera sentido para él, algo que le diera un propósito a su propia vida.

—Bueno —dijo su tío Albert mientras se servía una taza de té de la bandeja del desayuno que tenían delante—, ¿cómo te sientes en tu primer día?

—Tengo muchas ganas —dijo Noah, alargando la mano hacia el café, que prefería—. Empezaré en la casa de los Worthington. Han hecho de Bath su residencia principal durante años y espero encontrar más historia sobre la zona.

Su tío asintió, aunque Noah sabía que era mejor no dedicar mucho tiempo a explicar su trabajo. El tío Albert había heredado un banco de su padre, el abuelo de Noah. Fue todo un escándalo cuando los padres de Noah se casaron, ya que su padre iba a ser marqués y su madre era miembro de la pequeña nobleza cuya

familia se dedicaba a la banca; pero fue una unión motivada por las deudas de juego de una parte y el empeño por ascender de rango social de la otra. Una transacción financiera que, por increíble que parezca, había derivado en un matrimonio por amor.

—Una cosa más antes de que se me olvide —dijo su tío, deteniéndose en el umbral. Era un hombre ancho y corpulento que casi lo llenaba—. Tu tía se empeñó mucho en que te llevemos a las Assembly Rooms mañana por la noche.

—Oh, no hay ninguna necesidad...

—Eso es lo que dije yo, pero tu tía insiste —dijo su tío encogiéndose de hombros, como si no pudiera evitar la decisión, algo que probablemente fuera cierto. Su esposa era una fuerza de la naturaleza—. Dijo que debemos mostrarte lo mejor que ofrece Bath. Te tiene aprecio, hijo. Creo que quiere tentarte para que te quedes.

Noah soltó una carcajada ante aquello, aunque ya estaba intentando determinar cómo podría librarse de tener que pasar tiempo en las Assembly Rooms. Nunca había disfrutado de esa parte de la vida social: conversar con gente que apenas conocía. Con suerte, habría algún lugar donde pudiera esconderse a jugar a las cartas.

—Gracias, tío, por todo su apoyo y por abrirme las puertas de su casa —dijo—.

—Faltaría más. Siempre es un placer tenerte, Noah.

—Será mejor que me vaya. Es mi primer día en esta biblioteca y me gustaría conocer a la familia antes de empezar.

—Dale mis saludos a Worthington —dijo su tío levantando una taza.

—Lo haré. Gracias de nuevo por la presentación.

Afortunadamente, su tío no vivía lejos de la residencia Worthington, y Noah prefirió ir a pie y disfrutar del sol que Bath ofrecía aquel día. El mayordomo lo estaba esperando y le permitió la entrada sin cuestionar nada.

—Lord Worthington me pidió que le acompañara a la biblioteca —dijo el mayordomo—. Estará con usted en un momento. Si necesitara algo durante su estancia aquí, estaré encantado de asegurarme de que todo esté en orden para usted.

—Gracias —dijo Noah, comprendiendo que lo que el mayordomo decía en realidad era que preferían que no deambulara solo por la casa, algo que entendía perfectamente—. Simplemente agradecía la oportunidad de visitar la que se suponía que era una de las mejores bibliotecas de Bath, dado que la familia había mantenido su residencia principal allí durante tanto tiempo.

Seguía al mayordomo por el pasillo cuando un destello de faldas color malva y cabello oscuro le llamó la atención a través de una puerta en el salón, y se detuvo brevemente mientras una sensación de familiaridad lo invadía.

Estiró el cuello para ver mejor, pero no tuvo tiempo de confirmar sus sospechas antes de que la puerta de lo que parecía ser el salón se cerrara; el mayordomo lo miró con un gesto de advertencia severo.

No podía ser Leticia. No aquí. No en esta casa, justo cuando estaba encontrando su camino y creándose una vida propia.

—Por aquí —dijo el mayordomo, señalando con la mano hacia la biblioteca, y Noah asintió, saliendo de sus ensoñaciones de inmediato al ver la habitación ante él.

La mayoría de los hombres de su posición ansiaban una casa de cierto estatus, ya fuera en la ciudad o en el campo. A Noah no le importaba nada de eso, excepto por la biblioteca. Era una de las pocas razones por las que algún día le gustaría tener una casa de campo propia, para poder crear una biblioteca de tal magnitud.

—¡Señor Rowley!

Se giró para encontrarse con un hombre bajo y de vientre rollizo que entraba en la habitación a grandes zancadas.

—Lord Worthington —dijo Noah con una pequeña inclinación, pero el hombre le restó importancia con un gesto.

—No soy de formalidades —dijo—. Bienvenido a mi casa. Dígame, ¿qué es lo que busca?

—Mi tío mencionó que tenía cartas, fuentes primarias sobre parte de la historia de Bath.

—Así es —dijo Lord Worthington, caminando hacia una de las estanterías del fondo de la sala y apartando unos cuantos tomos para encontrar una caja detrás de ellos.

—Estas son las cartas de las que le hablé a su tío; cartas que guardaron mis antepasados.

—Le estoy muy agradecido.

—Puede que no lo esté tanto cuando vea lo desorganizadas que están —dijo con una carcajada.

Noah asintió, ansioso por abrir la caja y descubrir qué había dentro. Lord Worthington debió de darse cuenta de que no tenía interés en seguir conversando, pues se dirigió a la puerta.

—Bueno, le dejo con ello —dijo por encima del hombro—. Noah abrió la boca para preguntarle por la mujer del salón, pero se contuvo.

¿Qué importaba? Ella le había dejado claro lo que él significaba para ella. Había sido un pasatiempo hasta que apareciera alguien mejor.

Se ahorraría muchos disgustos en el futuro si recordaba eso.

* * *

—La casa es preciosa —dijo Percy, sonriendo a su madre mientras se sentaban a tomar el té en el salón. No lo decía solo por complacerla. La casa que habían alquilado para su estancia en Bath era verdaderamente encantadora, aunque Percy seguía sin sentirse del todo como en casa allí. No estaba segura de por qué.

Era lujosa, acogedora, estaba bellamente decorada y tenía espacio de sobra.

Pero era la casa de otra persona. Supuso que con el tiempo le iría cogiendo cariño.

—¿Has hecho algún plan para nosotras esta semana? —preguntó, y su madre se aclaró la garganta, con cierto nerviosismo, pensó Percy frunciendo el ceño.

—Quizá podríamos ir a las Assembly Rooms al menos una vez esta semana. Hemos pagado la suscripción para la temporada, y son tan agradables y concurridas... El jueves es el baile de gala, lo que nos permitirá ver a quién conocemos en Bath esta temporada.

—Seguro que será agradable —murmuró Percy—. ¿Sabemos de alguien que esté aquí?

—Tus primas, por supuesto.

—Claro —dijo Percy, forzando una sonrisa. Sus primas eran... amables, pero no eran el tipo de mujeres con las que solía elegir pasar el tiempo. Siempre estaban extremadamente preocupadas por los cotilleos del ton y por los caballeros solteros. A la mayoría de las mujeres no les interesaban las novelas románticas escandalosas ni el brandy. La moda era lo único que tenía en común con la mayoría de las demás mujeres.

El mayordomo, que las había acompañado desde Londres, apareció en la puerta, distrayendo a Percy.

—Milady, sus invitados han llegado.

—¡Espléndido! —dijo la madre de Percy, dando una palmada, con los ojos volviéndose nerviosos hacia Percy—. Por favor, hágales pasar.

—Madre —dijo Percy despacio, dejando la taza de té sobre la mesa—, ¿a quién has invitado?

—Ahora, Persephone, por favor, sé educada —dijo su madre en voz baja, y Percy arqueó una ceja.

—¿Cuándo no soy educada?

—Solo... sé cordial.

Aquello era una señal bastante mala.

—No será la tía Agnes, ¿verdad?

—¡Ah, mi querida Lady Fairfax!

Percy miró fijamente a su madre mientras se ponía en pie. Sería educada, por supuesto. Pero iba a tener mucho que decirle a su madre en cuanto los invitados se marcharan.

—Lady Lecher, qué alegría verla —dijo Percy entre dientes cuando llegó su turno de saludar a los recién llegados, sintiendo que se le encogía el estómago al ver que lady Lecher no venía sola—. Y lord Stephen. No sabía que iba a estar en Bath.

Lord Stephen Algate entró en la habitación con una expresión de suficiencia y un aire de privilegio. Percy se preguntó si su cabello rígido, peinado al estilo pompadour, se movería lo más mínimo incluso si una fuerte brisa atravesara el salón. Pensó que no.

—Lady Fairfax, qué placer verla —dijo él, haciendo una profunda reverencia ante la madre de Percy, que sonreía con serenidad—. Y lady Persephone. Se ha convertido en una joven encantadora.

Sus palabras eran cordiales, pero a Percy no se le escapó esa mirada en sus ojos, ni la forma en que la recorrieron de arriba abajo, como si estuviera comprobando todas las formas en las que, efectivamente, había crecido.

—Uno tiende a crecer con los años —dijo ella antes de poder contenerse. Bajó la mirada cuando su madre se aclaró la garganta ruidosamente desde el otro lado de la habitación y se adelantó para intervenir, probablemente antes de que Percy tuviera oportunidad de decir nada más.

—¿Quieren tomar asiento y acompañarnos a tomar el té? —preguntó su madre, señalando el sitio ante ellas. Percy se recriminó por no haberse dado cuenta antes de que había demasiados pasteles para ellas dos solas, y luego estaban aquellas dos tazas de té adicionales. Parecía que debía ser mucho más observadora cuando su madre andaba cerca.

Lady Lecher ocupó la otra silla de la habitación y la madre de Percy se sentó justo en el centro del canapé, dejando libre solo el sofá más largo donde Percy había estado sentada. Lord Stephen permaneció de pie y Percy se sentó en el extremo más alejado posible mientras se recolocaba las faldas de color amarillo pálido, estudiándolo lo mejor que podía de reojo.

Tenía una mandíbula marcada, hombros anchos y podría, decidió, levantarla y lanzarla sobre la cama. Sin embargo, la idea de que lo hiciera le provocó un escalofrío de aversión. ¿Qué le pasaba?

—¿Dónde ha estado estos años, que no lo he visto en muchos eventos sociales? —le preguntó Percy cuando las madres empezaron con los intercambios de cortesía.

—Paso la mayor parte de mi tiempo aquí en Bath —dijo Lord Stephen, dedicándole su sonrisa más radiante. Curioso. Bath solía estar reservado para aquellos que no podían permitirse pasar el tiempo en Londres—. También disfruto de mi casa de campo. No suelo frecuentar Londres.

—Supongo que algún día tendrá que estar más presente en Londres, cuando deba ocupar su escaño en la Cámara de los Lores.

—Tal vez —dijo él con distracción, dándole a Percy la impresión de que no era un hombre muy dado a las responsabilidades.

Hablaron de naderías durante más tiempo del que a Percy le hubiera gustado, aunque se aseguró de comportarse de forma impecable durante el resto de la visita. No le importaba admitir que aquello le daría una posición de superioridad moral cuando se enfrentara a su madre.

Cuando se levantaron para marcharse, Lord Stephen se inclinó cerca de ella. —Espero pasar mucho tiempo con usted mientras esté en Bath —dijo—. Quizá tengamos la oportunidad de conocernos mejor.

Percy intentó determinar si había un doble sentido en sus palabras, pero por lo que podía ver, parecía sincero.

—Por supuesto, milord —dijo ella—. Estoy segura de que nuestras familias disfrutarán pasando tiempo juntas.

En cuanto cruzaron la puerta y estuvieron fuera del alcance del oído, Percy se volvió hacia su madre, que permanecía ante ella con un aire bastante compungido.

—¡Madre! —dijo en el tono más equilibrado que pudo fingir—. ¿Cómo has podido?

—¿Cómo he podido qué? —dijo su madre, manteniendo la cabeza alta—. Solo he invitado a mi querida amiga a tomar el té.

Percy entrecerró los ojos. —Sé exactamente lo que haces.

—No tengo ni idea de a qué te refieres. Y te sugiero que me hables con respeto.

Percy respiró hondo, diciéndose a sí misma que irritar a su madre no ayudaría a su causa.

—Estás intentando concertar un matrimonio entre Lord Stephen y yo.

—No estoy haciendo nada de eso —dijo su madre—. Más bien, te estoy presentando a un joven caballero soltero de linaje respetable. Pensé que querrías conocerlo mejor. Debes admitir que es bastante apuesto, parece agradable y es el tipo de hombre que sueles preferir.

—Eso es cierto —murmuró Percy—. Pero no puedo prometer nada. Todavía no.

Su madre tenía razón. Él era todo lo que ella siempre había dicho que quería.

Entonces, ¿por qué le daba tan mala espina?

Capítulo Cuatro

Sin nada en su agenda para el día siguiente y, por suerte, sin visitas planeadas con lord Stephen, Percy convenció a su madre para que la acompañara a visitar a la tía de Cassandra, Eve; ahora llamada señora Compton, ya que se había casado con un segundón, lo cual había resultado escandaloso en su momento.

En cuanto a la explicación de su visita, Percy simplemente le había dicho a su madre que Cassandra le había pedido que le entregara una carta a su tía y que comprobara con sus propios ojos cómo se encontraba, a lo que su madre accedió gustosa a acompañarla.

—¿Has conocido a la señora Compton antes? —preguntó Percy mientras subían los escalones de la entrada.

—En nuestra juventud, nos conocíamos —dijo su madre, con esa mirada vidriosa que se le ponía cuando recordaba el pasado—. Era una mujer con mucho carácter, si mal no recuerdo.

—Si se parece en algo a Cassandra, me lo imagino —murmuró Percy mientras llamaba a la puerta.

—¿Lady Fairfax? ¿Es usted?

Se giraron antes de que la puerta se abriera para ver a una mujer con un elegante vestido rosa con adornos de encaje, de pie al otro lado de la calle, saludando frenéticamente.

—¡Vaya, si es lady Westingham! —exclamó su madre—. No la veo desde hace años. Volveré en un momento, Persephone. Por favor,

presenta mis disculpas a la señora Compton y dile que entraré en breve.

Percy se encogió de hombros mientras su madre se alejaba y la puerta se abría, revelando a un mayordomo al otro lado.

—Vengo a visitar a la señora Compton —dijo ella, entregándole su tarjeta al mayordomo. Él la miró de reojo antes de abrir más la puerta para permitirle la entrada.

—Un momento, por favor, lady Persephone —dijo él—. Iré a decirle que están aquí; que ambos están aquí.

—Oh, mi madre está... —comenzó Percy, pero se interrumpió al ver que el mayordomo ya se alejaba, obviamente sin escucharla. No fue hasta que miró hacia atrás cuando se dio cuenta de que no estaba sola en el vestíbulo—. ¡Sr. Rowley!

—Lady Persephone. —Él inclinó la cabeza hacia ella—. Parece que hemos tenido la misma idea esta tarde.

—Ah, sí, veo que ha decidido visitar a la señora Compton a solas —dijo ella, indignada—. ¿Es que no confiaba en que yo hiciera el trabajo?

—Se da la circunstancia de que yo tengo la llave —dijo él, metiendo la mano en un bolsillo y mostrándola—. Pensé que era mejor venir y ver si podía localizar el collar, y luego involucrarla a usted si fuera necesario. Me parece un trabajo con el que no debería molestarse. Estoy seguro de que tendrá muchas otras obligaciones.

—Nada urgente, se lo aseguro —dijo ella, perturbada. Aquello era mucho más interesante que cualquier visita social.

—Podría señalar —continuó él— que usted también ha venido aquí sola.

—Mi madre me ha acompañado. Estará aquí en breve.

—Me refería a que ha venido sin mí, cuando prometió que esperaría —dijo él con intención. Ella resopló y miró hacia adelante, esperando a que el mayordomo regresara.

—¿De verdad creía que la señora Compton le entregaría así como así lo que probablemente sea su posesión más preciada? —preguntó ella con incredulidad, volviendo a mirarlo. Él estaba apoyado contra la pared, con el rostro en sombras, lo que le permitía estudiar sus ropas sencillas de un negro ligeramente desvaído.

—No pensaba que me lo daría. Eso sería una insensatez —dijo él, y Percy se enderezó al preguntarse si era así como él la veía a ella—. Solo pretendía pedirle que me lo dejara ver; si es que, en efecto, lo tiene, tal como Ashford y lady Covington sospechan.

—¿Y qué pasaría si determina que la llave y el collar pueden encajar?

—Entonces la distraería mientras pruebo la llave.

—¿Cómo pensaba hacer eso usted solo? —preguntó ella, interesada en saber cómo había planeado lograr semejante cosa.

—La señora Compton los recibirá ahora —interrumpió el mayordomo, y Percy dio un salto hacia atrás, dándose cuenta de lo mucho que se había acercado al Sr. Rowley durante su discusión.

Mientras seguían al sirviente, Percy se inclinó para susurrar al oído del Sr. Rowley:

—Creo que deberíamos trazar un plan.

—¿Juntos? —susurró él a su vez, y ella asintió—. ¿Qué sugiere?

—Le diré que Cassandra me ha hablado del collar porque me encantan las joyas. Especialmente los rubíes. Una vez que lo saque, lo miraré más de cerca e intentaré usar la llave mientras usted la distrae.

—¿Y cómo voy a hacer eso?

—Es usted un hombre inteligente. Invéntese algo.

—Eso no es en realidad…

Sin embargo, era demasiado tarde para diseñar el plan por completo, ya que los condujeron a un salón donde la señora Compton los esperaba. Estaba de pie en medio de la habitación, con metros de tela vaporosa y vibrante fluyendo de su cuerpo y un turbante sobre la cabeza. Su vestido carecía de estructura alguna, según el estilo de la época, pero no se parecía en nada a los habituales tonos pastel que solían verse entre el *ton*. Percy recordaba que Cassandra decía que su tía Eve era un personaje interesante, pero nunca había dicho que fuera excéntrica. Percy estaba ahora bastante emocionada por conocerla mejor.

—Lady Persephone y el Sr. Rowley, según me han dicho —dijo la señora Compton con voz melódica—. ¿A qué debo el placer de su visita?

—Somos amigos de sus sobrinos, lord Ashford y lady Cassandra... bueno, lady Covington, debería decir ahora.

—Ya veo —dijo la señora Compton, frunciendo el ceño—. Eso sigue sin explicar su visita.

Percy intercambió una mirada con Noah antes de volver su atención a la señora Compton.

—Cassandra me pidió que la visitara, pues le gustaría que le entregara una carta.

—Podría haberla traído un sirviente.

—Sí, pero ella esperaba que pudiera conocerla.

—Entonces se preocupa por mí.

Percy sonrió, para nada desanimada por la franqueza de la mujer, sino más bien disfrutándola. —Supongo que se podría decir eso —dijo—. También me habló de un collar que creía que estaba en vuestra posesión. Tengo buen ojo para las joyas hermosas, especialmente los rubíes, y ella pensó que me interesaría verlo.

—Ya veo —dijo la señora Compton, observándolos a ambos—. Y usted, Sr. Rowley, ¿está aquí acompañando a lady Persephone? ¿Es su pretendiente?

Percy no pudo evitar reírse cuando el Sr. Rowley casi se atraganta.

—No —dijo Percy—. Simplemente hemos coincidido al llegar. Me acompaña mi madre, aunque se ha detenido fuera para hablar con una conocida.

—¿Entonces qué hace aquí, Sr. Rowley?

—Solo presento mis respetos —dijo él mientras la señora Compton lo miraba con sospecha, y Percy no pudo evitar poner los ojos en blanco. Sin embargo, ¿acaso había pensado él que podría haber manejado esta visita a solas?

—Bueno, mejor que se sienten —dijo la señora Compton—. Iré a buscar los rubíes.

—¿Los tiene aquí, entonces?

Ella les dedicó una sonrisa que solo podía describirse como maliciosa. —Mi abuela siempre me decía que debían ser míos. A mi madre no le hizo mucha gracia, así que mi abuela me los dio directamente y siempre me dijo que quedara entre nosotros. —Se

encogió de hombros—. Supongo que ya no importa mucho, ¿verdad?

—Oh, no hay ninguna prisa —dijo Percy—. No pretendía importunar.

—No importa —respondió la señora Compton—. Me encanta lucirlos y hace tiempo que no me los pongo. Me los pondré al cuello, si no le importa.

Eso podría ser un problema.

—Espero que Gideon no los haya enviado aquí para pedir que se los devuelva —gritó mientras salía de la habitación—. Me he enterado de los problemas financieros de la familia, pero no me desprenderé de estos. ¡Eran de mi abuela, ¿saben?!

Cuando estuvo fuera del alcance del oído, Percy se volvió hacia el Sr. Rowley, que parecía tan preocupado como ella. —¿Cómo vamos a inspeccionar el collar si lo lleva puesto?

—No lo sé. Tendremos que idear algo.

—Sus ideas no han sido precisamente útiles hasta ahora.

—El subterfugio no es mi fuerte —murmuró él.

—Eso parece.

Él abrió la boca, y Percy se dio cuenta de que estaba deseando escuchar su réplica cuando oyeron un grito en el piso de arriba. Intercambiaron una mirada una vez más antes de apresurarse hacia el umbral del salón, justo a tiempo para ver a la señora Compton bajar las escaleras volando en un arcoíris de colores, parecida a un pájaro exótico.

—¡Mi collar! —exclamó con el horror reflejado en el rostro—. ¡Ha desaparecido!

* * *

En su preocupación, Noah se olvidó por un momento de sí mismo y corrió hacia las escaleras, aunque tuvo la sensatez de detenerse al final.

—¿Cómo que ha desaparecido? —preguntó lady Percy, que chocó contra él al detenerse este de repente. Cuando él se dio la vuelta,

ella se estaba frotando la nariz, pero por lo demás parecía ilesa—. ¿Se refiere a que lo ha extraviado?

La señora Compton sacudió la cabeza, paseándose nerviosa por el rellano al pie de las escaleras. —Lo guardo en un estuche cerrado con llave en mi armario. El estuche sigue allí, la cerradura no ha sido forzada y, sin embargo, cuando lo he abierto, el collar no estaba.

—¿Dónde está la llave del estuche? —preguntó Noah.

—La llevo colgada al cuello —dijo ella, antes de sonreír con ironía —. ¿No es curioso? Ocupa el lugar donde debería estar el collar. ¡Para lo que me ha servido!

En cualquier otra circunstancia, a Noah le habría hecho gracia que soltara un juramento.

—¿No hay ninguna otra llave? —preguntó en su lugar.

—La hay, pero está escondida en mi habitación —dijo ella—. Nadie más sabe dónde está.

—¿Quizá una doncella? —insistió él, pero ella volvió a negar con la cabeza, aunque Noah sabía que los sirvientes a menudo sabían más de lo que sus señores podían imaginar.

La mano de la señora Compton voló a su frente. —Haré un registro minucioso de la casa, pero no creo que sirva de nada. Sé en mi corazón que se ha ido.

—Imagino que el collar es bastante valioso —dijo Noah, y los labios de ella formaron una línea recta, con el desaliento cubriendo su mirada.

—Su valor para mí es el significado que tiene y lo que representa para mi familia. Fue un regalo de mi abuelo a mi abuela, comprado en su tierra natal.

—Entiendo.

Poco sabía ella que había mucho más detrás; que si el collar se perdía, el camino hacia el tesoro también podría perderse. Noah intercambió una mirada con lady Percy, sabiendo que ella probablemente estaba pensando lo mismo que él: que no querían tener que compartir esta noticia con Gideon o lady Covington.

—¿Merece la pena contratar a un investigador? —preguntó Noah, y ella asintió.

—Lo intentaré, aunque sé que no debo hacerme ilusiones —dijo ella, justo cuando la madre de lady Percy, lady Fairfax, era conducida al interior de la casa por el mayordomo.

—Señora Compton —dijo ella con cierta vacilación, al percibir la tensión en la sala—. ¿Está todo bien?

—No del todo —dijo la señora Compton con un suspiro—. Mejor pase y se lo explicaré todo. Siento, lady Persephone, que no haya podido ver los rubíes como deseaba.

—No importa —dijo lady Percy con una sonrisa forzada—. Me alegra haber pasado tiempo con usted y haberla conocido.

A pesar de saber que Percy estaba igual de disgustada por el collar, Noah comprobó que parecía sincera en su intención.

La señora Compton había pedido té al mismo tiempo que la madre de Percy se unía por fin a ellos, y disfrutaron de una visita bastante agradable, a pesar de que había empezado con mal pie. Cuando llegó el investigador al que la señora Compton había mandado llamar, Noah, lady Percy y su madre se levantaron para despedirse.

—Espero que podamos volver a vernos en circunstancias más favorables mientras estén en Bath —dijo la señora Compton.

—Por favor, háganos saber si hay algo que podamos hacer para ayudar —dijo lady Percy, y se detuvieron al pie de los escalones exteriores. Hizo una pausa como si quisiera decir algo, pero Noah sabía que no podían hablar libremente de la búsqueda del tesoro delante de su madre.

—Quizá volvamos a vernos, Sr. Rowley —dijo Percy, con una intención en los ojos que, según él sabía, probablemente significaba que estaba ansiosa por intentar resolver este misterio, consciente como era de que él no tendría otra razón para buscarla.

Él asintió y murmuró su despedida, pero mientras se alejaba, sentía un peso en el pecho, pues sabía que probablemente habían llegado al final de su búsqueda.

Lo que también significaba el fin de su motivo para pasar tiempo con lady Percy; un hecho que, odiaba admitir, era la peor parte de todo aquello.

Capítulo Cinco

—¡Oh, Noah!, estoy deseando que veas las Assembly Rooms. ¿Has estado alguna vez? ¿Quizá en un concierto en las salas de abajo? Pero las de arriba… oh, las salas de arriba, donde se celebran estos bailes de gala, son preciosas. Y nunca se sabe a quién podrías ver allí. ¡Pues una vez estuvo presente el mismísimo almirante Nelson! Intenté hablar con él, pero ya te puedes imaginar el gentío…—

La tía de Noah continuó parloteando durante todo el trayecto en carruaje hacia las Assembly Rooms de Bath. Él cambió de postura con incomodidad, haciendo que los asientos de cuero chirriaran bajo su peso.

Lo cierto era que preferiría estar en casi cualquier otro lugar del mundo antes que alternando con la más alta sociedad de Bath.

Bueno, en casi cualquier lugar.

Se preguntó si Lady Percy estaría allí y acto seguido desechó el pensamiento de su cabeza. Aquella iba a ser una estancia muy larga en Bath si iba a estar buscándola en cada sitio al que fuera.

——¡Estoy deseando presentarte como el hermano de un conde a todos ellos!—

—Preferiría que no lo hiciera —se oyó decir, interrumpiendo a su tía en mitad de su soliloquio.

—¿Que no hiciera qué?—

—Presentarme de esa manera. «Su sobrino, Noah Rowley» es más que suficiente.—

—Pero… —dijo, abriendo mucho los ojos como si no pudiera creerse que él no quisiera que todo el mundo conociera sus conexiones familiares.

—Creo que a Noah simplemente le gustaría que se le conociera por quién es él, y no por quién fue su padre o quién *es* su hermano. ¿No es así, hijo? —intervino suavemente su tío, y Noah asintió agradecido.

—Exactamente.—

—Bueno… —dijo su tía, y Noah sintió una punzada de culpa por haber desinflado su entusiasmo.

——Puedes hablarles del trabajo que Noah está realizando —dijo el tío Albert, y aquello la animó un poco, aunque no estaba ni de lejos tan emocionada como antes.

Para cuando llegaron, el baile de gala ya estaba muy avanzado y, al empezar a subir las escaleras, Noah se vio inmediatamente rodeado por los abrumadores perfumes florales y el humo que se adhería a las telas de los asistentes. Era una plétora de colores pastel, intercalada con el atuendo oscuro de la mayoría de los caballeros y la vistosidad de unos pocos dandis.

Noah se había puesto las prendas más discretas posibles, con la esperanza de pasar desapercibido entre los que le rodeaban. Se ajustó las gafas tras recibir un empujón lateral y suspiró, deseando que la persona notara su irritación, aunque no tenía intención de decir nada.

Cruzó el umbral y, al ver la gran sala frente a él, pudo al menos apreciar por qué su tía tenía tanto empeño en mostrarle el lugar. El salón de baile era amplio y diáfano, con los músicos tocando desde un balcón sobre él. Alzó la vista para verlos tras la barandilla, con el techo de color azul claro de fondo y sus molduras blancas que le recordaban al cielo en un día soleado, salpicado de esponjosas nubes blancas. Las lámparas de araña colgaban del techo, iluminando la estancia y deslumbrando a todos los que estaban bajo ellas.

Se preguntó cómo podría mujer alguna competir con semejante grandiosidad.

Pero entonces la vio y supo que siempre habría una capaz de hacerlo.

A Noah le pareció que la multitud ante él se abría como el Mar Rojo para ofrecerle un túnel a través del cual verla. Lady Persephone, resplandeciente con un vestido rosa pálido y el cabello castaño oscuro recogido en lo alto de la cabeza, hablaba animadamente frente a dos mujeres que él supuso eran parientes suyas por la forma en que se inclinaban e interactuaban entre sí, aunque no podía saberlo con certeza.

Lady Percy echó la cabeza hacia atrás y se rio de algo que dijo una de ellas, y a él le encantó cómo era capaz de entregarse a la emoción sin preocuparse por lo que los demás pudieran pensar de ella.

Odiaba esa parte de sí mismo que deseaba ser *él* quien la hiciera reír.

Pero él no era así. No tenía ese sentido del humor. Desde luego, Eric le encontraba divertido, incluso entretenido, pero Eric era su hermano. Se conocían mejor que casi cualquier otra persona, así que era lógico.

No iba a engañarse pensando que Lady Percy sentiría algo por él que no fuera un vago interés como conocido.

Sin embargo, no importaba lo que se dijera a sí mismo. Cuando un hombre alto y corpulento se acercó al pequeño grupo de mujeres y les hizo una reverencia, con la mirada fija en Lady Percy, Noah recordó qué tipo de hombres prefería ella.

—Tío —dijo, inclinándose e interrumpiendo a su tío antes de poder contenerse—, ¿quién es ese hombre de allí?—

—¿Dónde?—

—Al otro lado de la sala, con el grupo de jóvenes.—

Su tío entornó los ojos, pero fue su tía quien respondió.

—Oh, es Lord Stephen, hijo de Lord Lecher —dijo—. Lleva residiendo en Bath bastante tiempo, creo. Por lo que he oído, por fin ha salido en busca de esposa. Parece que está comenzando sus pesquisas.—

Y así era. Con Lady Percy.

——¿Lo conoces, Noah?—

—No —dijo él, terminándose su bebida de un trago. Pero sí quería saber cuáles eran exactamente las intenciones de Lord Stephen para con la mujer en quien Noah no podía dejar de pensar, le gustara o no.

* * *

Percy forzó una sonrisa.

Lord Stephen era afable. Era educado. Descendía de los linajes correctos y estaba en la línea de sucesión de un título.

Era físicamente fuerte y llamaba la atención. Era la combinación perfecta de lo que a ella le atraía y de lo que sus padres deseaban para ella.

Entonces, ¿por qué deseaba que terminara esa historia que estaba contando y se marchara de su lado?

De pronto se dio cuenta de que todos los ojos estaban puestos en ella, esperando a que dijera algo, y se aclaró la garganta, lamentando no haber prestado más atención.

—A Percy le encanta bailar —dijo su prima, Elizabeth, apiadándose de ella y dándole un codazo en el costado.

—Sí —dijo Percy con una sonrisa—. Me encanta.—

—¿Y le gustaría bailar conmigo? —preguntó Lord Stephen.

—Me gustaría. Sí —mintió; pero habría sido increíblemente grosero decir que no, incluso para ella.

—Muy bien. Vendré a buscarla en breve, cuando comience el siguiente baile. —Damas —dijo, haciendo una leve inclinación ante todas, y Percy apretó los labios.

Dio un sorbo a su bebida mientras sus primas empezaban a cuchichear sobre el interés de él por ella, deteniéndose cuando su mirada cayó sobre una figura familiar al otro lado de la sala.

El señor Rowley.

Si no lo conociera mejor, probablemente su figura le habría pasado desapercibida por completo, pues parecía fundirse con el fondo a sus espaldas.

Bueno, no de forma literal, ya que él vestía pantalones oscuros y una chaqueta oscura, y la pared era de color azul cielo, pero baste decir que ciertamente no destacaba; sobre todo por el aura que le rodeaba, una que hacía parecer que estuviera intentando ocultarse.

Sus miradas se cruzaron y se mantuvieron, y había algo en los ojos de él que despertó su interés, aunque no habría sabido decir exactamente qué era. Ella arqueó una ceja inquisitiva y habría jurado que las mejillas de él se enrojecieron mientras alzaba su copa y apartaba la vista.

—¿A quién miras? —preguntó Elizabeth.

—A un amigo —dijo ella, con una sonrisa involuntaria formándose en su rostro. El señor Rowley se había vuelto bastante entretenido, pretendiera serlo o no—. Un amigo de un amigo, supongo que debería decir.—

—Pareces bastante interesada en dicho amigo —dijo su otra prima, Rebecca, asomándose por detrás de Elizabeth para verlo—. —Yo no veo a nadie.—

—Está ahí mismo —dijo Percy, señalando.

—Solo veo mujeres.—

—Rebecca. Lo tienes justo delante de las narices.—

—¡Ah! ¿Él? ¿El de las gafas?—

—Sí —dijo Percy con exasperación, apartando la vista de él cuando este empezó a mirar en su dirección una vez más—. —¿Queréis dejar de mirar fijamente? No quiero que piense que estoy cotilleando sobre él.—

—¿Hay algo que contar? —preguntó Elizabeth, sin escuchar a Percy lo más mínimo, sino moviéndose a su alrededor para verlo mejor—. En realidad es bastante guapo, de una forma un tanto poco convencional.—

—¿Guapo? —dijo Percy sorprendida—. Supongo que es alguien de aspecto agradable. —No se había parado a pensar en su apariencia. Era solo… el señor Rowley.

—Y yo que pensaba que quizá sentías debilidad por el hombre por la forma en que le mirabas —se rio Elizabeth—. Veo que me equivoco. ¿Me lo presentarás?—

—¿Presentártelo? —repitió Percy, de forma un tanto estúpida. ¿Debería hacerlo? ¿Por qué no iba a hacerlo? El señor Rowley sería una pareja adecuada para una mujer como Elizabeth, con conexiones nobles pero sin vínculo directo con un título. Y sin embargo… la idea de hacerlo le dejó una sensación de agitación bastante incómoda en el estómago—. Sí, por supuesto —dijo, ignorando sus caprichosas y confusas emociones—. Vamos.—

Las guio a través de la sala; el señor Rowley miraba de un lado a otro a medida que se acercaban, como si se preguntara a quién podrían estar buscando, sin creer que pudiera ser a él.

—Señor Rowley, qué alegría verle —dijo Percy al llegar a su altura. Ahora que Elizabeth lo había mencionado, era incapaz de evitar buscar esa apostura que su prima había comentado. Quizá, bajo las gafas, el cabello que llevaba en un estilo que ya estaba pasado de moda desde hacía algunos años, la ropa anodina y esas patillas que eran más bien…—

—Lady Percy —interrumpió él sus reflexiones—. Está encantadora esta noche.—

—Gracias —dijo ella, sorprendida por el calor que le subía por las mejillas.

—Percy siempre luce extraordinaria —dijo Rebecca, dando un paso al frente—. Es la más inteligente de todos los estilos de la temporada.—

—Simplemente me gusta la ropa, eso es todo —dijo ella, bastante aturdida, mientras una de sus primas —no estaba segura de cuál— le daba un toque en el costado—. —¡Oh!, sí, mis disculpas. Señor Rowley, permítame presentarle a mis primas, la señorita Elizabeth Paulson y la señorita Rebecca Paulson.—

—Encantado de conocerlas —dijo él, haciendo una leve inclinación.

—¿Cómo se conocen? —preguntó Elizabeth, mirando de uno a otra.

—Nos conocimos a través de amigos comunes —explicó Percy, ante lo cual el señor Rowley asintió.

——¿A qué dedica su tiempo, señor Rowley? —preguntó Rebecca, y Percy supo que no era tanto que le interesara lo que

hacía, sino con quién estaba emparentado.

—Estoy estudiando y escribiendo la historia de Inglaterra desde la época de las Actas de Unión —dijo él, lo que inmediatamente hizo perder parte del interés de las primas de Percy. Percy sonrió levemente para sus adentros, pues si supieran la verdad —que el señor Rowley estaba actualmente en la línea de sucesión para heredar un condado, si algo le ocurriera a su hermano— no estarían tan decepcionadas con él.

Pero si el señor Rowley no consideraba oportuno compartir esa información, ella tampoco lo haría.

—Señor Rowley… —empezó ella, pero se detuvo en seco, quedándose boquiabierta.

—Percy —le siseó Elizabeth al oído después de que ella no dijera nada durante unos instantes—. Estás con la boca abierta como un pez.—

—Sí, Percy —dijo Rebecca, solo que ella no hizo nada por bajar la voz—. Haz el favor de cerrar la boca.—

El señor Rowley, sin embargo, no dijo nada. Solo se giró para ver qué era lo que tanto había captado su atención.

Y cuando volvió a mirarla, su rostro reflejaba el mismo asombro que sentía Percy.

—El collar —dijeron al unísono. Al parecer, lo habían encontrado sin ni siquiera intentarlo.

Capítulo Seis

Noah tuvo que reprimir el impulso de acercarse corriendo y preguntarle a aquella mujer de dónde había sacado una pieza de joyería tan hermosa y valiosa, pero primero tenían que librarse de Rachel y Emmaline, o como fuera que se llamasen las primas de Percy.

Por lo general, se enorgullecía de su memoria. Pero resultaba difícil retener información sobre cualquier otra persona cuando tenía a Percy delante.

Percy balbuceó durante unos instantes sobre un collar que admiraba en una mujer al otro lado de la sala. Parecía considerar que, en esta ocasión, lo mejor era decir la verdad. Sus primas no dejaban de preguntar a qué mujer se refería hasta que Noah se dio cuenta de que quizá estaban perdiendo una oportunidad: la de determinar quién era exactamente aquella mujer y si las joyas que lucía en el cuello podrían ser las que estaban buscando.

—Aquella mujer de allí, la de cabello oscuro con el vestido carmesí y rubíes al cuello —dijo él—. ¿Quién es?

Percy le lanzó una mirada como si estuviera revelando demasiado, pero la prima más alta se inclinó hacia delante con un brillo en los ojos.

—*Ella* es la señora MacNall.

—¿La señora MacNall? —repitió Percy, arqueando las cejas.

—Es... —Las dos hermanas se miraron la una a la otra.

—¿Cómo lo decimos?

—De una forma educada.

—Digamos que resulta casi escandaloso que esté aquí.

—Apenas puedo creer que la hayan dejado entrar.

—Basta —dijo Percy, probablemente más alto de lo que pretendía —. Ninguna de las dos es menos inocente que yo, así que más vale que digáis lo que queréis decir en lugar de andaros con rodeos.

—Está bien —dijo la más baja, poniendo los ojos en blanco—. La señora MacNall es una... —Bajó la voz—. Una mujer caída.

—Pero una muy bien mantenida —añadió la más alta, ¿Evangeline?, ladeando la cabeza.

—No se te ocurra tener ideas raras —murmuró su hermana.

—¡Claro que no! —exclamó la otra con voz melodiosa.

—¿Está vinculada a algún hombre? —intervino Noah, y ellas le miraron casi como si hubieran olvidado que estaba allí.

—Creo que sí. Tiene su propia casa, justo al lado de Kingston Road. Oh, ¿quién era su protector, Elizabeth?

Elizabeth. Había estado cerca con el nombre.

—¿Lord Chesterham, tal vez?

—Oh, sí, es él.

—Está casado, ¿no es así?

—Lo está.

—Escandaloso.

—Que ella esté aquí, sí. No que él tenga una amante. Todo el mundo la tiene.

—Sí, así es —dijo la alta, Elizabeth—. Él no lo mantiene en secreto.

—No —dijo Rebecca, sacudiendo la cabeza con desaprobación—. Una mujer así debería mantenerse a puerta cerrada.

Noah dio un paso atrás para alejarse de las mujeres que parloteaban, viendo que Percy hacía lo mismo. Ella rodeó a sus primas para situarse a su lado.

—Tenemos que hablar con ella —dijo en un sonoro susurro.

—Creo que deberías hacerlo tú. Es mucho más probable que hable con otra mujer.

—No estoy segura —dijo Percy, mordiéndose el labio inferior, algo que Noah intentó ignorar pues le hacía sentir todo tipo de cosas que

realmente debía pasar por alto—. Puede que ella esté más inclinada a hablar con un hombre.

—Nunca he tenido mucha suerte convenciendo a una mujer de nada.

Aquello sonó como si estuviera compadeciéndose de sí mismo, algo que no creía que Percy fuera a apreciar. Se aclaró la garganta. —Sigo pensando que deberías intentarlo tú primero. Tienes un don especial.

Ella abrió mucho los ojos mientras se echaba ligeramente hacia atrás, alejándose de él. —¿Qué quieres decir con eso?

¿Por qué había dicho algo así? Ahora tenía que explicarse.

—Eres una mujer... encantadora, Lady Percy —dijo, descubriendo que ya no era capaz de mirarla a los ojos.

—Gracias —dijo ella, aunque continuó mirándole con interés o con preocupación; no estaba seguro de qué. Supuso que no era frecuente que él hiciera un cumplido a ninguna mujer, y ciertamente nunca le había hablado así a Lady Percy.

—Muy bien —dijo ella finalmente encogiéndose de hombros—. Lo intentaré. Aunque tendré que tener cuidado, pues ni siquiera mi madre, que es bastante comprensiva, se alegraría si entablo relación públicamente con una mujer considerada escandalosa. Esperaré a que abandone el salón de baile y luego veré si puedo seguirla.

—¿Necesitas algo de mí?

—Estaré bien, estoy segura —dijo ella, y Noah no pudo evitar sentirse atraído por la confianza que desprendía.

—Oh, ahí va —dijo Percy con entusiasmo antes de inclinarse hacia sus primas, que estaban en medio de una conversación o una discusión, no estaba seguro de qué—. Perdonadme. Elizabeth, Rebecca, volveré en un momento.

Y con eso, se alejó apresuradamente en un revuelo de faldas de color rosa pálido, mientras Noah la seguía con la mirada.

* * *

Por suerte, Percy pudo salir del salón de baile sin que nadie la detuviera, especialmente su madre, de quien estaba segura que querría acompañarla, aunque fuera al tocador de señoras. La señora MacNall entró en la pequeña estancia y Percy esperó fuera, con bastante impaciencia, a que saliera. Se formó una pequeña cola detrás de ella, y cuando la señora MacNall salió, Percy dejó su lugar para seguirla. Cuando estuvieron fuera de la vista de cualquier ojo indiscreto, aceleró el paso y alargó la mano para tocar el codo de la mujer.

—¿Señora MacNall?

La mujer se dio la vuelta, mirando a Percy desde arriba. Era alta, con el rostro maquillado con arte para realzar su belleza sin parecer artificial. Su vestido era tan grandioso como el de cualquier otra dama presente. Debían de pagarle bien para permitirse tales prendas si Elizabeth y Rebecca estaban en lo cierto respecto a su profesión.

—¿Sí?

—Está usted encantadora esta noche.

La mujer simplemente arqueó una ceja, claramente sin interés en cortesías, pero con una sospecha muy justificada.

—¿La conozco?

—No me conoce —dijo Percy, decidiendo que la verdad era lo mejor en este caso—. Acabo de llegar de Londres.

—Ya veo. ¿Sabe quién soy yo?

—No, todavía no he tenido el gusto de conocerla. —De poco servía lo de decirle la verdad—. Tiene un sentido de la moda ejemplar. El terciopelo carmesí que lleva es sencillamente divino. Y su collar es impresionante. Me ha llamado mucho la atención.

La mujer se llevó la mano a las joyas de su cuello. Ahora que Percy podía verlas de cerca, estaba segura de que eran las que pertenecían a la señora Compton.

—Gracias.

—Me encantan los rubíes.

—A mí también.

—¿Podría verlo más de cerca? —preguntó Percy incorporándose, pero la señora MacNall se echó hacia atrás, alejándose de ella.

—Debo volver al salón de baile.

—Le ruego que me disculpe. No he podido evitarlo, porque me han cautivado por completo —dijo Percy, pero parecía que a la señora MacNall no le interesaba. Sin embargo, en el breve momento en que Percy se había inclinado, había visto lo que buscaba: la inscripción en español. Tenían que ser las joyas de la familia Sutcliffe. Pero, ¿cómo habían escapado de la caja cerrada de la señora Compton para acabar descansando en el cuello de la amante de Lord Chesterham?

No tuvo tiempo de hacer más preguntas, pues sin mediar palabra, la señora MacNall se dio la vuelta y se alejó de ella. Percy suspiró, sabiendo que insistir sería infructuoso. Después de todo, iba a necesitar la ayuda del señor Rowley. Iniciaba su regreso al salón de baile cuando una figura alta e imponente le bloqueó el camino.

—Lord Stephen —dijo sorprendida al levantar la cabeza para ver quién había invadido su espacio—. Qué... agradable volver a verle esta noche.

Con agradable, quería decir inoportuno.

—Me alegro de haberla encontrado. Esperaba tener un momento para hablar con usted a solas.

—No estoy segura de que eso sea apropiado, Lord Stephen —dijo ella, aunque no le importaba mucho el decoro, sino que más bien sentía la urgencia de cumplir con lo que había venido a hacer aquí.

—Será solo un momento —dijo él, echándose a un lado para bloquearle el paso cuando ella intentó rodearle—. Espero que se haya dado cuenta, Lady Percy, de que me intriga.

—Hago todo lo posible por resultar intrigante —dijo ella a la ligera.

—No sé si es consciente, pero estoy interesado en tomar esposa.

—Lo dice como si pudiera entrar en el almacén de ramos generales y comprar una —dijo ella, a lo que él sonrió con astucia.

—Y sin embargo, aquí estamos, en un edificio donde tantas jovencitas casaderas están expuestas ante mí, con sus mercaderes —perdóneme, sus *madres*— dispuestas a compartir conmigo todas sus cualidades para que las tome en consideración. Lo cual me hace

preguntarme... ¿es que tiene usted alguna deficiencia o es que simplemente no está a la venta?

Percy se mantuvo erguida ante sus ofensivas palabras.

—Da la casualidad, Lord Stephen, de que no considero que unirme a un hombre por el resto de mi vida sea una obligación contractual. Si eso es lo que está buscando, le sugiero que encuentre a otra que no sea yo.

—Resulta usted un desafío —murmuró él, recorriendo su cuerpo con la mirada—. Quizá sea eso lo que ha espantado a los demás.

—Esta conversación ha terminado —dijo ella con firmeza—. Con su permiso.

Hizo amago de pasar por su lado, pero él volvió a cerrarle el paso. Esquivó hacia la izquierda y, cuando él fue a detenerla, ella retrocedió hábilmente y le rodeó.

Él alargó la mano y sus dedos rodearon el brazo de ella, pero justo cuando estaba a punto de ordenarle con más claridad que la soltara, ambos fueron interrumpidos por una voz.

—Lord Stephen, ¿verdad?

El alivio inundó a Percy cuando el señor Rowley se interpuso entre ellos; su sola presencia hizo que Lord Stephen diera un paso atrás, dejando caer la mano a su costado. Podría ser persistente, pero no era tan tonto como para dejarse atrapar reteniendo a una mujer contra su voluntad.

—Sí.

—Soy el señor Noah Rowley. Creo que conoce a mi hermano.

—¿Ah, sí?

—Lord Ferrington.

—Ah, sí, por supuesto —dijo Lord Stephen, aunque era obvio que no tenía ni idea de a quién se refería el señor Rowley, pero ciertamente no iba a refutar ninguna afirmación cuando el hombre tenía título.

—Le envía saludos —dijo el señor Rowley, antes de inclinar la cabeza hacia el salón de baile, indicando obviamente a Percy que continuara. Ella odiaba permitir que otro librara sus batallas, pero también sabía que esta era su mejor oportunidad para escapar.

—Buenas noches, Lord Stephen, señor Rowley —dijo con una leve reverencia antes de alejarse, a pesar de que estaba ansiosa por atrapar al señor Rowley para hablarle del collar.

Quería compartir lo que había descubierto... y qué era exactamente lo que ahora necesitaba que él hiciera.

Capítulo Siete

Noah se estaba maldiciendo a sí mismo tras su encuentro con lord Stephen. Debería haberle dicho al hombre exactamente qué le haría si continuaba cortejando a Lady Percy con intenciones tan poco decorosas, pero claro, ¿quién era él para defenderla? ¿Un conocido? ¿Amigo de amigos comunes? Además, no es que fuera a retar al futuro marqués a una pelea o a un duelo.

No tenía posibilidad de ganar en ninguna de las dos.

Así que, en su lugar, se había despedido para buscar de nuevo a Lady Percy, pero parecía que para cuando regresó al salón de baile, ella había desaparecido.

Él mismo estaba a punto de marcharse cuando sintió un golpecito en el hombro y se dio la vuelta para encontrarse con ella.

—Pídeme que bailemos —susurró ella, y él miró a su alrededor, asumiendo ya que le estaba hablando a otra persona.

—¿Quieres bailar conmigo? —preguntó él al no ver a nadie cerca, y ella puso los ojos en blanco.

—Sí. ¿Por qué otra razón iba a pedírtelo? Necesito hablar contigo.

Ah, sí, el collar. Casi se había olvidado de aquello.

Los músicos comenzaron un vals y él le tendió la mano a Percy, guiándola a la pista, mientras un aroma que le recordaba al huerto de cerezos en flor de la finca de su hermano lo envolvía. Puso una mano en su cintura y tomó la otra entre las suyas, mientras intentaba que no le afectara el calor de la palma de ella contra la suya a través de los guantes.

—¿Has podido hablar con la señora MacNall? —preguntó él, recorriendo el salón con la mirada por encima del hombro de ella.

—He hablado con ella —dijo ella con un suspiro, y su aliento contra el cuello de él le hizo estremecerse. Tenía la estatura perfecta en sus brazos; su cabeza quedaba a la altura del hueco de sus hombros—. Por desgracia, no ha servido de nada. No tenía ningún interés en hablar conmigo, y mucho menos en dejarme ver el collar. Sin embargo, he podido acercarme lo suficiente para ver la inscripción en español. Es el collar que buscamos, señor Rowley, lo sé.

—Llámame Noah.

—¿Perdón?

Ella se echó hacia atrás, alejándose de él, y sus hermosos ojos azul verdoso buscaron su rostro. Aquello le desconcertó bastante, pero permitió que lo hiciera, ya que él tampoco podía apartar la vista de ella.

—Con nuestro objetivo común y el tiempo que estamos pasando juntos, me encantaría que me llamaras por mi nombre de pila —dijo él.

Principalmente, quería oírlo en sus labios. Esperaba que su razonamiento fuera aceptable.

—Muy bien, Noah. Tú puedes llamarme Percy.

—¿Lo prefieres a Persephone?

—Sí —dijo ella, mirándolo desde debajo de sus pestañas oscuras —. Persephone suena tan formal. Y, por supuesto, es difícil de decir. Cuando mi hermano era niño no sabía pronunciarlo, así que decía Percy en su lugar y el nombre se me ha quedado desde entonces. Solo mi madre me llama Persephone.

—«La que trae la muerte».

—¿Perdón?

—El nombre Persephone es griego —explicó él—. Significa «la que trae la muerte».

—Encantador —dijo ella con un trasfondo de sarcasmo, y él se dio cuenta de que no apreciaba su explicación, pero no pudo evitarlo.

—En realidad, lo es —dijo él—. Se decía que guiaba y consolaba con dulzura a quienes descendían a la muerte. Curiosamente, personificaba la dualidad, pues aunque era la esposa de Hades, también era hija de Zeus y Deméter, y era la diosa del renacimiento, la primavera y la vegetación.

—Eres un hombre de mucha información.

Noah dio un paso hacia atrás, sintiendo que el rostro se le encendía al darse cuenta de que se había dejado llevar y había hablado mucho más de lo que pretendía, como le ocurría a menudo. Se aclaró la garganta e intentó una táctica más sencilla.

—Percy te pega.

Ella sonrió radiante, y en lo más profundo de él floreció una calidez al saber que él era quien había provocado tal reacción.

—Ahora, Noah, creo que tú tienes muchas más posibilidades de convencer a la señora MacNall para que te enseñe el collar. Además, ¿conoces a lord Chesterham?

—De vista.

—¿Podrías hablar con él? ¿Preguntarle dónde compró el collar? Tiene que haber sido robado y luego él lo compró para la señora MacNall. A menos que ella tenga otro protector. ¿Tienen las mujeres solo uno a la vez?

Miró a Noah con tal convicción en los ojos de que él sería capaz de responder a la pregunta, que él apenas supo qué decir.

—N-no lo sabría decir. Nunca he pagado a una mujer así, ni tengo ninguna amistad cercana con un hombre que lo haya hecho.

—Oh. —Sus labios formaron un círculo rosado—. Supongo que eso es encomiable.

—Eso espero.

—Conozco a lord Chesterham de vista —dijo él, respondiendo a su pregunta inicial—. Creo que le gusta la sala de juego. Me uniré a alguna partida con él y veré si puedo sonsacarle alguna respuesta.

—Bien —dijo ella asintiendo—. Solo asegúrate de no preguntarle directamente si se los compró a ella.

—¿Y de qué otra forma se supone que voy a preguntar? —dijo él, frunciendo el ceño.

—Tendrás que pensar en algo, pero el hombre está casado, así que difícilmente puedes preguntarle si compró un regalo para su amante. Quizá decir que estás pensando en comprar rubíes para una mujer y te gustaría saber dónde encontrarlos.

—Es una buena idea —reflexionó Noah, inclinando la cabeza hacia un lado, y Percy se rio como si le divirtiera que él hubiera considerado que pudiera ser de otra manera.

—Ahora, en cuanto a la señora MacNall... —Percy apretó los labios, mirando por encima del hombro izquierdo de él—. Tendrás que intentar usar la adulación. Mira si puedes acercarte. Impresiónala con tus contactos.

—Pero...

—Lo entiendo, no quieres que se te conozca por tu hermano. Pero en este caso, puede que tengas que intentarlo. Afortunadamente, está sola y en la mesa de los refrescos en este momento. Podrías hablar con ella sin que parezca que estáis teniendo una conversación privada.

—Muy bien.

—Mucha suerte, Noah. Sé que puedes hacerlo —dijo ella cuando la canción llegó a su fin y él la soltó a regañadientes, habiendo disfrutado de su proximidad mucho más de lo que debería.

Se apartó de Percy, sin saber de qué otra forma despedirse de ella, y tomó aire mientras buscaba a la mujer, viéndola finalmente hacia un lado de la sala. Preferiría con mucho retirarse primero a la sala de cartas para ver si podía localizar a lord Chesterham, pero era consciente de que si no hacía esto ahora, podría perder tanto la oportunidad como el valor.

Se acercó rápidamente antes de que ella se marchara, inclinándose para coger un vaso de un líquido amarillo pálido; no estaba seguro de qué contenía, pero supuso que era limonada. No era santo de su devoción. Demasiado dulce y almibarada para su gusto.

Ella estaba de pie junto a la mesa, observando a los bailarines. Noah se puso a su lado de cara a la mesa, necesitando hablar con ella pero sin querer atraer demasiada atención.

—Señora... —pero él no debía saber quién era—. Mi... —No era una dama. No debería referirse a ella como tal—. Perdone.

Ella no se volvió y él se dio cuenta de que no estaba hablando lo suficientemente alto. Se aclaró la garganta. —¿Señora? —Vaya. Ahora podría pensar que la estaba llamando alcahueta.

—¿Me está hablando a mí? —preguntó ella, clavando sus ojos oscuros en él, aunque no carecían de interés. Él tragó saliva ante su atención.

—Sí.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Yo... esto es... está usted encantadora.

Ella enarcó una ceja artísticamente perfilada. —Gracias.

—¿Está usted... esto es, la acompaña algún caballero?

Ella pareció vagamente divertida. —Tendrá que ser más claro.

No se lo estaba poniendo fácil. Intentó mirar más de cerca el collar, pero las mejillas se le encendieron cuando se dio cuenta de que, al hacerlo, ella asumía que le estaba mirando el generoso escote; aunque no parecía importarle. Se empujó las gafas más arriba sobre el puente de la nariz.

—¿Está aquí, en las Assembly Rooms, con un hombre?

—No precisamente —dijo ella—. ¿Por qué lo pregunta?

—Yo... esto es, mi hermano es conde, y ha sugerido... —¡¿Qué había sugerido su hermano?! ¿Por qué iba a tener su hermano algo que ver con esto? Percy le había dicho que mencionara a su hermano, pero ahora todo se había vuelto un lío.

—Le diré una cosa —dijo ella, inclinándose hacia él—. Si desea encontrarme más tarde, ya sea esta noche, mañana o la noche siguiente, venga al Queen's Hand.

—¿Dónde está eso?

—Pregunte por ahí; lo encontrará —dijo ella con una sonrisa que era a la vez sugerente y divertida—. Pero, ¿señor...?

—Rowley.

—Señor Rowley, no hago esto enteramente por mis finanzas. También lo hago por placer. Y me gusta un hombre que sepa entretenerme. Ya veremos si usted es capaz.

Él tragó saliva con dificultad, no gustándole el cariz que tomaba el asunto. ¿Cómo iba a decirle a Percy que no solo había fracasado esta noche, sino que no tenía ninguna posibilidad en el futuro?

—Buenas noches —dijo, sin saber qué más decir, y se dio la vuelta para encontrarse con que no hacía falta decirle nada a Percy, pues estaba allí mismo a unos pocos pasos, detrás de una de las columnas de la sala de modo que resultaba invisible para la señora MacNall. Una vez que la mujer en cuestión se hubo alejado, Percy salió, inexpresiva.

—Noah.

—Sí.

—Eso ha sido...

—Doloroso, lo sé.

—Sí, esa era una de las palabras que iba a utilizar —suspiró—. Si tienes que resultar entretenido para que ella se fije en ti, entonces puede que tengamos un problema.

Ella no tenía pelos en la lengua.

—¿Tienes alguna sugerencia?

Se detuvo, dándose golpecitos con un dedo en los labios. —La tengo.

—¿Y cuál es?

—Voy a ayudarte.

—Percy, tú no puedes ir a un club de ese tipo.

—Por supuesto que no, aunque es bastante molesto que tú puedas hacerlo sin ser censurado.

—Eso no es culpa mía.

—No, pero eso es algo que podemos discutir otro día. Ahora, en cuanto a tu cita de mañana por la noche. Puede que yo no pueda acompañarte, pero puedo prepararte.

—¿Cómo vas a hacer eso?

—Te daré instrucciones y te ayudaré a practicar.

—¿Qué? ¿Cuándo? ¿Cómo?

Ella solo se rio, desconcertándolo aún más, pues él le había hecho las preguntas con un serio interés por saber qué podía esperar de ella.

—Ven a verme mañana. Pensaré en una forma de que podamos pasar tiempo a solas, sin mi madre. ¡Tenemos trabajo que hacer, Noah!

Entonces, con paso ligero y una sonrisa en la cara, se alejó, y él solo deseó poder tener tantas esperanzas como ella.

Pero se conocía a sí mismo mucho mejor de lo que ella lo conocía.

Y era muy probable que resultara un desastre absoluto; con la señora MacNall, sí, pero lo que era peor, con la propia Percy.

Deseó no haber aceptado nunca aquello, porque solo podía conducir a un lugar.

A la decepción.

Capítulo Ocho

Percy no se había sentido tan emocionada desde la última vez que le tocó a ella elegir un libro para su escandaloso club.

Nunca les había contado a las cuatro amigas que formaban parte del club con ella que se había pasado horas en la biblioteca circulante, escondida donde nadie pudiera ver los títulos de su pila, leyendo unas cuantas páginas de muchos libros diferentes para intentar decidir cuál disfrutarían más todas.

Ahora esperaba a que llegara Noah con la misma anticipación. Le había impresionado su intento de hablar con la señora MacNall ayer. Se notaba que no le resultaba fácil acercarse a extraños, muy especialmente a una mujer con tanta experiencia que muy probablemente podría discernir que Noah no era un hombre muy versado en buscar tal compañía.

O tal vez sí lo fuera, pensó encogiéndose de hombros. Era difícil saberlo con un hombre que se mantenía tan cerrado a los demás. A veces le encantaría mirar dentro de esa cabeza suya y descubrir qué estaba pasando, qué impulsaba sus respuestas y sus acciones; pero era lo bastante sensata como para no preguntar nunca, pues suponía que él se lo guardaría para sí. Además, tenía su gracia que fuera un misterio así.

—¡Persephone, me voy ya! —dijo su madre, y Percy corrió hacia la puerta con pasos rápidos, ansiosa por que su madre se marchara antes de que llegara Noah. Si su madre se había ido cuando él viniera, entonces no tendría motivos para sospechar nada y Percy no

tendría que explicar su visita—. ¿Seguro que no quieres acompañarme?

—Estoy demasiado cansada de lo de ayer. ¡Aun así, espero que te diviertas! —dijo Percy, sintiéndose mal por la mentira pero ansiosa de que su plan tuviera una oportunidad de salir bien.

Tenía ideas para el señor Rowley; ideas que estaba segura de que lo harían de lo más atractivo para la escéptica señora MacNall.

Sonó un golpe y, antes de que Percy pudiera pensar en lo que estaba haciendo, corrió hacia la entrada, abriendo la puerta antes de que el mayordomo pudiera hacerlo.

—¡Noah! —exclamó con una sonrisa al verlo allí de pie, con el sombrero en la mano y una expresión llena de preocupación—. Has venido.

—No me has dejado mucha elección —murmuró él, y ella alargó la mano y tiró de él hacia el interior de la casa antes de que pudiera decidirse a marcharse.

—No hay nada de qué preocuparse. Lo pasaremos de maravilla. Te lo prometo —dijo ella, esperando estar diciendo la verdad y que él pudiese, al menos, disfrutar de su tiempo con ella—. Ven al salón de atrás. Le he pedido a mi doncella que se reúna con nosotros allí para que no estemos completamente solos.

—Muy bien.

—También nos acompañará el ayuda de cámara de mi padre.

—¿Para qué? —preguntó él, tirando ligeramente de su mano, y fue solo entonces cuando ella se dio cuenta de que todavía la tenía sujeta. La soltó, sin estar segura de si a él le gustaba un contacto tan cercano.

—Es un experto en arreglo personal.

—¿Arreglo personal? —Entraron en el salón en ese momento, y cuando él se quitó la capa, ella se dio cuenta de que ni siquiera le había dado tiempo a entregar el sombrero y la capa al mayordomo. No importaba.

—Sí —dijo ella con una sonrisa, entrelazando las manos frente a ella—. Para tu pelo.

—¿Qué le pasa a mi pelo? —preguntó él, pasándose una mano por la cabeza mientras fruncía el ceño.

—Es... —No estaba segura de cómo convencerlo para que lo cambiara sin insultarlo—. Es muy adecuado para ti, pero para la señora MacNall, creo que deberíamos cambiarlo ligeramente.

—No te gusta.

—Me gusta perfectamente —dijo ella—, y después, si quieres volver a llevarlo así, hazlo por favor.

—Muy bien —refunfuñó él.

Ella empezó a rodearlo—. Tus gafas te dan un aspecto bastante distinguido, así que se pueden quedar.

Él resopló—. Nunca fueron una opción. Apenas puedo ver sin ellas.

—En cuanto a tu vestimenta, he invitado al mejor sastre de Bath para que te visite mañana.

—Percy...

—No necesitas mucho de él, y ya le he dicho qué estilo debe darte —dijo—. Entonces estarás listo en ese aspecto.

—No me había dado cuenta de que hubiera algún problema con mi aspecto —dijo él con ironía, claramente ofendido.

—¡No hay nada malo! Nada en absoluto —dijo ella apresuradamente—. Solo que no queremos que parezcas tan... respetable.

—Muy bien —dijo él, aunque parecía algo más aplacado.

—Mary, ahí estás —dijo Percy cuando su doncella entró por la puerta; su puntualidad fue afortunada, pues Percy ya no tenía que dar más explicaciones—. Estoy ayudando al señor Rowley con su encanto, así que, por favor, no pienses que nuestro intercambio sea motivo de cotilleo.

—Oh, mi lady, yo nunca...

—Por supuesto. Pero por si acaso —dijo Percy, sabiendo que por muy leal que fuera su doncella, si llegaba a pensar que Percy tenía un interés serio en Noah, el rumor recorrería la casa más rápido que un ratón en pleno invierno.

—Ah, aquí viene James también.

—¿James? —repitió Noah.

—El ayuda de cámara.

—Entiendo.

—James, este es el señor Rowley —dijo ella, presentándolo al sirviente, que hizo una reverencia—. Señor Rowley, James está preparado para ti en uno de los dormitorios sin usar.

Noah miró al ayuda de cámara y luego volvió a mirarla a ella—. ¿Adonde va a cortarme el pelo?

—Sí. James tiene mucho talento. No te preocupes, me he asegurado de que estés en las mejores manos.

Le dedicó una sonrisa radiante con lo que esperaba que él interpretara como aliento antes de que él suspirara y se marchara. Percy se sentó a esperarlo, sacando el último libro de su club mientras lo hacía. Tenía que admitir que, aunque la elección de Hope era bastante dulce y alegre, no era ni de lejos lo bastante romántica para su gusto.

Se preguntó cuánto tardarían James y Noah.

No podía esperar a ver qué aspecto tendría.

Para beneficio de su farsa, por supuesto. Y para nada más.

* * *

Noah se miró en el espejo del tocador que tenía delante mientras el sirviente permanecía de pie tras él, con sus herramientas desplegadas. ¿Era su apariencia realmente tan contraria que requería un cambio tan drástico?

—Señor Rowley —dijo el ayuda de cámara educadamente—, antes de empezar, ¿tiene alguna preferencia en lo que haga? Lady Percy me ha dado algunas pautas, sin embargo, preferiría contar con su permiso...

Noah agitó la mano en el aire—. Lo que ella haya dicho está bien.

—Muy bien. Si desea que cambie algo a medida que procedo, por favor, dígamelo.

Noah asintió mientras el ayuda de cámara comenzaba. Era lento pero meticuloso, y Noah empezó a relajarse un poco en la silla, ya no tan preocupado por que el hombre pudiera hacerle un estropicio o, peor aún, que no estuviera seguro de su manejo con la cuchilla y

causara un daño irreversible. Si Percy decía que era el mejor, tendría que confiar en que era el mejor.

—¿Sería posible que se quitara las gafas?

Noah asintió, aunque eso significaba que ahora estaba entregando verdaderamente toda su confianza al hombre, pues todo lo que estaba más allá de su nariz era borroso.

—Muy bien —dijo dejándolas a un lado—. Adelante. Dígame cuándo puedo volver a ponérmelas. ¿Sabía que las primeras gafas ponibles aparecieron en Italia en el siglo XIII? Los sopladores de vidrio fabricaban lentes de diferentes grosores para que los usuarios las probaran. Pasarían otros cuatro siglos, sin embargo, hasta que se añadiera una extensión sobre las orejas.

Miró hacia arriba, intuyendo que James lo miraba fijamente mientras permanecía inmóvil, sosteniendo una navaja en la mano. Noah se dio cuenta de que no estaba seguro de cómo responder.

—Prosiga —dijo Noah.

Aproximadamente una hora después, James dio un paso atrás alejándose de él—. Creo que he terminado, señor.

Noah alargó la mano, encontró sus gafas y se las colocó sobre la nariz, parpadeando mientras se miraba en el espejo. Reconocía su rostro, pero incluso este parecía alterado con el cambio de estilo. Inclinó la cabeza, estudiándose a sí mismo.

—¿Es de su agrado? —preguntó el ayuda de cámara.

—Sí —dijo Noah, asintiendo, porque lo era. No sabría decir exactamente por qué, pero era un buen cambio. El ayuda de cámara le había rebajado las patillas y modernizado el estilo de su cabello en la parte superior, de modo que quedaba más largo sobre la frente en comparación con los lados, que estaban cortados más cortos. El poco vello facial que había llevado durante años ya no estaba, y se pasó la mano por la barbilla recién afeitada.

—Gracias, James —dijo finalmente—. Ha hecho un buen trabajo.

—Faltaría más —dijo el hombre mientras recogía sus herramientas y Noah se levantaba de la silla para caminar hacia la escalera, de vuelta a donde Percy estaría esperando. Su estómago dio un vuelco extraño por los nervios, al preocuparse por lo que ella

podría pensar cuando lo viera, cómo reaccionaría... y por qué su opinión le importaba tanto.

La encontró todavía en el salón, con los pies recogidos bajo el regazo donde estaba sentada en el sofá, con la cabeza apoyada en una mano y un libro en la otra. Se detuvo, disfrutando de la escena ante él, guardándola en su memoria como un cuadro que llevaría consigo en su cabeza.

De repente, ella levantó la vista como si hubiera intuido que lo estaba observando.

Una sonrisa empezó a curvarse en su rostro, pero luego, cuando lo vio bien por primera vez, se detuvo y se desvaneció.

Parpadeó, y luego volvió a parpadear, con los labios ligeramente entreabiertos y los ojos muy abiertos. Noah esperó a que dijera algo, pero cuanto más tiempo permanecía ella allí sentada, más nervioso se ponía él.

Finalmente, no pudo aguantar más.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Qué te parece?

* * *

Percy sabía que debía decir algo.

Lo que fuera.

Pero estaba demasiado impactada para hablar.

No es que Noah hubiera cambiado drásticamente. Y sin embargo... había una nueva consciencia cuando lo miraba que la hacía detenerse y considerarlo bajo una luz diferente a como lo había hecho nunca.

Se aclaró la garganta, notando lo incómodo que lo estaba haciendo sentir al no decir nada—. Estás... muy bien.

¿Bien? ¿Eso era lo mejor que podía decir? Él no hizo ningún comentario al respecto, sin embargo, sino que simplemente asintió con la cabeza.

—Gracias. Tenías razón. James es muy hábil.

Percy no podía quitarse de encima la extraña sensación que la había invadido al mirarlo, así que hizo lo que siempre hacía y

empezó a hablar para aliviar su incomodidad. Notó que Mary la observaba desde el rincón de la habitación y recordó que debía actuar con la mayor normalidad posible para asegurar que no hubiera chismes entre los criados respecto a ella y Noah.

—Bueno. Ahora que la primera parte está hecha, es hora de continuar, ¿no? Deberíamos practicar. Estoy bastante encantada con esto, ya que creo que serás un alumno excelente. No es que hubiera ninguna duda al respecto. Estoy segura de que destacas en todo lo que haces. Yo... sí. En fin. Deberíamos empezar.

—¿Qué vamos a practicar? —preguntó él, arqueando una ceja.

—A flirtear —dijo ella, riéndose ante su expresión de asombro—. Creo que necesitamos una copa para esto —añadió, acercándose al aparador y sirviéndole un líquido de color ámbar oscuro de una licorera en un vaso corto. Él dio un sorbo, observando atentamente mientras ella hacía lo mismo.

—¿Brandí? —dijo él, aunque en lugar de parecer escandalizado, sacudió la cabeza—. Por alguna razón, no me sorprende —se rió entre dientes.

—Vaya, Noah, creo que después de todo tienes algo de humor en tu interior —dijo ella, y luego levantó un dedo en el aire—. Eso está bien. Podemos trabajar con eso.

—Yo...

—Ah, y por favor, no le cuentes a nadie lo del brandí —dijo ella, comprobando que nadie se hubiera acercado a la puerta—. Lo mismo te digo, Mary. Sé que no es el acto más escandaloso posible, pero preferiría no tener que dar explicaciones.

—Entendido —dijo Noah, mientras Mary simplemente volvía a prestar atención al calcetín que estaba zurciendo.

El ceño de Noah se había fruncido más, aunque por qué, Percy no tenía ni idea.

—¿Estás listo para empezar?

—¿Tengo elección?

—Por supuesto. Siempre tienes elección —dijo ella, aunque continuó de todos modos—. Ahora. Imagina que estamos en ese... club. Yo soy la mujer en cuestión. Debes venir a hablar conmigo. ¿Qué me dices?

Él la miró con cautela.

—Supongo que lo mejor es empezar siempre con un buenas noches.

Capítulo Nueve

Noah ya no tenía ningún deseo de hacer aquello. Todo su ser le decía que diese media vuelta y saliera de aquel salón de inmediato. Sabía lo mal que se le daba hablar con las mujeres. No necesitaba que Percy también se diera cuenta de ello.

Pero había hecho una promesa. A Ashford, a la hermana de Ashford y, lo más importante, a Percy.

—Finge que soy ella —dijo Percy, apoyando una mano en la cadera. Él quiso decirle que ella nunca podría ser la señora MacNall, que ella siempre sería la perfecta Percy.

Pero no podía decirle algo así, porque ella sacaría demasiadas conclusiones.

—Buenas tardes —dijo en su lugar—. Es un placer verla.

Ella ladeó la cabeza y lo estudió. —Está bien —dijo—, pero eso no es flirtear. Eso es saludar a mi madre en un evento social.

—Hago lo que puedo —dijo él, intentando no mostrar su impaciencia.

—Prueba esto —dijo ella—. Di lo mismo, pero pon más énfasis en lo *mucho* que te alegra verme. Inclínate hacia mí. Y después dilo. Muéstrame tu interés. Desliza la mano por mi brazo. Un pequeño roce puede lograr mucho.

—Está bien —aceptó él—. ¿Desde el principio?

—Sí.

Él dio un paso atrás y luego volvió a adelantarse.

—Buenas tardes —repitió, pero esta vez levantó la mano y la posó en el brazo de Percy, justo por encima del codo. Se sentía ridículo, pero ella no parecía en absoluto molesta.

Bajó la voz. —Es un placer verla. —Y deslizó la mano suavemente por el brazo de ella, dejando que cayera justo cuando sus dedos rozaron los de Percy. Mantuvo los ojos fijos en los de ella, sabiendo que nunca sería capaz de hacer algo así con otra; solo con ella.

—Me hace muy feliz que estés aquí —dijo ella, y él se preguntó si había notado un leve rastro de falta de aire en su voz—. ¿Has venido por mí?

—Sí.

Ella arqueó una ceja.

—He venido buscando diversión —dijo él—. Por placer. Así que sí.

Vio cómo se le dilataban las pupilas, y una sensación de embriaguez lo invadió al ver que estaba provocando una reacción en ella. Quizá no se le daba tan mal después de todo.

—Ya... ya veo —dijo ella, y Noah se sintió extrañamente orgulloso de haber conseguido que se desconcertara de aquel modo—. ¿Es la primera vez que viene por aquí?

—Así es —dijo con una sonrisa que ahora le resultaba más fácil cargar de confianza. No estaba seguro de si se debía al brandy o a la reacción de ella—. Debe de ser usted especial, pues he venido aquí por usted.

Se inclinó de nuevo, apoyando la mano en la pared detrás de ella, una postura que le habría resultado antinatural pero que parecía surgirle más fácilmente con Percy delante. Estaba lo bastante cerca como para ver las diminutas pecas que salpicaban su nariz, y tuvo que resistir el extraño impulso de alargar la mano y seguir su rastro.

—¿Qué interés particular tiene en mí? —preguntó ella, casi sin aliento ya.

—Estaba pensando —susurró él con voz grave— que tal vez podríamos ir a algún lugar más privado. Más cómodo.

Alguien se aclaró la garganta desde el otro lado de la habitación y Percy dio un respingo; al parecer, había olvidado tanto como Noah

que su doncella estaba presente. Y por supuesto que estaba allí. Percy era una joven con una reputación que mantener.

Él dio un paso atrás y retiró la mano.

—¿Y bien? —dijo, ajustándose las gafas e intentando recobrar la compostura—. ¿Crees que con eso bastará?

—Creo que sí, desde luego —dijo ella, asintiendo con ímpetu, por una vez, según parecía, sin saber muy bien qué decir—. ¿Entonces irás del club a casa de la señora MacNall e intentarás encontrar las joyas?

—Supongo —dijo él—. A menos que las lleve puestas. Eso sería lo ideal.

—No es probable en un lugar así —dijo Percy con aire algo desolado—. Entonces...

—¿Persephone?

—¡Oh! —exclamó Percy, llevándose la mano a la boca—. Esa debe de ser mi madre. Antes de que entre, dime, ¿tuviste oportunidad de hablar con lord Chesterham?

—Brevemente. No sabía nada de los rubíes.

Ella asintió, con el ceño fruncido. —Se los habrá dado otro. Ah, aquí viene.

Como si lo hubiera planeado, lady Fairfax entró en el salón, arqueando las cejas con interés al notar la presencia de Noah.

—Señor Rowley —dijo—. ¿Cómo está? Es una visita inesperada.

Noah le hizo una reverencia. —Sí. Mis disculpas, lady Fairfax, no sabía que estaría fuera.

Un pequeño ruido proveniente del rincón llegó a sus oídos, algo que sonaba como una tos escéptica de Mary.

—Cuando descubrí que lady Percy estaba en Bath, vine a presentarle mis respetos y a ponerla al día sobre nuestros conocidos comunes. Sin embargo, debería marcharme ya.

—Es un placer verle —murmuró lady Fairfax mientras Percy lo acompañaba hasta la puerta del salón.

—Estaremos en contacto, señor Rowley —dijo Percy; y por mucho que él deseara que así fuera, era plenamente consciente de que no había nada más que pudieran hacer juntos, a pesar de lo mucho que anhelaba volver a verla.

Porque incluso si debía cambiar su peinado, su vestuario y su comportamiento, si eso significaba pasar tiempo con Percy, bueno, estaba dispuesto a hacerlo.

* * *

Al día siguiente, Percy no tenía ni idea de si estaba haciendo lo correcto. Sabía que simplemente debería dejar las cosas como estaban. Ya había hecho más de lo que se esperaba de ella respecto a Noah y su misión con la señora MacNall. Pero no habían discutido qué iba a hacer una vez que llegara allí, algo que le molestaba más de lo que estaba dispuesta a admitir. ¿Llegaría hasta el final y tendría relaciones con ella?

La idea le revolvía el estómago a Percy.

Solo porque nunca querría verlo siendo utilizado de esa manera.

Al menos, eso era lo que se decía a sí misma.

Sin embargo, aquel día se encontró de nuevo en el vestíbulo de la casa donde sabía que él estaba trabajando, preguntándose cómo iba a conseguir que la recibiera sin levantar sospechas. Él le había dicho que estaba estudiando en la biblioteca de los Worthington, y ella esperaba que su visita fuera aceptable.

—¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó un mayordomo, y ella miró a un lado y a otro buscando a Noah, pero no vio ni rastro de él.

—Busco al señor Noah Rowley —dijo ella—. El historiador —añadió cuando el rostro del mayordomo permaneció impasible.

—Iré a pedirle que venga a recibirla —dijo el sirviente, pero Percy levantó una mano para detenerlo.

—¿Sería posible que me reuniera con él en la biblioteca?

El mayordomo vaciló.

—Es mi marido —dijo Percy con su sonrisa más cautivadora, que pareció ser suficiente para convencerlo.

—Por supuesto. Sígame.

Percy, con Mary pisándole los talones, siguió al hombre escaleras arriba y por un pasillo hasta que se detuvieron frente a unas ornamentadas puertas de biblioteca.

—¿Señor Rowley? —llamó el mayordomo mientras llamaba a la puerta—. Tiene una visita. —No hubo respuesta, y cuando abrió la puerta, Noah estaba sentado con la cabeza inclinada sobre el escritorio, deslizando el dedo por la página del libro que tenía delante mientras movía los labios, hablando solo.

—¿Señor Rowley? —repitió el mayordomo, aclarándose la garganta, y finalmente Noah levantó la vista, parpadeando un par de veces.

Percy se quedó quieta en el umbral, alegrándose de que hubiera alguien entre ellos y de no tener que hablar todavía. Porque la misma turbación que la había invadido ayer en su casa empezó a apoderarse de ella de nuevo al observarlo, con el pelo peinado de una forma nueva y una chaqueta que, aunque probablemente seguía siendo la vieja, parecía haber sido alterada ligeramente. Quizá el sastre había hecho algunas sugerencias para el vestuario actual de Noah.

Pero no era solo su apariencia lo que de repente había captado su atención. Al verlo trabajar, apreció su inteligencia, su empeño por hacer algo más que malgastar la riqueza y los contactos de su familia en placeres sin sentido, como hacían muchos segundos hijos. Podía ser ingenioso cuando quería, pero lo más frecuente era que nunca hablara a menos que tuviera algo trascendente que decir.

Tan diferente a ella misma.

—Lady Percy —dijo él, poniéndose de pie; un ligero aleteo de sus fosas nasales le indicó que estaba sorprendido de verla—. ¿Qué te trae por aquí?

—Esperaba hablar con usted en privado —dijo ella, y él asintió.

—Por supuesto. Gracias, Sampson —le dijo al mayordomo, antes de señalar un asiento frente al escritorio—. Mary, ¿quieres sentarte? —le preguntó a la doncella, señalando una silla en un rincón, sorprendiendo a Percy, ya que nadie hablaba nunca con su doncella.

—En realidad, Mary —murmuró mientras se giraba—, ¿te importaría esperar en el pasillo?

—Por supuesto, milady —dijo Mary, aunque a Percy no se le escapó la mirada de sospecha que lanzó hacia Noah. Al parecer, su privacidad sería a costa de las habladurías.

Cuando la puerta se cerró, pareció como si todo el aire hubiera sido succionado de la habitación, pues de repente Percy, que hablaba mucho más de lo que nadie debería, se quedó sin nada que decir.

—Por favor, siéntate —dijo Noah de nuevo, y Percy lo hizo, complacida cuando él ocupó la silla a su lado en lugar de la que estaba al otro lado del escritorio.

—¿Cuánto tiempo llevas en esta casa? —preguntó, realmente interesada en saber más sobre su trabajo.

—Llevo aquí unos días —dijo él—. Siempre por las mañanas y normalmente por las tardes también, aunque hago excepciones de vez en cuando.

—¿Como ayer? —preguntó ella, molesta por el destello de placer que la recorrió al pensar que él había considerado que visitarla era lo bastante importante como para interrumpir su trabajo.

—Sí —confirmó él.

—¿Cuándo va a visitar el Queen's Hand? —preguntó ella.

—Probablemente esta noche —dijo él, removiéndose en su silla, indicando que quizá no estaba tan ansioso por asumir ese papel como intentaba aparentar.

—¿Se siente preparado? —preguntó ella, esperando secretamente que él le dijera que sí, gracias a sus esfuerzos de ayer.

—Eso espero —fue todo lo que dijo, mientras se daba golpecitos con un dedo en los labios.

—Ajá —dijo ella, levantando un dedo—. Ahí es donde se equivoca.

—¿No estoy preparado?

—No, no debes *esperar* estar preparado. Debes decir que lo *estás*. Debes mostrarte seguro.

—Muy bien. Estoy preparado.

—A eso le ha faltado convicción.

Él se frotó la frente. —Hago lo que puedo.

Ella notó su exasperación y se recostó, algo más calmada ahora. —Lo sé. Le pido disculpas.

—¿Y qué te trae por aquí? —preguntó él, recostándose en su silla. Ella notó que las rodillas de ambos casi se rozaban donde

estaban sentados uno al lado del otro.

Era una buena pregunta. ¿Qué la había traído allí? No estaba segura de poder responder correctamente a eso. Se había sentido inquieta al considerar todo lo que él encontraría en el club nocturno.

¿Qué tiene intención de hacer con la señora MacNall?

—¿Perdón?

—Si vuelve a su casa..., ¿qué hará con ella?

Él se cruzó de brazos y ella creyó detectar que una ligerísima sonrisa asomaba a su rostro.

—Vaya, Percy, ¿te importa lo que haga?

—Por supuesto —dijo ella—. No me gustaría que comprometiera su... integridad.

—¿Cómo sabes que tengo integridad?

—Simplemente lo sé. Eres un caballero, si es que alguna vez ha existido alguno.

Lo cual era cierto. Si había un hombre en quien confiaría para hacer lo correcto, era él.

Él se inclinó hacia delante. —Lady Percy. No te preocupes por lo que haré o dejaré de hacer con la señora MacNall. Lo más importante es que consiga encontrar el collar, ¿no es así?

—Supongo.

Excepto que no era así. No lo era en absoluto.

—Bueno, hay una cosa más que quizá necesites aprender —dijo ella, sin estar segura de por qué buscaba desesperadamente una razón para quedarse.

¿Cuál?

—El arte de la seducción.

Capítulo Diez

¿El arte de la seducción?

Noah alzó una ceja. —Me interesa saber por qué crees que deberías ser tú quien me enseñe —dijo. Siempre había supuesto que era una joven inocente, pero ¿acaso estaba equivocado en su suposición? Supuso que solo había una forma de averiguarlo. —Flirtear, quizá, pero ¿seducción? ¿Es un tema en el que eres experta, Percy?

Sus mejillas comenzaron a sonrojarse, el rosado ascendiendo desde su cuello hasta sus pómulos marcados con una gracia encantadora.

—N-no soy exactamente... *experta* en el asunto, pero he leído muchísimos libros. Y pensé que podía ayudarte. ¿Con quién más puedes hablar de esto?

—¿Das por hecho que no sé seducir a una mujer?

—Nunca he dicho eso. Yo...

—No pasa nada —dijo, apiadándose de ella—. No te culparía si lo pensaras. Pero te aseguro que me las arreglaré perfectamente.

Tampoco deseaba seguir discutiendo el tema, no fuera a descubrir su verdadera inexperiencia. No era que nunca hubiese estado con una mujer, simplemente no había sido algo frecuente.

—Encuentro fascinante estudiar a los seductores más renombrados —dijo en cambio, cambiando de tema—. Casanova, Cleopatra... Lord Byron.

—¿Así que vas a seducir a la señora MacNall?

—¿Te importa a ti?

Su mandíbula se cerró de golpe y apartó la mirada. Él contuvo el leve brillo en su pecho al comprobar que no quería verle con otra mujer.

—No quiero que tu nombre se asocie con una amante vinculada a otro hombre —dijo ella.

—Comprendo —dijo—. Así que te preocupas por mí.

Ella suspiró al levantarse, pero él alargó la mano y posó una sobre su brazo. —Mis disculpas. Solo bromeaba, aunque quizá tampoco sea muy hábil en eso. Me gustaría que te quedaras. Por favor.

—Muy bien —dijo recelosa—. Déjame verlo, pues.

—¿Ver qué?

—Esa seducción en la que eres tan experto.

—Ah —dijo, recostándose—. No esperaba que le pidieran una demostración allí en la biblioteca a plena luz del día. Pero si se negaba, sabía que ella asumiría su ineptitud.

Inspiró hondo. Podía hacerlo, igual que había flirteado con ella en su casa. Solo debía fingir ser otro: alguien como su hermano, adoptar esa personalidad.

Y con Percy no era solo un juego. Solo debía decir la verdad, aunque ella creyera que actuaba.

Se inclinó hasta sentarse al borde de la silla, rozando sus rodillas contra las de ella.

—Estamos solos.

—Así es.

—Creo que necesitamos algo de entretenimiento.

—¿Como cuál?.

—Entretenimiento que podamos crear nosotros mismos —dijo, acercándose y apartando un mechón suelto de su pelo tras la oreja.

Sus ojos se abrieron y sus fosas nasales se dilataron con una inhalación brusca, pero permaneció erguida frente a él.

—Debes saber, milord, que un hombre generoso me paga muy bien por serle fiel, solo a él.

—¿Qué mal habría si nunca se entera?

—Estás muy seguro de ti mismo.

—No hay motivo para no estarlo —dijo sonriendo, pese a que eso contradecía sus inseguridades. Aunque se sentía un impostor, su reacción le animó—. Lo que tu protector no sepa no le hará daño. Seré tu secreto y tú serás el mío.

—Con una propuesta así, ¿cómo podría negarme? —dijo, con los labios ligeramente curvados—. Pero dime, milord... ¿por qué mereces el riesgo?

El corazón de Noah latía con fuerza y rapidez, y por mucho que se repitiera que era solo un juego, un ensayo para su verdadero objetivo, le costaba recordarlo. Gran parte de él quería creer que ella sentía lo mismo. ¿Cómo no hacerlo, con ese rubor en sus mejillas, el rápido subir y bajar de su pecho mientras sus ojos aguamarina miraban fijamente a los suyos?

—Porque —dijo, lamiéndose los labios— te llevaré a lugares donde ningún otro hombre te ha llevado jamás.

Sus ojos parpadearon rápidamente y sus labios se entreabrieron mientras permanecía inmóvil frente a él. Él se acercó, sabiendo que era el momento de actuar en la seducción. Se suponía que solo era práctica, pero cuando ella le miraba así...

Ella cerró la distancia entre ellos y su cuerpo se movió antes de que pudiera pensar. Sus manos cogieron sus hombros mientras sus brazos rodeaban su espalda, atrayéndola con fuerza hacia él. Mientras sus labios se presionaban con una urgencia que solo había imaginado, las suaves curvas de sus pechos se aplastaron contra su pecho. Cuando la punta de su lengua rozó sus labios, no pudo evitar abrirlos, invitándola a entrar mientras su lengua se movía contra la de ella.

Estaban sentados en una postura algo incómoda, y aunque Noah deseó levantarla y sentarla en su regazo, tuvo demasiado miedo de romper el hechizo que los envolvía. Ella recobraría el sentido, le soltaría, y entonces aquel momento maravilloso terminaría. Probablemente se negaría a volver a verle, y mucho menos a pasar más tiempo a solas.

Ella gimió levemente cuando sus dedos se deslizaron por su pelo, sujetando su cabeza contra la suya, y él comprendió, sorprendido, que ella lo deseaba tanto como él.

Su jadeo de placer pareció bastar para despertarla, pues se quedó inmóvil y se alejó lentamente.

No era el horror que había imaginado en su rostro, pero al menos parecía sorprendida.

—Noah... Lo siento.

—¿Lo sientes? —parpadeó mientras ajustaba sus gafas, que se habían torcido—. ¿Por qué?

Sus yemas le presionaban los labios, y él deseó seguir siendo quien los tocaba.

—Por mi atrevimiento —dijo, levantándose ahora mientras retrocedía hacia la puerta. Él alargó una mano cuando ella tropezó levemente—. Lo siento muchísimo. Dejé que esto fuera demasiado lejos, creyendo... Bueno. No importa lo que crea. Basta decir que tenías razón. No pareces necesitar consejos, ni práctica.

Retrocedió hasta chocar con la puerta y dio un respingo.

—Oh, Dios —dijo, y Noah no pudo evitar sonreír al verla tan nerviosa como él. Esperó, sabiendo que cuando estaba turbada tendía a hablar sin parar. Y, dado lo mucho que disfrutaba escuchándola, no la detuvo—. Me pregunto qué pensará Mary. Es leal, pero sé que adora cotillear, siempre me cuenta las novedades de la servidumbre. Lo cual me hace preguntar qué cuenta de mí. Aunque nunca ha pasado a mi madre información que haya vuelto a mí. Pero por su culpa, mi madre sabrá que hoy he venido a verte. ¿Qué asuntos podrían haberme traído a esta biblioteca contigo? Ni siquiera conozco a la familia que vive aquí, por Dios. Quizá..., bueno...

Golpeteó su labio con un dedo.

—Podrías decirle que me invitabas a cenar con mi tía y mi tío —dijo él, soltando la idea antes de ponderarla. Porque si eso decía, sin duda le invitarían realmente. Implicaría otro encuentro con Percy, solo que sentada frente a él, tan cerca pero inalcanzable, sin oportunidades de tocarla ni estar a solas.

Aunque probablemente eso también hubiera terminado.

—¡Me encanta esa idea! —exclamó radiante, pero su sonrisa se desvaneció—. Es decir... si quieres verme de nuevo. Debes de

creerme una libertina. Te aseguro, Noah, que no tengo experiencia real en seducción, de verdad. Yo...

Mientras hablaba, se apartó de la puerta y avanzó hacia él. Él se levantó, cubriendo su mano donde descansaba en la silla.

—Percy. Lo entiendo. No tienes por qué sentir vergüenza. Yo... yo lo disfruté.

—¿De verdad? —sus ojos se dilataron—. No es que yo no lo hiciera. Porque lo hice. Es solo que no sé qué me pasó. Un momento estábamos actuando, practicando, y al siguiente...

Había sido arrastrada por los papeles que representaban. Claro. No sentía interés por él ni deseos de besarle. El momento la atrapó. No sentía como él, y mejor recordarlo antes de ilusionarse.

—Interpretaste tu papel a la perfección —dijo, tratando de suavizar la sequedad de su voz con una sonrisa, aunque temió que pareciera una mueca—. Jamás habría creído que no eras una mujer interesada en... más.

—Cierto —dijo con un rápido asentimiento—. Bueno. Esta ha sido una tarde... reveladora.

¿Reveladora?

—Pero será mejor que me vaya —continuó—. Mary tendrá mil preguntas. Aunque jamás las dirá en voz alta. Por supuesto.

Llevó una mano a la boca, como intentando obligarse a callar.

—Buenas tardes, Noah.

Y con eso, huyó en un torbellino de faldas rosadas y aroma a cerezo.

Dejándole abrumado por el deseo y el interés a su paso.

Capítulo Once

Percy estaba abochornada. Había besado —¡besado!— a Noah Rowley.

Aquello no había sido solo un beso, sino un ataque en toda regla. ¿Qué debía de pensar él de ella? Él había dicho que no le importaba, pero allí habían estado, practicando su próximo encuentro con la señora MacNall, y ella no sabría decir qué le había pasado por la cabeza. Mientras hablaban, se había ido acercando a él hasta que, de pronto, la tensión que los atraía se rompió y ella posó sus labios sobre los de él.

Había sido su primer beso real, aparte de algún que otro beso rápido y furtivo que había robado en su primera temporada.

Si alguien le hubiera preguntado hace un mes si se imaginaba besando a Noah Rowley, probablemente se habría echado a reír. Era un hombre reservado y estudioso, el último del que habría esperado que diera un paso al frente y mostrase interés por ella.

Pero cuando empezaron las prácticas —porque apenas podía fingir que le estaba enseñando nada, ya que el hombre claramente sabía lo que hacía, incluso más que ella—, él se había transformado en una persona totalmente distinta y le había mostrado lo que era posible.

Ese era el problema de Percy. Convertía lo posible en realidad. Siempre le había gustado fingir que era otra persona. De niña, montaba espectáculos con sus muñecas y entretenía a su institutriz y a su hermano representando escenas que ella misma creaba.

Casi se había librado de esas ideas al crecer, consciente de que no tenía una vía de escape para sus intereses, pero este tiempo con Noah le había permitido volver a jugar a ser otra persona.

Lo que no lograba decidir era si el beso se había producido bajo el disfraz del papel que estaba interpretando o por su propia emoción.

Resultaba bastante desconcertante.

Acababa de entrar en la casa que tenían alquilada, con Mary siguiéndola de cerca. No le había preguntado nada a Percy, gracias a Dios, y Percy había intentado ignorar las miradas curiosas que su doncella le lanzaba.

Las emociones se agitaban en lo más profundo de su estómago y le costaba asimilar qué eran exactamente.

Era de esperar, sí, después de unas acciones tan impropias de ella, pero había algo más. Algo parecido a la... molestia. O al enfado.

¿Pero por qué?

—¿Persephone?

Levantó la vista y se encontró a su madre de pie en el arco que conducía al salón.

—¿Sí?

—No me había dado cuenta de que habías salido —dijo, pues no era dada a ser abiertamente inquisitiva, pero estaba claro que sentía curiosidad por saber dónde había estado Percy. Sabiendo que, de todos modos, probablemente le llegaría a oídos de su madre a través del servicio, Percy decidió que lo mejor era ser sincera, hasta cierto punto.

—He ido a visitar a un amigo —dijo, esperando que su madre no hiciera más preguntas.

—¿Ah, sí?

—Fui a ver cómo le iba al señor Rowley. No conoce a nadie en Bath aparte de a su familia, y no hace amigos con facilidad.

—Ya veo. Eso es... muy amable por tu parte.

—Sí, bueno, les prometí a lord Ashford y a Cassandra que me pasaría a ver cómo estaba, y le dije que le invitaríamos a cenar, junto con sus tíos. ¿Te parece bien?

Su madre enarcó las cejas, pero no hizo más comentarios salvo para decir:

—Por supuesto. ¿Qué te parece mañana?

Mañana. Después de que él visitara el club de la señora MacNall. Supuso que debería querer saber si tenía éxito en su misión de encontrar el collar, pero no estaba segura de querer saber el resto.

Lo cual, se dio cuenta, era el origen de su enfado. Le molestaba que él fuera a usar ahora todo lo que habían desarrollado juntos con otra mujer.

Pero no podía hacer nada al respecto.

Salvo esperar y preguntarse por qué demonios le importaba tanto.

* * *

Noah ni siquiera había podido disfrutar de la cena con sus tíos, de lo preocupado que estaba por la velada que le esperaba. Había tantos escollos posibles... Podía no lograr interesar a la señora MacNall, no conseguir que le invitara a su casa, no encontrar el collar, no marcharse con él.

Por supuesto, las acciones necesarias para cada paso le aterraban tanto como cualquier otra cosa, pero al menos no tendría testigos. Concretamente, a Percy.

Se detuvo frente al Queen's Hand, balanceándose sobre los pies. Nunca había sido el tipo de hombre que frecuentaba tales establecimientos, pero solo alguien que le conociera cuestionaría su presencia allí.

Armándose de valor, empujó la puerta y de inmediato se vio abrumado por el humo y la oscuridad que lo envolvieron. Se detuvo un instante, permitiendo que sus ojos se ajustaran a la luz, antes de entrar arrastrando los pies lentamente. Recibió algunas miradas superficiales, pero nadie parecía especialmente interesado en él ni en lo que estaba haciendo.

La mayoría de los clientes parecían de su misma ralea: lo bastante ricos como para permitirse las últimas modas y,

probablemente, al menos una noche con una de las mujeres que adornaban la sala. Aquello no era un burdel de baja estofa, pues las mujeres vestían telas tan finas como las de cualquier dama del *ton*, solo que aquellos vestidos eran más caros, más llamativos, y requerían mucha menos imaginación para adivinar qué se ocultaba debajo.

Divisó a la señora MacNall al otro lado de la sala, con su cabello oscuro ingeniosamente recogido bajo un sombrero exquisito que le constaba que no habría sido barato. Estaba demasiado lejos para determinar si llevaba o no el collar, pero empezó a abrirse paso por la sala hacia ella. Cuanto antes cumpliera su objetivo allí, mejor.

—Vaya, una cara nueva.

No había avanzado mucho cuando otra mujer se interpuso en su camino. Tenía el pelo oscuro, lo que le recordó a Percy, salvo que no reaccionó ante esta mujer, mientras que cuando pensaba en Percy, sus sentimientos se disparaban en todas direcciones, y ninguna le hacía especial gracia.

—Acabo de llegar a Bath —dijo, apartándose hacia un lado para intentar esquivar a la mujer, pero ella no se dejó disuadir.

—Entonces estará usted interesado en hacer nuevos amigos —dijo ella casi ronroneando.

—Da la casualidad de que ya tengo bastantes amigos —dijo él—, aunque le agradezco el interés.

No pudo evitar ser educado, pues la mujer no tenía la culpa de suponer que él podría estar interesado en algo más que unos comentarios de pasada.

Ella sonrió con tirantez, pero le permitió continuar, y él mantuvo la cabeza baja mientras empezaba a caminar hacia el fondo de la sala y hacia la señora MacNall.

Sin embargo, se detuvo cuando otro rostro familiar le llamó la atención. Lord Stephen. Sabía que debía seguir caminando, que perder el tiempo con él no ayudaría en nada, pero la ira empezó a crecer en su interior. Así que aquel hombre pretendía a Percy y, sin embargo, no tenía inconveniente en frecuentar semejante establecimiento y pagar a mujeres hermosas para que se le sentaran en el regazo. Sabía que era algo habitual, que no debería incumbirle,

y, aun así, no pudo evitar la frustración que le invadió al considerar que aquel hombre tenía la suerte de tener una oportunidad con una mujer así y, sin embargo, estaba dispuesto a arriesgarse a desperdiciarla.

Porque si conocía a Percy —y le gustaba pensar que cada vez estaba más familiarizado con ella—, no vería con buenos ojos tales acciones si llegaba a enterarse. Aunque tampoco ella parecía haber estado muy contenta con él la otra noche que estuvieron juntos.

—Lord Stephen —gruñó, plantándose ante el hombre mientras este fumaba un puro con una mano y jugueteaba con el pecho de una mujer con la otra—. No habría esperado verle aquí.

—Señor Rowan, ¿verdad? —dijo lord Stephen con desgana, con un brillo en los ojos que le indicó a Noah que sabía perfectamente cuál era su verdadero nombre.

—Rowley —dijo entre dientes.

—Eso es. ¿Conocidos comunes y todo eso? Conoce a lady Percy, ¿no es así?

—Así es.

—No se preocupe, de que lo inviten a la boda ya me encargo yo.

Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada, como si fuera consciente de lo que Noah sentía por Percy.

—¿Sabe su *prometida* que está usted aquí? —preguntó Noah, alargando la palabra para dejar claro que sabía perfectamente que aún no se había hecho ninguna promesa.

—No es asunto suyo lo que yo haga con mi tiempo —dijo él encogiéndose de hombros—. Además, usted mismo siente predilección por ella, ¿no es cierto, señor Rowley? Compartir mi pecado sería admitir el suyo.

Él sonrió entonces, y Noah solo pudo dedicarle una sonrisa forzada y seguir caminando. No iba a comunicarle a lord Stephen que Percy no solo estaba al tanto de que él estaba allí, sino que de hecho lo había animado a venir. Era una pena no poder decírselo, porque le habría encantado ver la cara que ponía ante tal información.

Se sorprendió al descubrir, al levantar la vista, que la señora MacNall le observaba con los ojos entornados y lánguidos.

—Señor Rowley —dijo ella con voz arrastrada—. Jamás imaginé que aparecería usted por aquí.

—Me subestima —dijo él, acercándose a ella y apoyando la cadera contra la columna de madera que había a su lado—. Estoy muy lejos de lo que la mayoría espera de mí.

—Ya veo —dijo ella, ladeando la cabeza mientras le estudiaba—. Parece... diferente.

Él forzó una pequeña sonrisa. Sabía cuánto había cambiado su peinado su aspecto y cuánto mejor le sentaba el corte de su chaqueta y sus pantalones. Pero, extrañamente, lo que más le había ayudado era haber ensayado la situación con Percy, lo que le daba una confianza que antes no poseía. Si había logrado que Percy experimentara deseo ante su intento de seducción, entonces había posibilidades de que lograra su objetivo con la señora MacNall.

—Tal vez se deba a su compañía —dijo entonces, esperando que su tono resultara seductor, aunque a decir verdad, no tenía ni idea de cómo sonaba.

Ella sonrió, aunque parecía desconfiada.

—¿O sea que es usted un galán, señor Rowley?

—Intento serlo —dijo él, aunque las palabras, que habían fluido con tanta facilidad con Percy, parecían quedarsele atravesadas en la garganta.

Bajó la vista buscando el collar, pero se encontró con que su cuello, por desgracia, estaba desnudo. Por supuesto, no iba a ser tan fácil. Al levantar la vista, se encontró con que ella lo observaba con una sonrisa de suficiencia, y se dio cuenta de que había malinterpretado hacia dónde se dirigía su mirada.

No es que se le hubiera pasado por alto su generoso y turgente escote. Eso habría sido casi imposible.

Simplemente, no le resultaba especialmente intrigante, nada más.

—¿Nos sentamos? —preguntó ella, señalando uno de los sofás tipo chesterfield que había repartidos al azar por la sala.

—Por supuesto —dijo él, tomando asiento y poniéndose tenso cuando ella se sentó tan cerca que su brazo descansaba sobre el de

él. A diferencia del contacto de Percy, el de ella surtía el efecto contrario, y no deseaba nada más que levantarse y marcharse.

Pero, claro, eso no le ayudaría a conseguir su propósito.

—Háble me de ese... protector suyo —dijo Noah—. ¿Es un hombre celoso?

La señora MacNall se rio, una risa falsa y tintineante, tan distinta de la profunda y honesta de Percy.

—Supongo que podría decirse que sí —dijo ella—. Pero él no es mi dueño.

—Solo paga para que pueda vivir —dijo Noah antes de poder evitarlo, y ella enarcó una ceja.

—¿Me juzga por ello, señor Rowley?

—En absoluto —dijo él con sinceridad—. Simplemente intento comprender mejor la situación.

—Muy bien, entonces —dijo ella, con los labios curvados en una sonrisa—. ¿Me invita a una copa?

Él asintió, haciendo lo que le pedía. Coqueteó con ella lo mejor que pudo, sintiéndose algo molesto cuando lord Stephen empezó a caminar hacia ellos con determinación. Tenía intención de asediar a la señora MacNall por su cuenta. Algo que a Noah no le importaba... salvo porque él necesitaba ser quien se fuera a casa con ella esa noche.

—Señora MacNall —dijo él, inclinándose hacia ella—. ¿Tal vez podríamos ir a un lugar más privado?

—¿No le gusta tener público? —dijo ella con una carcajada.

—No me gusta.

—Está bien —dijo ella encogiéndose de hombros—. Hay salas al fondo.

Madre mía. Necesitaba entrar en su casa.

—Da la casualidad de que no deseo que nadie sepa de mis actos aquí —dijo él.

—Somos discretos.

—Sea como fuere..., estoy cortejando a una joven y no puedo permitir que sepa de ningún otro... encuentro que pueda tener.

Ella se detuvo un momento a reflexionar.

—Muy bien —dijo—. Mi casa no está lejos. Podemos pasar la velada allí.

—Me parece perfecto —dijo él, aunque por dentro estaba hecho un manojo de nervios.

Porque, por muy satisfecho que estuviera de tener la oportunidad de buscar el collar, había otro problema: lo que la señora MacNall esperaría que él hiciera cuando llegaran.

Capítulo Doce

Noah siguió a la mujer al interior de la casa, sin estar muy seguro de qué era lo que había supuesto, pero apreciando el hogar que encontró dentro. Al parecer, la señora MacNall tenía unos gustos bastante exigentes, y no pudo evitar pensar que Percy aprobaría los tonos joya que decoraban la estancia, desde el papel de las paredes hasta el mobiliario, pasando por las esculturas y pinturas que, obviamente, eran de gran valor.

—Su casa es verdaderamente espléndida —dijo él, sin que se le pasara por alto la sonrisa de ella ante su comentario.

—Gracias —respondió ella—. Me siento muy orgullosa de ella.

Viendo su oportunidad, él continuó: —Es evidente que es usted una mujer que sabe apreciar las cosas bellas.

—Así es.

—La última vez que la vi, llevaba usted un collar de lo más exquisito.

—Mis rubíes —dijo ella, clavando sus ojos en él de forma penetrante—. Llamaron bastante la atención.

—Entiendo perfectamente por qué —dijo él, esperando que sus palabras sonaran tranquilas y serenas, pese a que sus pensamientos internos estaban hechos un lío—. Deben de ser muy valiosos. ¿Los compró usted misma?

—No —respondió ella—. Fueron un regalo.

—De su protector.

—En realidad —dijo ella—, fueron de otro.

—Entiendo —dijo él—. Le pido disculpas por mis preguntas. Es simplemente que la mujer a la que estoy cortejando también aprecia los rubíes y sé cuánto le gustaría una joya así. Tenía la esperanza de comprarle una pieza similar.

La señora MacNall se reclinó en su silla, apoyando la cabeza en una mano mientras lo observaba. —Es una mujer afortunada. Los recibí de un... amigo, pero por desgracia, no puedo dar su nombre. Como ya he dicho, soy discreta. Pero me contó que lo compró en una tienda especializada en ese tipo de artículos.

Noah tuvo el presentimiento de que se trataba de una tienda de objetos robados, pero no iba a decirlo.

—¿Sería posible que lo viera de nuevo? —preguntó—. La mujer a la que cortejo también lo vio, y se quedó muy interesada.

—¿No será por casualidad Lady Persephone Holloway, ¿verdad?

—Ah, s-sí, ella es —dijo él, dándose cuenta de que se había metido solo en una mentira. Solo esperaba que, cuando la señora MacNall decía que practicaba la discreción, se refiriera a todos los asuntos. Pues no estaba seguro de cómo se tomaría Percy el rumor de que ambos estaban a punto de prometerse.

La señora MacNall lo estudió por un momento antes de caminar por un pasillo y entrar por una puerta que debía de ser su dormitorio. Noah cerró los ojos y escuchó el tintineo de una llave y luego el clic de un cajón. Así que debía de tenerlo guardado bajo llave en algún sitio. Ella salió poco después, con la joya de oro y gules colgando de sus dedos.

—Aquí tiene —dijo ella, y él la levantó, estudiándola como si apreciara su belleza, aunque lo cierto era que estaba buscando dónde podría encajar la llave. Deseó tener más tiempo para examinarla a fondo, pero ella ya estaba alargando la mano y él se la devolvió a regañadientes. —Es hermosa —dijo él, justo cuando divisó el corazón de rubí en el centro del cierre... y lo que parecía ser un agujero en la placa de oro que había detrás.

—Gracias —dijo ella antes de cogerla y llevarla de vuelta a la habitación. Él la siguió, esperando poder hacerle creer que estaba interesado en lo que pudiera hacer por él allí.

Se quedó en el umbral, apoyado contra el marco, intentando parecer despreocupado, pero observándola con la mayor atención posible, viendo dónde desbloqueaba el cajón y luego volvía a colocar el collar. Ella giró la llave antes de guardarla en una bolsa que luego escondió en las profundidades del armario. Aún no lo había visto, y él se dio la vuelta, mirando hacia el pasillo, hasta que oyó sus pasos acercándose por detrás.

—Y bien —dijo ella, rodeándole el cuello con una mano—, ¿qué viene ahora?

Noah cerró los ojos y respiró hondo. Sabía que la mayoría de los hombres en su posición accederían a esto de buen grado, pero la verdad era que tenía muy pocas ganas de seguir adelante con ella, pues solo podía pensar en lo desleal que sería aquello hacia Percy, independientemente de que a la propia Percy le importara o no su lealtad, o de si alguna vez correspondería a sus afectos.

Pero ¿cómo iba a salir de esta?

Finalmente, decidió que, como en la mayoría de las situaciones de la vida, la mejor solución era decir la verdad.

Se dio la vuelta, dando un paso hacia atrás para que ella ya no lo estuviera tocando.

—Señora MacNall...

—Marianne.

—Marianne. No sé cómo decir esto, pues me parece usted una mujer encantadora y creía estar interesado, de verdad que sí, pero me doy cuenta de que mis pensamientos están bastante ocupados con la joven que he mencionado antes.

—Lady Persephone.

—Sí.

Ella lo observó durante un instante.

—Entonces, ¿puedo preguntar por qué se ha tomado tantas molestias en buscarme, en volver a mi casa? ¿Había algo más que estuviera buscando?

¿Sospechaba ella su verdadero objetivo?

—Experiencia, señora MacNall. Buscaba experiencia. Pero me doy cuenta de que mi cuerpo no está a la altura de lo que vine a buscar.

—Ya veo —dijo ella, aunque él notaba que mantenía sus sospechas—. Bueno, entonces, señor Rowley, tal vez nuestros caminos vuelvan a cruzarse. Espero que reciba todo lo que desea de su Lady Persephone.

Él asintió con la cabeza, deteniéndose en el umbral al darse cuenta de que probablemente ella esperaba algo más de su parte.

—¿Es esto suficiente? —preguntó él, tendiéndole dos guineas, pero ella negó con la cabeza con una sonrisa.

—No he hecho nada —dijo.

—Pero por su tiempo —insistió él, pero ella extendió la mano, cerrando los dedos de él sobre las monedas.

—Es usted un caballero, señor Rowley, lo cual es una rareza hoy en día. Gracias por demostrarme que hombres como usted todavía existen. Ahora, buena suerte con su joven.

Ella se puso de puntillas, presionando un beso rápido contra su mejilla antes de abrir la puerta y acompañarlo a la salida.

De repente, se sintió muy arrepentido, pues aunque no tenía ninguna intención romántica hacia la señora MacNall, se dio cuenta de que le caía bastante bien, lo que iba a hacer que robarle resultara aún más desagradable.

* * *

Percy intentaba ser paciente.

Pero el tiempo transcurrido desde la última vez que ella y Noah hablaron —y se besaron— y la cena con Noah y sus tíos pareció durar una semana entera, aunque en realidad solo fuera un día.

Le gustaría decir que era porque se preguntaba si él había encontrado o no el collar y, de haberlo hecho, qué secretos habría revelado la joya.

Pero descubrió que lo que más ocupaba su mente era exactamente qué había hecho Noah para lograr su objetivo.

Le irritaba que le importara, y se preguntaba por qué le molestaba tanto. Supuso que la única explicación era la culpa por

ser parte de la razón por la que él podría ir en contra de sus principios.

Porque no había otra explicación razonable.

Hubo un rápido golpe en su puerta antes de que su madre la abriera un poco y sonriera a través de la rendija.

—Percy, es hora de bajar. Nuestros invitados llegarán pronto. La familia ya está aquí, esperando.

—Por supuesto —dijo Percy, sonriendo a Mary en el espejo mientras se echaba un último vistazo. Se había puesto uno de sus vestidos favoritos, uno lila de corte recatado pero que realzaba tanto su busto como sus clavículas y hombros. Su doncella había hecho un trabajo tan maravilloso con su cabello como siempre, recogiéndolo lo suficientemente flojo como para que colgara con suavidad, con la oscuridad de su pelo acentuada por los pequeños pendientes de diamantes de oro que colgaban de sus lóbulos.

Ahora su corazón latía con anticipación mientras se preguntaba cómo lograría pillar a Noah a solas.

—¿Está todo bien, cariño? —preguntó su madre mientras bajaban las escaleras.

—Perfectamente, por supuesto —dijo Percy, forzando una sonrisa de confianza en su rostro. ¿Qué le pasaba? Si en ese momento estaba actuando como el propio señor Rowley. —Tengo ganas de que llegue la velada.

—Y yo —dijo su madre, dándole una palmadita en la mano—. Creo que será muy... reveladora.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Percy, frunciendo el ceño—. Pensaba que, además del señor Rowley y sus tíos, solo asistiría la tía Hannah con Rebecca y Elizabeth.

—Ellos están aquí, sí. Pero... no te enfades conmigo —dijo su madre con ojos suplicantes—. No era mi intención, de verdad que no. Es solo que hoy estaba en el parque con Lady...

—¡Lady Fairfax! —resonó una voz.

Percy se contuvo justo a tiempo antes de soltar un gemido. Le había pedido a su madre que no volviera a hacer esto y, sin embargo, ahí estaba ella, con otra sorpresa inoportuna.

—Lady Lecher. Lord Stephen —dijo Percy, forzando una sonrisa cuando su madre le dio un ligero codazo en las costillas al ver que al principio no decía nada. Vio a sus primas de pie detrás de ellos con sonrisas de complicidad—. Es... sorprendente verlos.

—Me alegré tanto cuando vuestra madre nos invitó —dijo Lady Lecher—. Aunque debo admitir que, cuando oí que teníais invitados esta noche, me invité yo misma, así que no puedo estar demasiado agradecida, ¿verdad?

Ella se rio, y la madre de Percy se volvió hacia ella encogiéndose de hombros como diciendo: «Ves, se me iba de las manos», pero Percy creía que uno siempre tiene la opción de decir que no.

—Mi querida Lady Persephone —dijo Lord Stephen, tomándole la mano, pero Percy la retiró antes de que pudiera posar sus labios en el dorso de la misma—. Es un placer volver a verla. Tenía la esperanza de que tuviéramos la oportunidad de pasar más tiempo juntos.

—Sí. Aquí estamos —dijo Percy, sin querer comprometerse a nada.

—Y ahora...

Pero Percy no habría sabido decir qué fue lo siguiente que dijo Lord Stephen. Pues aunque él siguió hablando, ella perdió toda capacidad de prestar atención a sus palabras. Fue en ese momento cuando las puertas del salón se abrieron una vez más, revelando al mayordomo con los invitados detrás de él. Cuando entró, los anunció y luego se apartó del camino, Percy no pudo evitar sentirse atraída al instante por el hombre que estaba en el umbral de la puerta. Se veía igual que siempre: estatura media, complexión media, pelo castaño, ojos marrones, gafas. Gracias a ella, al ayuda de cámara y al sastre, sin embargo, había ahora un aire en él que cautivó a Percy e impidió que apartara la mirada.

Y él la miraba fijamente, como si fueran las dos únicas personas en la habitación, dos personas que se habían estado esperando mutuamente, para quienes el tiempo separados había sido una agonía.

Finalmente se dio cuenta de que se había quedado mirando, con toda su atención centrada en el hombre que ahora estaba solo en el

umbral de la estancia, pues sus tíos habían continuado sin él.

—Lady Percy —dijo Lord Stephen con insistencia a su lado—. Le he preguntado algo.

Otro codazo se hundió en sus costillas, y ella se lo devolvió. Iba a acabar con moratones en el costado.

—Dile que sí —susurró su prima Rebecca en su oído.

—Sí —repitió ella, sin saber cuál era la pregunta.

—¿Puedo pasar a buscarla mañana para dar un paseo en mi faetón? —preguntó él con voz arrogante.

Maldita sea, aquello no era en absoluto lo que ella quería haber aceptado.

—¡Un faetón! —dijo Rebecca, con la boca abierta, y Percy se preguntó en qué momento se habían unido a ella sus primas. ¿Es que no entendían que se trataba de una conversación privada?

—Oh, me encantan los faetones —dijo Elizabeth—. Te lo pasarás muy bien.

—Así será —dijo Rebecca.

—Mañana no —dijo Percy apresuradamente, intentando callar a sus primas—. Quizá la semana que viene.

Lord Stephen las miró a las tres antes de centrar su expresión en Percy.

—Si no la conociera mejor, diría que me está evitando.

Ella se limitó a enarcar una ceja mientras Elizabeth y Rebecca llenaban el silencio por ella, desmintiendo sus palabras. Percy no discutió, pues eso sería pasarse de la raya, incluso para ella, pero la verdad es que no le importaba lo que él pensara.

Pues si él creía que la verdad era otra cosa, entonces o bien no era muy inteligente, o estaba tan seguro de sí mismo que nunca sospecharía que una joven no pudiera estar interesada en su cortejo. Su mirada, sin embargo, estaba fija en otro hombre, uno que, ahora mismo, estaba más lejos de ella de lo que le habría gustado.

La mirada de Noah se clavó en ellos, con expresión preocupada, probablemente al ver no solo que había invitados adicionales, sino que Lord Stephen estaba entre ellos.

Percy había tenido la esperanza de pillar unos momentos a solas con él. ¿Cómo iba a hacerlo ahora?

Tomó cartas en el asunto y cruzó la habitación, saludándolo a él y a su tía con toda la cortesía debida, aunque esperaba que su mirada le dijera que tenía mucho más que decir. Mientras todos se saludaban, Percy descubrió que la atracción que había notado antes no mostraba signos de disminuir, como había esperado. Al contrario, parecía que no hacía más que crecer. Pero ¿por qué, oh, por qué?

Percy finalmente descubrió que ya no podía negarlo más.

Se sentía atraída por el señor Noah Rowley.

Y no tenía ni idea de qué se suponía que debía hacer al respecto.

Capítulo Trece

Noah podía sentir que Percy lo observaba. Sabía por qué: quería saber si había logrado su objetivo de encontrar el collar. Aguardó durante los licores que compartieron en el salón antes de la cena. Aguardó durante la propia cena, en todos sus cinco platos, a cual más delicioso. Aguardó durante los licores de después de cenar que los hombres tomaron en el comedor mientras las mujeres se retiraban al salón.

Durante la cena, escuchó a la señorita Elizabeth parloteando junto a su oído, y asintió con la cabeza e hizo los oportunos «ajá» y «mmm» cuando fue necesario.

Después de cenar, observó a lord Stephen contar chistes lascivos, intercambiando una mirada con su tío, quien parecía igual de molesto por la grosería con la que hablaba aquel hombre. El propio lord Fairfax no parecía especialmente complacido, lo que hizo que Noah se preguntara por qué diantres pensaría que aquel hombre sería un buen partido para su hija.

Quizá estaba empezando a preguntarse si había tomado la decisión correcta.

Empezaron a dirigirse al salón justo cuando Percy salía de él.

—Percy —retumbó su padre—. Íbamos justo a unirnos a vosotras.

—Será solo un momento —dijo ella con una leve sonrisa mientras entraba en el pasillo.

Noah se quedó rezagado tras los demás hombres mientras entraban en el salón, y ella miró hacia atrás como si percibiera su vacilación. Miró de un lado a otro antes de inclinar la cabeza hacia otra puerta y él la siguió, incapaz de hacer otra cosa que responder a su petición.

—No tenemos mucho tiempo —dijo suavemente al cerrar la puerta tras ellos después de entrar en el pequeño gabinete. Se acercó más a él, retorciéndose las manos—. Tienes que contarme qué ha pasado.

—He visto el collar —dijo, seducido por el aroma a flor de cerezo que parecía envolverla—. Lo guarda bajo llave en una caja dentro de su armario. La llave también estaba en el armario, en una bolsita en su fondo. La convencí para que me enseñara el collar, pero solo tuve oportunidad de sostenerlo un instante, no de examinarlo.

—¿Cómo la convenciste?

—Le dije que recordaba el collar de la noche en que la conocí y que la mujer a la que estoy cortejando está interesada en rubíes.

—¿Te preguntó a quién cortejabas?

Hizo una pausa. —Sí. —Cielos, ¿Iba a tener que decírselo?

—Bueno, ¿a quién dijiste que era? —exigió. Él suspiró.

—Supuso que eras tú, y confirmé su sospecha —dijo, sintiendo cómo el calor le subía al rostro mientras se rascaba la cabeza, casi sorprendido al no encontrar allí el largo cabello que tenía a un lado desde hacía tanto tiempo—. Lo siento, Percy. Nunca fue mi intención implicarte.

Ella rio, aunque con un dejo de nerviosismo. —Estaba tan implicada como tú desde el principio. Además, no me importa.

Un destello de esperanza estalló en su pecho. —¿No te importa?

—En absoluto —dijo—. Si eso es lo poco que debo hacer para ayudar, entonces lo hago encantada.

—Muy bien —dijo, aliviado de que no pareciera demasiado preocupada—. Le pedí que no divulgara la información, así que espero que estés protegida.

Ella asintió mientras cambiaba el peso de un pie a otro, y él supuso que probablemente esperaba sus ideas sobre los próximos pasos.

—Solo hay una cosa que hacer ahora —dijo.

—¿Qué cosa?

—Tengo que volver y robar el collar —dijo con determinación, intentando convencerse a sí mismo tanto como compartir la información con ella—. Aunque preferiría no hacerlo, pues en realidad tengo muy buena opinión de la señora MacNall.

—¿D-de verdad? —dijo Percy, con los ojos muy abiertos y preocupados, cosa que le inquietó.

—Sí. Fue comprensiva cuando le dije que no podía continuar con nuestra… relación.

Una sonrisa se extendió por el rostro de Percy, pero desapareció tan rápido que Noah se preguntó si habría sido una ilusión.

—¿No seguiste adelante?

Negó con la cabeza, sabiendo que no debería hablar de esas cosas con ella, pero ella había preguntado y, de algún modo, necesitaba que ella entendiera que no lo había hecho.

—No —dijo—. Le dije que… no sería fiel a la mujer a la que estoy cortejando.

—¿A… mí?

—Sí.

—Ya veo —exhaló, acercándose más a él, y cada terminación nerviosa de su cuerpo pareció encenderse ante su proximidad—. Eso es muy leal de tu parte.

—No pude hacerlo —dijo con la respiración acelerada—. No me pareció correcto.

—Por supuesto —dijo, bajando la cabeza, y Noah no pudo evitar recordar cómo habían sabido sus labios mullidos bajo los suyos, mientras anhelaba sentirlos de nuevo.

—Deberíamos volver —dijo cuando sus cabezas se acercaban, con el aliento tan acelerado como el de él.

—Deberíamos.

—Me alegro de haber tenido la oportunidad de hablar contigo a solas.

—Y yo.

—Dime la verdad —dijo, alzando el rostro hacia él—. ¿Por qué te fuiste de casa de la señora MacNall?

—Porque —dijo, sus labios separados por apenas unos centímetros. No debería decirle la verdad. Cambiaría todo entre ellos, y aún tenían mucho que hacer juntos—. No podía dejar de pensar en ti.

Fue entonces cuando inclinó la cabeza, cerrando el espacio entre ellos, sus labios rozando los suyos. Fue todo lo que recordaba y más. Sus manos se alzaron, sus dedos agarrándose a las solapas de su chaqueta mientras lo atraía hacia sí y sus brazos la rodeaban por la espalda, rozando la suave tela de su vestido. Se había preguntado si estaría fingiendo antes, pero no había necesidad de que lo hiciera ahora.

¿Sentía algo por él? Resultaba difícil de creer, y sin embargo… ahí estaba ella, encerrada en un gabinete con él y no con lord Stephen, el hombre al que se suponía que estaba cortejando, el que habían elegido para ella sus padres.

Lo que le recordó que su tiempo era limitado, y que pronto el resto de la reunión la buscaría y notaría probablemente que él también estaba ausente. Podría sentir suficiente interés por él para un beso, pero desde luego no para toda una vida.

Cuando rompió el beso, ella se apartó, aunque sus dedos seguían aferrados a él mientras respiraba con dificultad, sus ojos recorriendo su cuerpo de arriba abajo con incredulidad.

—Noah, yo… yo…

—Lo siento —dijo bruscamente—. Quizá no debería haber hecho eso.

—Deberías haberlo hecho —replicó—. Lo deseaba tanto como tú. Creo que lo he dejado claro.

—Suenas bastante incrédula.

Ahora ella dio un paso atrás, con los dedos en los labios. —Para ser sincera, nunca lo vi venir. Nos conocemos desde hace tiempo, y, sin embargo, últimamente… te he visto con otros ojos.

Él bajó la mirada hacia sí mismo, cayendo parte de su euforia inicial.

—Porque soy otra persona.

Sus ojos volaron hacia los suyos. —¿Qué quieres decir?

—Mi pelo, mi rostro, mi ropa, mis gestos… es como a ti te gustan. No soy yo quien te gusta, es el hombre en que me has convertido, lady Percy —dijo, con el disgusto consigo mismo recubriendo cada palabra. Había cometido el error de pensar que una mujer así se interesara por él cuando, en realidad, no era de él de quien disfrutaba. Era la idea de lo que había creado.

—No es eso en absoluto —dijo, negando con la cabeza mientras daba un paso adelante.

—¿No? —preguntó, alzando una ceja—. ¿Cómo es, entonces, que es ahora cuando te has dado cuenta de que soy algo más que un simple conocido?

Se detuvo con cierta vacilación. —Es solo que, al conocernos mejor, he cobrado una nueva conciencia de ti. Eso no significa que no aprecie al hombre que eres.

Sus labios se torcieron hacia arriba en una media sonrisa. —No creo que estés siendo sincera conmigo, Percy…, ni contigo misma —dijo antes de oír pasos fuera de la puerta y volver la cabeza hacia el sonido—. Deberíamos volver.

—Pero…

—Te diré cuándo haya conseguido tener el collar en mi poder.

—Déjame ayudarte.

—No hay manera de que puedas ayudar —dijo, negando con la cabeza—. No es algo en lo que deba involucrarse una señorita.

—¿A diferencia de todo lo que ha ocurrido hasta ahora? —preguntó, con las manos ahora en las caderas, desafiante.

—Podría ser peligroso. Tendré que ir de noche, cuando sepa que la señora MacNall no estará en casa.

—¿Dónde vive?

—Walcot.

—Entonces no puede ser tan malo. Dime cuándo.

—No.

—Estás dolido porque te he herido los sentimientos —dijo, y las cejas de él se alzaron ante la franqueza de ella, pero, al fin y al cabo, eso era parte de lo que le gustaba de la joven. Percy alzó los brazos a los lados y luego los dejó caer con visible exasperación—.

Para serle sincera, Noah, no sé por qué me llama la atención, pero lo hace. ¿No puedes aceptarlo?

—En realidad, no —dijo simplemente—. Me gusta saber por qué las cosas son como son.

—Bueno, ahora mismo no tenemos tiempo para descubrirlo —dijo, dándole la espalda hacia la puerta—. Cuando lo descubra, serás el primero en saberlo. Dime cuándo vas a ir a por el collar. Yo estaré allí.

Con eso, empujó la puerta y volvió al salón, dejándolo rascándose de nuevo la cabeza, preguntándose qué había pasado.

Esperó unos momentos antes de seguirla, descubriendo que los ojos de lord Stephen estaban clavados en él mientras se dirigía al único asiento libre: entre la señorita Elizabeth y la propia Percy en el pequeño sofá.

Finalmente encontró la mirada del hombre, sin sentir alegría al ver el brillo en ella.

—Dígame, señor Rowley —arrastró lord Stephen las palabras—, ¿dónde fue la última vez que lo vi? No logro recordarlo.

—Creo que fue en un evento social —dijo Noah, preguntándose a dónde quería ir a parar aquel hombre, pues sería peor para ambos si también se nombraba a sí mismo como cliente del notorio club nocturno.

—Ah, sí, así es. Solo que no creo que yo estuviera allí. Solo estaba pasando.

—Eso no puede ser —dijo lady Lecher, inclinándose hacia delante —. Porque ambos le vimos en las Assembly Rooms la semana pasada. En el baile de disfraces.

—Estuve allí, sí —dijo Noah, inclinando la cabeza—. Quizá me confunda con otro, lord Stephen. Me han dicho que tengo una de esas caras que se confunden a menudo.

—No, no, no fue en las Assembly Rooms —dijo lord Stephen, golpeando un dedo contra su sonrisa burlona—. Creo que usted entraba en un establecimiento. En una… calle tranquila.

Los ojos de Percy se volvieron hacia él al darse cuenta exactamente de lo que estaba insinuando lord Stephen. Lo único es

que lord Stephen no tenía ni idea de que ella estaba muy al tanto de lo que hacía él allí.

—Sí, lo vi a través de una ventana —continuó—. Estaba usted muy cerca de una mujer. ¿Es su prometida?

Sintiendo la mirada de su tía, Noah logró una sonrisa tensa. —Como dije, debió de ver a otro y pensar que era yo. Estudio todos los días y los únicos eventos sociales vespertinos que he atendido he atendido han sido con mis tíos.

—¿Y por la noche?

—Me quedo en su casa —dijo Noah, lanzándole una mirada dura, hasta que finalmente el tío Albert entró misericordiosamente en la conversación, preguntándole a lord Fairfax por una inversión, aunque las mujeres obviamente no estaban satisfechas con el giro hacia asuntos de negocios.

Noah sintió los ojos de Percy sobre él, y levantó la vista para encontrar su mirada, sorprendido al verla molesta. Él no había hecho nada, y se lo había dicho.

Así que, ¿por qué no le creía?

¿Y por qué importaba si lo hacía?

Capítulo Catorce

Nada de esto estaba saliendo según lo previsto.

Ni la recuperación del collar, ni su reacción ante Lord Stephen, ni mucho menos lo que sentía por Noah.

Percy tenía que cambiar las cosas. Y pensaba empezar esta misma noche.

Pero primero, tenía que descubrir qué era exactamente lo que Noah planeaba. Tenía el presentimiento de que él querría terminar con esto lo antes posible. Cuanto más esperase, más le daría vueltas a todo. Estaba segura de que intentaría robar el collar esa misma noche.

También sabía que, por mucho que le preguntara, él no le contaría sus planes.

Era la noche posterior a la desafortunada cena que tanto la había entusiasmado, y ella y sus padres se habían retirado antes de lo habitual, ya que no había eventos sociales programados para esa velada.

Mary ya la había ayudado a prepararse para dormir, pero Percy se quitó la ropa de dormir lo más rápido que pudo antes de ponerse un vestido de mañana de color azul marino que encontró al fondo de su armario; uno que no era apto para recibir visitas pero que serviría para esa noche, en la que esperaba pasar desapercibida. Se anudó un pañuelo negro alrededor del pelo antes de abrir lenta y cuidadosamente la puerta de su dormitorio, asegurándose de que no

hubiera nadie cerca antes de caminar de puntillas por el pasillo y bajar las escaleras, vigilando por si aparecía algún sirviente.

Hubiera deseado ser lo bastante aventurera como para escabullirse por la ventana, pero sabía que aquello probablemente no acabaría bien.

Afortunadamente, la casa que la familia de Percy había alquilado no estaba lejos del hogar de los tíos de Noah. Había descubierto su dirección cuando enviaron la invitación para la cena, y se había asegurado de saber dónde encontrarlos. Caminando cabizbaja, logró pasar junto a las pocas personas con las que se cruzó sin llamar la atención.

Al girar hacia la plaza, se coló en los jardines y se sentó en un banco a oscuras. Miraba por encima del hombro cada vez que oía el más mínimo ruido, intentando decidir qué haría si alguien llegaba a descubrirla, ya fuera una sorpresa amistosa o una amenaza.

Por suerte, no tuvo que esperar mucho antes de ver a Noah salir por la puerta principal; sonrió al ver que él miraba furtivamente a ambos lados, pues no es que nadie más pudiera estar al tanto de lo que hacía, pero aquello era algo muy impropio de su carácter.

Él vestía, al igual que ella, con colores oscuros, y mantenía el sombrero calado hasta los ojos mientras caminaba calle abajo. Percy abandonó su escondite para seguirlo, con el susurro de sus faldas mientras se apresuraba para seguir su paso rápido.

Él giró varias veces, y Percy deseó estar más familiarizada con Bath para tener una idea de hacia dónde se dirigían. Finalmente, se detuvo frente a una casa de tamaño medio y bien cuidada, mientras comprobaba una vez más que nadie lo vigilara antes de continuar hacia la parte trasera.

Percy cruzó la calle corriendo, alcanzándolo justo cuando él se ponía de puntillas para asomarse por la ventana trasera. No quería asustarlo, pero necesitaba que se diera cuenta de que estaba allí, así que levantó la mano y le dio unos golpecitos en el hombro.

—Noah —susurró, y él se dio la vuelta sobresaltado, con la mano en el pecho.

—¡Percy! —exclamó finalmente, jadeando—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Ella se puso las manos en las caderas. —¿No te pedí que me informaras de cuándo pensabas robar el collar? —preguntó ella.

—Y yo te dije que me encargaría yo solo —le espetó él en un susurro.

—Será mucho más fácil entre los dos.

—Pero...

—Ya estoy aquí, así que ¿qué diferencia hay? —dijo ella. Él suspiró, levantándose el sombrero y pasándose una mano por el pelo.

—La diferencia es que, si nos pillan, habrá consecuencias. Unas en las que ni siquiera quiero pensar. Yo podría salir del paso con relativa facilidad, pero ¿qué excusa tendrías tú para estar aquí?

Percy se mordió el labio, y la preocupación empezó a hacer mella en ella.

—Tienes que asegurarte de que no te encuentren aquí —dijo él con firmeza—. Yo cargaré con la culpa si nos descubren.

—No necesito que me protejas —dijo ella con determinación—. He venido por mi propia voluntad. Ahora, ayúdame a subir y veré si quepo por la ventana. Tengo bastante curiosidad por saber cómo pensabas elevarte lo suficiente para abrirla tú solo.

Se dio cuenta de que le había ganado la partida cuando él soltó un gruñido antes de entrelazar las manos para que ella apoyara el pie, permitiéndole subir y alcanzar la ventana. Deseó llevar pantalones al llegar arriba, soltando su propio gemido mientras empujaba la ventana, aliviada al descubrir que no tenía echado el cierre.

—Parece que nuestra señora MacNall no es tan precavida como debería —murmuró Percy antes de colarse dentro, encontrándose en un dormitorio.

—Interesante —dijo Noah, sorprendiéndola por detrás. Era muy ligero de pies.

—¿El qué?

—Este no es el dormitorio que vi antes.

—¿No lo es?

—¿Crees que vive con alguien? —preguntó él, claramente tan sorprendido como ella, solo que Percy tenía una idea del motivo.

—Quizá uno sea el suyo y el otro sea para... entretenerse. Puedo entender el deseo de tener un espacio que sea de uno mismo y de nadie más.

—Oh —dijo él, evidentemente tan impactado que detuvo su avance, y ella tuvo que ponerle un dedo en la espalda para empujarlo.

—Sigamos —dijo ella—. ¿Sabes en qué habitación está?

—Sí.

—Guíame.

No estaba lejos, por supuesto, ya que la casa no era excesivamente grande, y tras asegurarse de que no había nadie, Noah los guio hacia la habitación donde había visto el collar. Estaba más oscura que el resto de la casa, con solo unas brasas minúsculas ardiendo en la rejilla de la chimenea.

Percy lo vio entrar.

—¿Crees que puedes encontrarlo solo? —preguntó.

—Sí. He venido aquí solo, ¿no?

Ella ignoró su pulla, a pesar de que iba cargada de humor, antes de dar un paso al frente. —Yo vigilaré —dijo—. Mantén los oídos tan alerta como los ojos. No pueden pillarnos.

En la silenciosa oscuridad, se desplazó por la casa hasta la ventana delantera, agachándose para vigilar el exterior. Solo podía esperar que la señora MacNall no tuviera motivos para intentar entrar por otro sitio, que aquel fuera el escenario más probable.

El corazón le latía con fuerza mientras esperaba sentada; sabía que no era solo por el suspense de la espera, sino también por la sola idea de qué ocurriría si la pillaban en esa situación. No solo estaba fuera de casa, sin carabina, en plena noche, sino que se había colado en la casa de una cortesana acompañada de un hombre joven. Aunque él fuera el hombre más culto y caballeroso que había conocido nunca, ambos se enfrentarían a graves consecuencias por sus actos.

A menos que lograran escapar sin ser descubiertos.

—¿Noah? —susurró—. ¿Has terminado ya?

—He encontrado la llave —respondió él en voz baja—. Ahora solo tengo que ver dónde encaja.

Lo oyó murmurar para sí mismo, oyó el rascado de lo que debían de ser cajones dentro del armario, hasta que brotó un nuevo suspiro profundo.

—¿Tienes problemas? —preguntó ella, aunque la respuesta era obvia.

Hubo una pausa. —Sí.

—¿Necesitas ayuda?

Otra pausa. —Está bien.

Cruzó la habitación rápidamente, aliviada de poder hacer algo útil además de limitarse a vigilar.

Él se echó hacia atrás para dejarle espacio para buscar dentro del armario, y ella pasó la mano por los cajones. —No parece haber nada aquí que sirva —murmuró—. Quizá...

Buscó más abajo, por la parte inferior del armario, alegrándose al encontrar lo que buscaba: un cajón oculto dentro de otro cajón.

—Aquí —dijo ella, y él asintió antes de sacar la llave de donde la guardaba y encajarla en la cerradura. Percy no se dio cuenta de que ambos contenían la respiración hasta que suspiraron audiblemente al unísono cuando la llave giró.

Ella metió la mano, sacó una caja de caoba y abrió la tapa para revelar el collar de rubíes en su interior, brillando ante ellos en todo su esplendor.

—Realmente es hermoso, ¿verdad? —dijo ella, y él asintió.

—Hermoso —dijo él con voz densa; solo que, cuando ella levantó la vista y se encontró con sus ojos, descubrió que él no estaba mirando el collar, sino a ella.

Tragó saliva, incapaz de apartar la mirada... hasta que oyeron el clic de una cerradura al girar. Sus ojos se abrieron de horror al oír cómo se abría la puerta y unos pasos empezaban a cruzar el suelo.

—Bajo la cama —dijo él en un susurro urgente. Ella cerró apresuradamente el cajón y el armario, manteniendo el collar y la llave en la mano mientras se lanzaba bajo la cama, con Noah pisándole los talones.

Se quedaron allí tumbados, el uno junto al otro, mirando hacia las tensas cuerdas bajo el colchón, hasta que Percy tuvo que cerrar

los ojos y respirar profundamente, justo cuando el sonido de unas voces llegó a sus oídos.

—¿Percy? —susurró Noah—. ¿Estás bien?

—No —respondió ella en el mismo tono—. No me gustan los espacios pequeños. Siento como si la cama se me fuera a caer encima.

Sintió un cálido tirón en su mano y abrió los ojos para ver que Noah le sostenía la mirada mientras su mano permanecía segura entre la suya.

—Mírame —le ordenó él. Ella giró la cabeza hacia él, encontrando su rostro a escasos centímetros—. Solo estamos tú y yo —dijo—. No dejaré que nada te pase. No mires hacia arriba.

—Pero...

—Percy —repitió él, y esta vez no pudo evitar escucharlo. La habitación estaba en penumbra, pero estaban tan cerca el uno del otro que ella podía ver el círculo verde que se fundía con el avellana oscuro de sus ojos. Nunca se había fijado en eso antes, supuso que porque nunca había mirado más allá de sus gafas. Tenía unas cuantas pecas pequeñas sobre la nariz, y sus labios eran mucho más carnosos de lo que ella había imaginado..., aunque en realidad ya lo sabía, pues los había sentido sobre los suyos—. Estoy aquí. No dejaré que nadie te haga daño.

Parpadeó, sin saber de dónde había salido este lado de su carácter.

Los cálidos dedos de él se cerraron con más fuerza sobre los suyos y ella se aferró, desesperada por una conexión... pero no una conexión cualquiera. Deseaba esta cercanía con él, con Noah Rowley.

—Gracias —susurró ella, pero de repente las voces y los pasos se acercaron, y sus ojos se abrieron de par en par y su boca se abrió con asombro al darse cuenta de que la señora MacNall —y probablemente su amante— estaban en la habitación. Percy se acercó más a Noah como si él pudiera ocultarla de la vista, aunque supuso que lo más inteligente era intentar mantenerse en el centro de la cama para minimizar las posibilidades de ser vistos.

—¿Adónde vas? —dijo una voz profunda, y Noah alargó el brazo y la rodeó por los hombros.

—Lord Chesterham —le susurró al oído.

Percy tuvo que ahogar un pequeño chillido de sorpresa. Porque tenía una idea muy clara de con qué propósito estaba Lord Chesterham allí, y no estaba del todo segura de qué se suponía que debían hacer ella y Noah mientras eso sucedía.

Solo podía esperar que se encontraran en el dormitorio que la señora MacNall consideraba suyo... y que el otro fuera para sus idilios.

—Voy a ponerme algo más cómodo, querido —dijo la voz seductora de la señora MacNall—. Sírvete una copa y saldré en un momento.

Sus pies, calzados con unas impecables zapatillas de seda rosa con flores azules bordadas que a Percy le habrían gustado para ella misma, aparecieron junto a la cama, tras la cabeza de Noah. Percy asintió con la cabeza hacia ellos para indicarle lo que estaba sucediendo, y él simplemente siguió sosteniéndole la mirada.

La tela crujió antes de que la señora MacNall soltara un taco por lo bajo.

—¿Rosa? ¿Puedes entrar, por favor? —llamó, y Percy casi se atraganta. Había habido sirvientes allí todo el tiempo. ¡Qué fácil habría sido que los pillaran! ¿Cómo se permitía una mujer así tener sirvientes? Parecía que las amantes estaban mucho mejor pagadas de lo que Percy había imaginado jamás.

Aparecieron entonces las botas de trabajo de una doncella, que ayudó a la señora MacNall a quitarse los adornos de su vestido para ponerse un atuendo más apropiado para la ocasión.

La señora MacNall no le dijo nada a su doncella; en su lugar, tarareó una canción con una voz rica y melódica. Aquello tranquilizó un poco a Percy, que habría entrado en pánico de no haber sido por la mirada reconfortante de Noah sobre ella.

Finalmente, la mujer salió de la habitación, hablando de nuevo con su amante, en lo que Percy solo pudo describir como un ronroneo. Una extraña punzada de celos surgió en su interior al

pensar que Noah había estado aquí con esa mujer, a solas... hasta que recordó que se había marchado. Por ella.

La doncella debió de terminar de recoger, pues salió de la habitación, esperemos que para retirarse a dormir.

Lord Chesterham y la señora MacNall hablaron un poco más hasta que sus voces se apagaron; sus pasos se acercaron, deteniéndose ante la puerta, y de repente los murmullos se convirtieron en una respiración pesada y el susurro de la tela.

Santo cielo. Percy supuso que debería haberlo esperado. Solo había una razón por la que un hombre como Lord Chesterham mantendría a una amante.

Y parecía que iban a ser espectadores de un espectáculo con el que no habían contado.

Capítulo Quince

Aquello era una agonía.

Allí estaba él, tan cerca de Percy como siempre había deseado estar, tan cerca como solo había estado en sus sueños... y oía a otro hombre buscar su satisfacción.

Tenían que salir de allí. Y tenían que salir *ya*.

Pero primero, tenían que determinar qué dormitorio usarían la señora MacNall y lord Chesterham.

En ese momento, estaban utilizando la pared del pasillo, a juzgar por los jadeos y los gemidos.

—A la cama —llegó la orden gutural, y se oyeron unos pasos que se alejaban de donde Noah y Percy estaban escondidos. Menos mal.

—Ven, vámonos —le susurró Noah a Percy, saliendo a rastras de debajo de la cama y alargando una mano para tirar de ella. Ella la aceptó y, cuando por fin la sacó de allí, él intentó no reírse al ver el polvo que cubría su ropa oscura.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una pequeña bolsa llena de monedas, que dejó sobre la cama antes de volverse hacia Percy. No era culpa de la señora MacNall que fuera a perder un regalo tan valioso.

Sin soltar la mano de Percy, tiró de ella hacia la ventana, la abrió y se deslizó por el borde, soltando un gruñido al caer antes de levantar los brazos hacia ella.

Ella pasó una pierna por encima del alféizar y se quedó helada cuando oyeron una voz en el interior. —¿Hay algo ahí? —El corazón

de Noah pareció detenerse, pero Percy no vaciló y saltó; un fuerte desgarro frenó su impulso. Ella abrió mucho los ojos, pero aterrizó en los brazos de él antes de que ambos miraran hacia arriba para ver un gran trozo de su vestido colgando de la ventana.

—Vaya por Dios —dijo ella. Luego lo miró encogiéndose de hombros—. No hay nada que hacer, mejor nos vamos.

Tenía el pañuelo torcido y él alargó la mano, rozando con los dedos la suave piel de su mejilla mientras se lo colocaba sobre el pelo; aquello habría sido una delación segura si la luz le hubiera dado de lleno.

No era probable que alguien los estuviera vigilando en ese momento, y la señora MacNall y lord Chesterham estaban, sin duda, ocupados en otros menesteres.

—¿Tienes el collar? —preguntó él, y ella asintió, levantando la mano para mostrarle la caja que apretaba.

—Lo he tenido todo el tiempo.

—Bien —dijo él con brusquedad—. Vámonos.

Empezaron a bajar por la calle a paso rápido, aunque él se aseguró de aminorar lo suficiente para adaptarse a las faldas de ella. Por suerte, ella llevaba botas buenas, y él tuvo que elogiar su previsión, a pesar de que acompañarlo hubiera sido una temeridad.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella, y él se volvió hacia ella sorprendido.

—Te llevo a casa.

—¡Todavía no! —protestó ella—. Tenemos que inspeccionar el collar.

—Percy, ¿sabes qué hora es?

—Yo diría que poco después de medianoche.

—Ya ha pasado con creces la hora de dejarte en casa.

—A estas alturas, todo el mundo duerme. Una hora o dos más no cambiarán nada —dijo ella con una sonrisa que obviamente pretendía convencerlo, y a él le molestó que estuviera funcionando —. ¿Adónde podemos ir?

—Percy, si te pillan...

—Pero hasta ahora hemos conseguido que no nos capturen, ¿no? —preguntó ella con ese brillo en los ojos que le hacía olvidar todas

sus protestas y acceder a cualquier cosa que ella sugiriera. Él suspiró. Sabía que aceptar aquello era imprudente, salvo que no solo significaba pasar más tiempo con ella, sino que él mismo quería inspeccionar el collar y presentía que ella no le dejaría hacerlo sin su presencia.

—Está bien —dijo él—. Mis tíos están en un compromiso y suelen quedarse fuera hasta altas horas de la madrugada. Podríamos volver a su casa.

—¡Maravilloso! —dijo ella, girando hacia la plaza donde vivían, y él se detuvo.

—¿Cómo sabes dónde viven?

—Te seguí desde aquí —dijo ella con naturalidad, y él no pudo evitar reírse mientras negaba con la cabeza.

—¿Cómo sabías que iría esta noche?

—Fue solo una suposición —dijo ella, dándole un toquecito con el hombro—. Siento que te estoy conociendo lo suficiente como para adivinar tus movimientos.

No tuvo réplica para eso, sino que tuvo que tragarse el nudo que se le formó en la garganta. Él también estaba disfrutando de la intimidad que compartían, pero le preocupaba que aquello solo le condujera a un corazón amargado cuando todo terminara y ella siguiera su camino.

—Espera aquí —dijo cuando llegaron a la casa. Subió él primero y abrió la puerta para asegurarse de que no hubiera criados por allí. Por lo que sabía, la mayoría se retiraba a pasar la noche hasta que sus tíos regresaban. Le hizo una señal a Percy para que entrara, y ella subió los escalones sigilosamente y cruzó la puerta, manteniéndose en silencio mientras él la guiaba por el pasillo y subía la escalera.

—Será mejor que vayamos a mi dormitorio, si no te importa. Sé que dista mucho de ser apropiado, pero es el lugar donde es menos probable que nos descubran.

Ella se detuvo en el último escalón, sonriéndole. —Confío en ti, Noah.

Él asintió, aunque se preguntó si ella diría lo mismo de saber las fantasías que le rondaban por la mente al pensar en lo que

realmente le gustaría hacer con ella en un dormitorio.

Llevaban en la habitación menos de un minuto cuando llamaron a la puerta.

Percy se volvió hacia él con los ojos muy abiertos, mirando de un lado a otro, y él le hizo un gesto hacia el armario.

Una vez que ella estuvo detrás del armario y fuera de la vista, Noah abrió, aliviado al encontrarse solo a su ayuda de cámara al otro lado.

—No necesito nada esta noche —dijo—. Retírese por hoy, Andrews.

Su ayuda de cámara se frotó los ojos para espantar el sueño mientras le deseaba las buenas noches, y Noah exhaló un suspiro de alivio al cerrar la puerta y echar la llave por si acaso.

Al darse la vuelta, se encontró con que Percy estaba de pie ante los pies de la cama, sobre la que había colocado la caja que contenía el collar.

Se acercó a ella y, con los dedos rozándose, abrieron la caja para contemplar el collar una vez más.

—Es precioso —susurró Percy—. Comprendo por qué la tía de Cassandra lo tuvo oculto tanto tiempo.

—Ojalá supiera cómo lo robaron —dijo Noah—. Siento que eso respondería a muchas de nuestras preguntas.

—Probablemente sí —dijo Percy—. Pero a menos que puedas convencer a la señora MacNall de que te diga quién se lo dio, no habrá suerte.

—¿Crees que adivinará que fui yo quien se lo llevó? —preguntó Noah, pues la duda le llevaba un rato carcomiendo—. ¿Qué probabilidad hay de que sea una coincidencia que tú y yo hayamos preguntado por el collar y a la noche siguiente desaparezca?

—Podríamos echarle la culpa a uno de sus criados.

—Entonces estoy seguro de que lo despediría, lo cual no sería nada justo.

—Tienes razón —dijo Percy, mordiéndose el labio inferior, y Noah anheló alargar la mano y acariciar la piel sonrosada allí donde ella la mordía—. Eres un buen hombre, Noah.

—Uno práctico —la corrigió él, aun cuando se le calentó el corazón ante sus palabras.

Cuando ella inclinó la cabeza hacia él, su rostro volvió a estar a escasos centímetros. A estas alturas, él ya había memorizado cada detalle: cada peca, cada plano de su cara, cada anillo de color en sus ojos azul verdoso.

El aire pareció detenerse entre ellos; el único sonido era su respiración entremezclada.

Él se inclinó una fracción, y ella hizo lo mismo... pero entonces un chasquido en la chimenea hizo que ambos dieran un salto y se separaran.

—Las joyas —dijo él en medio del aire denso y caldeado, y ella asintió.

—Las joyas —repitió ella con voz entrecortada mientras sacaba el collar de su caja una vez más.

Se lo pasó y él lo sostuvo más cerca, quitándose los anteojos para verlo mejor. Tal como se había imaginado, en la montura de oro del corazón de rubí estaba lo que había divisado en su brevísima inspección anterior: un pequeño orificio.

Metió la mano en el bolsillo y sacó la llave que llevaba consigo desde que llegó a Bath. La levantó antes de introducirla en el pequeño orificio... y se sorprendió cuando esta cedió y luego giró.

Levantó la vista y, aunque el rostro de Percy estaba borroso frente a él, podía sentir que lo miraba fijamente. Giró la llave.

Al hacerlo, una pieza del collar se abrió hacia abajo, revelando un espacio hueco.

—¿Hay algo dentro? —preguntó Percy, inclinando la cabeza para ver, con el cuerpo ahora a solo unos centímetros del de él.

—Creo que sí —dijo él, inclinando el collar, lo que provocó que un trozo de papel se deslizara hacia fuera. Intentó alcanzarlo, pero sus dedos eran demasiado grandes. Se lo pasó a Percy y observó cómo sus dedos largos y delgados se introducían y sacaban un trocito de papel pequeño y quebradizo.

—¿Qué dice? —preguntó él, y extendió la mano.

—Casi nada —dijo ella—. Solo un nombre.

—San Sebastián —leyó él antes de volver a ponerse los anteojos —. ¿Qué podría significar eso?

Ella se encogió de hombros. —No sabría decirte. ¿Quizás Cassandra o lord Ashton sepan algo más?

—Solo cabe esperarlo —masculló él antes de volver a guardar el papel—. Al menos ya lo tenemos. Hemos cumplido con nuestra parte. Tengo que devolverle el collar a la señora Compton.

—Puedo hacerlo yo mañana, si quieres.

—¿Iremos juntos? —preguntó él, desesperado por tener otra oportunidad de verla.

—Me encantaría —dijo ella con una pequeña sonrisa antes de mirar alrededor de su dormitorio. Era de tamaño medio y se había sentido cómodo allí desde que llegó, aunque ciertamente aún no lo había convertido en su hogar. Quizá fuera porque no pensaba quedarse mucho tiempo. Cuanto más tiempo pasaba descubriendo diversas fuentes en estas casas de Bath, más ganas tenía de volver a Londres y añadirlas al cúmulo de conocimientos que estaba reuniendo.

—Bueno —dijo Percy, aclarándose la garganta y rompiendo la tensión repentina que había llenado el aire—. Supongo que será mejor que me vaya ya.

—Te acompañaré a casa.

—No tienes por qué.

—Claro que sí —dijo él indignado—. Nunca permitiría que caminaras sola.

—¿Es porque te sientes responsable de mí? —preguntó ella, mirándolo ahora con algo en los ojos que a él le pareció una necesidad... pero no podía ser. No por él. Él no era el hombre fuerte y agresivo que ella anhelaba. Era un hombre que disfrutaba de la historia, de lo ya conocido, del orden, de una vida tranquila. No podía proporcionarle la emoción que ella ansiaba, ni la fuerza que prefería. Era bueno seguir recordándoselo a sí mismo.

Pero, si era necesario, podía ser su amigo... aunque se pasara el resto de su vida anhelando algo más.

—Gracias, Noah —dijo ella simplemente, interrumpiendo sus pensamientos.

—¿Por qué?

—Por cuidar de mí. Por dejar que te acompañara. Por no tratarme como a una niña o como a alguien que no sabe lo que quiere.

—Tienes una mente mucho más interesante que cualquier otra que haya conocido.

—Es muy amable por tu parte, aunque no es nada comparado con la tuya.

Ella lo sorprendió dando un paso adelante, lo que hizo que a él se le cortara la respiración.

—¿Nos vamos? —preguntó él.

—Sí —susurró ella, pero en lugar de dirigirse hacia la puerta, se acercó más a él, hasta que él no tuvo más opción que rodearle la cintura con las manos.

—¿Percy? —dijo él mientras ella echaba la cabeza hacia atrás y lo miraba con sus ojos azules muy abiertos.

—¿Sí?

—Yo... —Pero antes de que pudiera decir nada, de que pudiera decirle que aquello era una idea terrible, los labios de ella se encontraron con los suyos, presionándolos con una pregunta.

Y la única respuesta que él pudo darle fue un sí.

Mil veces sí.

Capítulo Dieciséis

Percy tenía fama de ser atrevida, pero esto —esto iba más allá incluso de lo que ella misma se había imaginado.

Pero ya no podía ignorar la tensión que había crecido entre ellos durante toda la noche —toda la semana, si quería ser sincera. Así que hizo lo que siempre hacía y afrontó la situación de frente. Necesitaba a ese hombre, y lo necesitaba ahora mismo.

Y nadie estaba más sorprendida por ello que ella misma.

Sabía que esto era todo aquello contra lo que le habían advertido —la razón por la cual su madre le habría prohibido los libros que leía con sus amigas. No estaba casada con Noah, ni siquiera prometida o saliendo formalmente con él.

Percy disfrutaba de su tiempo con Noah, claro que sí, pero apenas podía imaginarse casándose con él. Era un erudito que iba a escribir la historia, por Dios. Su familia tenía otros planes para ella, y por mucho que intentara negarse, sabía que en algún momento tendría que conformarse con un hombre que ellos eligieran para ella.

Eso no significaba, sin embargo, que no pudiera disfrutar de esto con Noah —incluso cuando un pensamiento molesto le recordaba que él no era el tipo de hombre que haría esto con una mujer como ella sin considerar lo que pudiera venir después.

Eso no cambiaba el hecho de que no deseaba nada más que estar entre sus brazos, en su cama, sentir su cuerpo dentro del suyo.

Tenía la sensación de que quizás él no lo aprobaría, ni tomaría lo que ella estaba dispuesta a dar —pero se arriesgaría a averiguarlo.

Conociéndolo desde hacía tiempo, Percy habría esperado que el beso de Noah fuera suave, vacilante, paciente.

Pero no fue nada de eso. En absoluto.

Cuando sus labios tocaron los de él, él se detuvo un momento, como dudando sobre si correspondería o no a su contacto. Pero una vez tomada su decisión, le respondió con un abandono total de la personalidad que siempre había mostrado al mundo, llenándola de una dicha inmensa.

Tan abruptamente como la besó, se apartó, aunque no rompió completamente el contacto como había hecho en el pasado.

—Debería llevarte a casa.

Sus ojos recorrieron su rostro, mientras su respiración se hacía entrecortada.

—Deberías hacerlo.

Ni él se dirigió a la puerta. Ni ella tampoco.

Él alzó las manos, acunándole la cabeza, pero en lugar de atraerla hacia él, deslizó sus dedos por su rostro, las almohadillas de sus pulgares bajando suavemente por sus mejillas. Su contacto tierno causaba en ella tanta conmoción como sus besos apasionados, y ella cerró los ojos un instante para intentar calmar todas las sensaciones que le provocaba.

Entonces él inclinó su cabeza, acercando sus labios hacia los suyos una vez más, y ella se encontró con él con anhelo, apoyando sus manos en su pecho, sintiendo el latido constante de su corazón bajo sus dedos. Eso era lo que él era: constante. Podía confiar en él, podía contar con él, sabía que siempre cumpliría su palabra y la apoyaría no solo en lo que él consideraba justo, sino en lo que ella hacía también. En todo el tiempo que llevaban tratándose, nunca la había defraudado.

Y sabía que no lo haría ahora.

Le correspondió al beso con la misma pasión que él. Desconectó su mente, olvidando todo salvo ellos dos, juntos en aquella habitación. No había tesoro que encontrar, ni collar que robar, ni amigas a las que dar explicaciones, ni compromisos concertados.

Era Percy y Noah, y el calor que amenazaba con consumir a ambos.

Su rodilla le separó las piernas ligerísimamente, y ella sintió el impulso de inclinarse y mecerse contra él; sus manos, amasando su espalda, solo lograban que le ardiera su cuerpo desde donde la tocaba hasta donde su rodilla descansaba.

No pensó cuando desabotonó su chaleco. Cuando le sacó la camisa de los pantalones. Cuando deslizó sus manos bajo la tela y las subió.

Cuando sus dedos encontraron el leve vello que formaba un sendero desde su pecho para desaparecer bajo sus pantalones, la habitación dio vueltas ligeramente. Percy siempre había imaginado que Noah era bastante delgado, lo que hacía que muchos lo consideraran débil. Pero no lo era en absoluto. Su cuerpo estaba formado por músculos fibrosos, cada plano de su abdomen era una cresta bajo sus dedos, su pecho duro pero acogedor al mismo tiempo.

—Percy —gimió contra sus labios, pronunciando su nombre como una oración y una maldición a la vez.

—¿Pasa algo? —preguntó ella, mientras un rayo de confianza la atravesaba e, inclinándose, tomó su lóbulo entre sus dientes.

Él soltó un siseo y ella rió, disfrutando del poder que tenía sobre él.

Se meció ligeramente contra él, poniéndolo a prueba para ver qué haría, y él la sorprendió al rodearla con sus manos y sujetarle las caderas, atrayéndola hacia él de modo que no pudiera moverse, aunque sus dedos se hundían en sus nalgas.

—No puedo dejar de pensar en ti —dijo él, con la respiración agitada, y ella cerró los ojos.

—Yo tengo pensamientos parecidos —admitió—. No sé por qué.

Cuando volvió a abrir los ojos, él sonreía con gesto sombrío.

—¿Eso te inquieta?

—No —respondió sinceramente—. Solo que no lo entiendo. ¿Por qué me haces esto cuando ningún otro hombre lo ha hecho jamás?

—Quizá sean mis gafas —dijo, arqueando una ceja—, o mi aroma a polvorientas bibliotecas viejas.

—No hueles a libros —dijo antes de poder contenerse—, hueles a especias y tinta.

—¿Eso es bueno? —preguntó, con risa en la voz, y ella asintió.

—Diría que sí.

La besó de nuevo, y ella se sorprendió por la reacción de su cuerpo, que se tensó al instante bajo sus dedos.

Él la hacía *sentir* —físicamente, claro, pero era mucho más que eso. Él la hacía sentirse viva, femenina, deseable.

Noah deslizaba sus besos por su mejilla, su cuello, su clavícula, hasta esconder su rostro en la parte superior de su corpiño.

—Sí —susurró ella—, bésame ahí.

Él accedió, y justo cuando ella se preguntó cómo sentiría su boca en su pezón, él liberó uno de sus pechos del vestido y se lo succionó. Ella jadeó cuando la sensación le conectó directamente con el lugar más tierno entre sus piernas.

—Noah —suspiró ella mientras él ocupaba todos sus sentidos—. Más.

Lo necesitaba a él y todo lo que pudiera darle. Sabía que había más, tanto por los libros que había leído como por el anhelo de plenitud que sentía al rozarse contra él, cuando la besaba en el cuello, la boca y la garganta.

Desearía que no hubiera ropa entre ellos, que pudiera sentir su cuerpo contra el suyo.

—Percy, para.

—¿Parar?

No le gustaba esa palabra, especialmente en ese momento, y se echó hacia atrás para decírselo exactamente así, pero pronto comprendió que él no pretendía parar del todo —simplemente se estaba quitando la chaqueta y el chaleco, los dobló y los dejó sobre la cama antes de volverse hacia ella, con los ojos oscuros, entornados, hambrientos.

—Túmbate —dijo con voz ronca, y sus ojos se abrieron de par en par. Noah Rowley iba a hacer el amor con ella.

Había imaginado ese momento de tantas maneras —pero nunca así, nunca con un hombre como él.

Y sin embargo, no estaba segura de si algo podría ser más perfecto.

Percy hizo lo que le pedía, tumbándose en la cama, aunque se apoyó en los codos, demasiado curiosa ante lo que él planeaba hacer como para entregarse por completo. Él la siguió como un cazador tras su presa, subiendo sobre ella, pero no completamente. En lugar de eso, se detuvo, le levantó las faldas y se sumergió debajo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella, sacudida al instante de su lánguida pasión.

—Voy a darte el placer que mereces.

—¿Que merezco?

—El que mereces —reiteró, y tras una breve pausa—. Y el que debo darte.

—Pero…

Su cabeza asomó por encima de las capas de tela.

—¿Confías en mí?

—Sí —respondió sin dudar.

Sonrió raramente al alzar sus manos y quitarse las gafas, dejándolas en la mesa junto a ellos.

—Bien —dijo, y desapareció de su vista una vez más.

Sus manos fueron a sus muslos, separándoselos, manteniéndola abierta para él, y entonces, en la primera caricia de su lengua, todo su cuerpo casi salió disparado de la cama.

—¡Noah! —exclamó, pero cuando él levantó una mano y le puso un dedo sobre los labios, ella se los apretó, aunque no pudo evitar los suaves gemidos que se le escapaban mientras él continuaba. Al principio fue casi demasiado, y se retorció debajo de él, pero comenzó a relajarse —aunque no tardó en generar una intensidad en su interior que era tan increíble que casi se preguntó cómo era posible.

Sucedió tan rápido, tan impetuosamente, que casi lloró. Mientras las sensaciones le inundaban, tuvo que agarrar una almohada y taparse la cara con ella, mordiendo la tela para intentar contener la emoción que se desbordaba por sus labios.

Todavía tenía los ojos cerrados cuando el peso de Noah hundió la cama a su lado, y deseó poder mantenerlos cerrados, pues de repente se sentía demasiado cohibida para mirarlo.

Pero luego él extendió la mano y le acarició la mejilla, girando su cabeza hacia él.

—¿Percy? —preguntó con voz queda—. ¿Estás bien?

No tuvo más remedio que abrir los ojos, y supo que no tenía nada que temer. Su expresión era tranquilizadora y relajada, y se preguntó cómo había pasado tanto tiempo sin apreciar a ese hombre.

—Más que bien —dijo soñadora—. Estoy… flotando.

Él rio suavemente, tumbándose junto a ella, y ella se sentó recuperando su energía poco a poco.

Desabrochó el cuello de su camisa y acarició con los dedos su pecho expuesto, anhelando ver lo que solo había sentido antes.

—Percy… —alzó la mano, cogiendo sus dedos—. ¿Qué estás haciendo?

—Ya has jugado tú —dijo ella con coquetería—, ahora me toca a mí.

Intentó soltar su mano, pero él la sujetó con más firmeza.

—No tienes por qué —dijo, negando con la cabeza, y ella se incorporó para montar sobre sus caderas, empujándolo hacia abajo, con una mano en su pecho.

—Lo sé —replicó—, pero lo deseo.

Entonces él se recostó, cruzando los brazos bajo su nuca, entregándose a ella.

Ella sonrió pícaramente. En ese momento, él era solo suyo.

E iba a aprovecharlo al máximo.

Capítulo Diecisiete

Noah había vivido este momento en sus fantasías, pero nunca había sido lo bastante ingenuo como para pensar que pudiera hacerse realidad.

La mujer de sus sueños estaba encima de él, haciendo lo que quería con él. Sabía que debía decirle que parase, que era una joven soltera que debía mantener su inocencia, pero no fue capaz de hacerlo.

Además de eso, ella parecía estar disfrutando.

Cerró los ojos, perdiéndose en la sensación de los dedos de ella sobre su pecho. Pronto la siguieron sus labios, presionándolos contra su boca antes de pasar a su oreja, a su cuello, y entonces ella le quitó la camisa. Él la ayudó, sacando los brazos, antes de desplomarse de nuevo en la cama mientras ella lo besaba de arriba abajo, dejando la piel de gallina a su paso.

Cuando ella llegó a la bragueta de sus calzones, él levantó las manos, no estaba seguro de si para apartarla o para ayudarla, pero ella las apartó de un manotazo y se puso manos a la obra ella misma, desabrochándolos y deslizándolos por sus piernas.

Se detuvo, incorporándose un momento, y cuando él abrió los ojos, ella lo estaba mirando, con la vista clavada en su miembro antes de tender la mano y pasar los dedos lentamente sobre su carne. Le costó todo su autocontrol no correrse con solo su tacto.

—Percy —suplicó él, aunque no estaba del todo seguro de qué pedía. Entonces ella cambió de posición, bajando por su cuerpo, e

inclinó la cabeza, rodeándolo con sus labios y moviéndose de arriba abajo. Él gimió, y ella se incorporó rápidamente.

—¿Está bien así? —preguntó, y él solo pudo asentir, incapaz ya de articular palabras coherentes. Se dio cuenta de que ella no estaba segura, así que bajó la mano y le movió la cabeza con suavidad para enseñarle qué hacer.

Aprendía rápido, y no pasó mucho tiempo hasta que empezó a moverse por su cuenta, pasando la lengua sobre él mientras subía y bajaba.

Intentó por todos los medios contenerse, pero su respuesta lo abrumó, y no tardó en sentir que el clímax aumentaba en su interior.

—Percy —jadeó—. Percy, para, me voy a correr.

Sin embargo, ella no paró. No hizo sino intensificar sus esfuerzos, hasta que él no pudo aguantar más y se corrió en su boca. Los dedos de ella se clavaron en sus muslos, sujetándolo hasta que terminó, y cuando se incorporó, tenía las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes.

—Lo siento —dijo él, ganándose un manotazo en el pecho.

—¿Por qué? ¿Por permitirme hacer lo que quería?

—¿Sí? —No estaba seguro de cuál era la respuesta correcta, pero en ese momento le pareció mejor darle la razón.

—Noah, creo que nunca me he sentido tan viva —dijo ella, con el aspecto de una diosa mientras permanecía sentada, con el pelo ahora casi todo suelto sobre sus hombros, brillando a la luz de la lámpara—. ¿Puedo decirte algo?

—Lo que sea.

—No puedo esperar a que volvamos a hacerlo.

* * *

Noah apenas podía contener el entusiasmo en su paso mientras caminaba hacia la casa de la familia de Percy al día siguiente. Debería estar agotado, teniendo en cuenta que solo había dormido unas pocas horas, pero, en cambio, se sentía revigorizado por la

mujer más perfecta que había conocido, quien parecía, contra todo pensamiento racional, desearle.

Por mucho que no hubiera deseado nada más que mantenerla en su cama el resto de la noche, abrazarla y decirle todo lo que admiraba de ella, todo lo que quería hacerle, el pensamiento racional había prevalecido y la había acompañado a casa después de vestirse, con cuidado de mantenerle la capucha puesta y echada sobre el rostro para evitar que nadie pudiera identificarlos en el camino de vuelta. Ella se había colado en su casa por una ventana, y él esperaba que hubiera llegado a su aposento sin que nadie se percatara.

Hoy debían devolverle el collar a Mrs. Compton, pero casi se había olvidado de su misión, tan concentrado estaba en la propia Percy.

Levantó la mano para llamar a la puerta, pero ella la abrió antes de que pudiera golpear ni una sola vez.

—¡Noah! —dijo ella alegremente; demasiado alegremente—. Aquí estás.

—¿Todo bien? —preguntó él, y ella asintió, aunque su sonrisa no llegaba a sus ojos.

—Sí, por supuesto. Mi doncella nos acompañará esta mañana.

Comenzaron el corto paseo hasta la casa de Mrs. Compton, con un silencio tenso extendiéndose de pronto entre ellos.

—Sobre lo de anoche... —empezó él, pero ella levantó una mano para detenerlo.

—Fue maravilloso —dijo ella, con una sonrisa cálida y sincera ahora—. Gracias.

Eso parecía ser todo lo que deseaba decir sobre el tema, así que él volvió al asunto que tenían entre manos, alzando la caja que llevaba.

—¿Cómo le explicaremos esto a Mrs. Compton?

Ella inclinó la cabeza hacia un lado.

—Por lo que he visto de esa mujer, sugiero que le digamos la verdad.

Él no estaba seguro de admitir su robo, pero siguió el ejemplo de Percy cuando ella llamó a la puerta y el mayordomo les permitió

entrar. Mientras esperaban a Mrs. Compton, Noah aprovechó la oportunidad para deambular por la habitación, estudiando los numerosos artefactos que se alineaban en las estanterías.

Estaba interesado, sí, pero también sabía que, si pasaba demasiado tiempo sentado junto a Percy, podría verse inclinado a hacer algo que no debía, como reclamarla como suya.

Habían compartido una noche de pasión, pero eso no significaba que ella estuviera dispuesta a dejar su vida y lo que se esperaba de ella para estar con un hombre como él. Ella había dejado muy claro que estaba interesada en un hombre poderoso —en más sentidos que solo el físico—, una descripción que él no cumplía.

—Lady Persephone y el señor Rowley.

Noah se dio la vuelta cuando Mrs. Compton entró en la habitación con paso firme, con su bata flotando tras ella y su cabello negro con mechas grises recogido en lo alto de la cabeza como una corona.

—Qué agradable que me visitéis de nuevo. —Hizo una pausa—. Señor Rowley, tiene usted un aspecto excelente.

Percy radiaba de evidente orgullo. Noah se estremeció ligeramente ante el recordatorio de que Percy solo se había interesado en él desde que había recreado su imagen para convertirlo en un hombre a su gusto. —Verdad que sí, ¿no cree?

—Lamento que nuestra última conversación terminara de una manera tan triste.

Percy se puso en pie, entrelazando las manos, claramente emocionada por compartir sus noticias con Mrs. Compton. —Resulta que hemos venido a arreglar eso.

—¿A qué se refiere? —preguntó Mrs. Compton, sentándose junto a Percy en el sofá, mientras Noah permanecía de pie junto a la ventana, con las manos entrelazadas a la espalda.

—Después de marcharnos, decidimos que queríamos enmendar la injusticia que se había cometido con usted —dijo Percy, haciendo que Noah enarcara una ceja. Obviamente, Percy no iba a compartir la verdad *entera*—. Poco después estuvimos en un evento y vimos a una mujer que llevaba un collar que estábamos seguros de que era vuestro.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Mrs. Compton, poniéndose en pie ahora.

—No importa —dijo Percy apresuradamente, y Noah agradeció que considerara oportuno proteger a Mrs. MacNall—. Le fue entregado. Sin embargo, sabíamos que no le pertenecía legítimamente, así que...

Percy alargó la mano, cogiendo la caja de la mesa donde la habían dejado. Se la tendió a Mrs. Compton.

—Lo hemos recuperado para usted.

Mrs. Compton alargó las manos, que le temblaban ligeramente mientras abría la caja, y soltó un jadeo al ver el collar en su interior, pasando los dedos sobre él.

—Mis rubíes —dijo, mirándolos con los labios entreabiertos por la sorpresa—. Pero ¿cómo...?

—No importa cómo —dijo Percy, negando ligeramente con la cabeza—. Solo me alegra que hayamos podido devolvérselos.

—Gracias —dijo Mrs. Compton, bajando la mirada mientras parecía sentirse abrumada por la emoción—. Muchísimas gracias. Estos son especiales para mí por muchas razones. Han estado en mi familia durante años, por supuesto, y encierran mucha historia. También son muy valiosos. Pero más que eso, ellos...

Se detuvo, negando con la cabeza, dándose cuenta de pronto de que, tal vez, estaba diciendo demasiado.

—Gozamos de la confianza de Cassandra —dijo Percy con suavidad, poniendo la mano en el brazo de Mrs. Compton mientras esta volvía a sentarse.

—Me los entregaron con instrucciones claras —dijo en voz baja —. Debía mantenerlos siempre en mi poder, nunca venderlos ni regalarlos. Nunca se aclaró por qué, solo que era importante mantenerlos a salvo.

Percy miró a Noah, que negó con la cabeza. Podía entender el deseo de Percy de compartir con Mrs. Compton la historia de su propia familia, pero no era su lugar hacerlo. Debía venir de su sobrina y su sobrino.

—Me alegra que hayamos podido devolverlos —dijo Percy—. Son hermosos.

—Aunque quizás debería considerar, precisamente, cómo fueron robados —dijo Noah pragmáticamente—. ¿Puede confiar en todos los miembros de su casa?

—Eso espero —dijo Mrs. Compton, aunque parecía preocupada. Percy lanzó a Noah una mirada de disgusto, como si no le gustara que cuestionara al servicio doméstico de la mujer pero, en todo caso, concluir quién era el culpable podría evitar que los robaran de nuevo.

Él captó la mirada intuitiva de Mrs. Compton entre ellos y se dio cuenta de que ella había percibido la conversación silenciosa que mantenían. Su mirada se tornó especulativa.

—Venid —dijo ella, y unos hoyuelos aparecieron en sus mejillas —. Tengo algo que me gustaría enseñaros.

Con un frufrú de sus faldas y el chal que llevaba sobre los hombros, salió de la habitación, y a Percy y Noah no les quedó más remedio que seguirla por el pasillo y subir las escaleras. Noah se hizo a un lado para dejar que Percy pasara delante de él, cerrando los ojos y deleitándose con su aroma cuando ella pasó flotando a su lado.

Cuando Mrs. Compton entró en lo que parecía ser un dormitorio, Noah se detuvo.

—No estoy seguro de que yo...

—Venid —dijo ella, haciéndole un gesto para que avanzara—. No tengo secretos que ocultar.

Entró en la habitación con vacilación, sin pasar del umbral, mientras Percy seguía a la mujer con gesto divertido. Mrs. Compton abrió un cajón de su armario y sacó una suave bolsa de terciopelo.

—Quiero que sepas cuánto agradezco que me hayáis devuelto mi collar —dijo, posando la bolsa en la cama antes de levantarla para depositar su contenido sobre la colcha—. Me gustaría que tuvierais estos.

Mostró un par de anillos de oro, entregándole el más ancho y grueso a Noah y el otro, a juego y más fino, a Percy.

Percy sostuvo el suyo en la palma de la mano, mirando a Mrs. Compton con sorpresa. —Gracias, señora Compton. Estamos verdaderamente honrados, pero no podemos aceptar esto —dijo

negando con la cabeza e intentando devolvérselos, pero Mrs. Compton levantó las manos.

—Bajadlos abajo —dijo, señalando la puerta—. Os contaré una historia, pero el joven no se siente cómodo en el dormitorio de una anciana.

Se rió al pasar a su lado, Percy sonriendo con ella, y muy pronto regresaron al salón. Noah mantuvo el anillo apretado en el puño, sin saber muy bien qué debía hacer con él. Supuso que lo mejor era simplemente seguir el ejemplo de Percy, ya que ella parecía tener un conocimiento mucho mayor de las convenciones en tales situaciones.

—Ahora —dijo Mrs. Compton, acomodando sus vibrantes faldas alrededor de sus piernas mientras una doncella dejaba una bandeja de té sobre la mesa—. Dejadme que os hable de estos anillos. Mi marido, como probablemente sepáis, era comerciante. Era acomodado, pero no de sangre noble. Mi padre había elegido a otro hombre para que me casara con él. Era un tipo bastante decente, pero no me despertaba ningún gran sentimiento. No como mi Robert. —Sonrió con nostalgia—. Solía escaparme de casa por la noche para reunirme con Robert en el jardín que había detrás de nuestra casa de Londres. Él estaba en el Parlamento, ya veis, así que pasaba mucho tiempo en Londres. Mi padre nunca lo supo.

Percy se inclinaba hacia delante, pendiente de cada palabra del romántico relato. —¿Dónde os conocisteis? —preguntó.

—Nos conocimos en Vauxhall —dijo Mrs. Compton con una sonrisa—. Me había perdido en los jardines y él fue mi salvador. En fin —continuó, agitando una mano—, nos escapamos para casarnos cuando mi padre no accedió inmediatamente a la boda. ¿Podéis creer que fuimos hasta Gretna Green? —Se rió entre dientes—. Robert compró los anillos antes incluso de saber que me casaría con él. Hizo grabar en ellos el signo del infinito y dijo que siempre nos recordarían que nuestras almas estarían entrelazadas, sin importar lo que nos ocurriera o con quién me casara yo. —Los miró—. Me gustaría que los tuvierais vosotros, de verdad.

Los ojos de Percy brillaban mientras parpadeaba para contener las lágrimas que parecían estar a punto de desbordarse. —Nunca podríamos —dijo—. Significan mucho para usted.

—Así es —respondió Mrs. Compton—. Y por eso creo que deben ir a parar a manos de otros, como recordatorio de lo que tenéis juntos.

—Oh, pero nosotros... —Percy lanzó una mirada a Noah.

Él tensó la mandíbula. Sabía lo que iba a decir. Que no estaban juntos, que no eran pareja y que nunca lo serían. Lo entendía y estaba de acuerdo con ella. No debían aceptar esos anillos. Pero entonces notó la expresión de Mrs. Compton, tan llena de esperanza.

Percy debió de darse cuenta de lo mismo, pues agachó la cabeza. —Gracias —dijo simplemente.

Cuando hubieron salido de la casa, prometiendo volver a visitarla antes de partir de Bath, Noah la miró.

—¿Qué harás con el anillo? —preguntó.

—Llevarlo, supongo —dijo ella, mostrándolo—. Sin embargo, parece que no me entra en el dedo.

—Trae —dijo él al verla luchar una vez más por deslizarlo. —Déjame a mí.

Le quitó el anillo, sosteniéndole la mano entre las suyas mientras le colocaba el anillo en el dedo anular, girándolo lo justo para que se deslizara hasta donde debía estar.

—Ya está —dijo, soltándole la mano a regañadientes, y ella se volvió a poner el guante por encima. —A medida.

Él se puso el anillo en su propio dedo.

—¿Te quedarás con el tuyo, entonces? —preguntó ella, mirándolo desde debajo de sus largas pestañas.

—He pensado que mi dedo era el mejor lugar para no perderlo —dijo él con brusquedad. No quería decirlo, pero sabía sin ninguna duda que nunca se desprendería del anillo, siendo como era un vínculo con el que llevaba Percy—. Dime qué decides hacer con el tuyo, no obstante, pues deberían estar juntos.

—Estoy de acuerdo —dijo ella en voz baja mientras reemprendían la caminata de regreso a la casa. Noah deseó poder inclinarse más hacia ella, al menos tomar su mano —aunque no significara nada para ella—, pero su doncella los seguía de cerca y él no quería arriesgarse a nada que pudiera meter a Percy en algún

tipo de problema o que la obligara a aceptar una promesa que ella no quisiera cumplir.

La acompañó hasta los escalones de la entrada de la casa, pero ella se volvió hacia él antes de llegar al rellano.

—Gracias, Noah —dijo, con los ojos moviéndose de un lado a otro tras él, y él frunció el ceño. ¿Estaba intentando librarse de él tan rápido? ¿Acaso no quería que la vieran con él? —Te agradezco... todo.

—¡Persephone! —llegó un grito desde el interior mientras la puerta se abría, revelando a su madre—. Ahí estás. ¿Dónde has estado? ¡Nuestros invitados llegaron hace más de una hora!

Su madre ni siquiera lo había visto. Percy le dedicó una última sonrisa —¿de arrepentimiento, tal vez?— antes de que la puerta se cerrara tras ella.

Dejando a Noah preguntándose si esa sería la última vez que la vería.

Capítulo Dieciocho

Percy sabía que no debería haber salido de casa. No después de la petición de sus padres. Pero no había podido resistirse a la oportunidad de ver a Noah y terminar esta búsqueda que habían comenzado juntos. Había tenido la esperanza de sentirse aliviada ahora que habían encontrado la pista y devuelto el collar, pero, en cambio, estaba más inquieta que nunca.

Y el mayor motivo de esa inquietud estaba de pie frente a ella.

—Lord Stephen, es un placer veros —dijo ella, a pesar de no estar siendo del todo sincera. Cuando su madre le había comunicado que Lord Stephen había venido a visitarla, sinceramente había esperado no estar presente para recibirlo.

—Y a vos, Lady Persephone.

—Lady Percy está bien —dijo ella, a quien no le gustaba cómo sonaba su nombre completo en boca de aquel hombre. De algún modo, no había sonado tan desagradable cuando había salido de los labios de Noah.

—Muy bien —dijo él, con los ojos iluminados, y ella se dio cuenta de que le había dado una impresión equivocada, pues ahora él creía que lo estaba invitando a ser mucho más familiar con ella.

Miró a su alrededor en el salón, desconcertada al darse cuenta de que su padre también estaba allí. ¿Por qué estaban allí sus padres, así como los de Lord Stephen? El estómago empezó a revolvérsele y trató de pensar en una forma de escapar de aquello. Sabía que tendría que ser más directa a la hora de rechazar sus

pretensiones —al menos hasta estar segura—, pero hacerlo delante de ambas familias solo traería la deshonra para todos.

—¿Deberíamos ir a dar un paseo? —preguntó, entrelazando las manos—. Hace un día precioso. Yo misma acabo de estar fuera y...

—Hay algo que nos gustaría discutir primero —intervino su padre —. Quizá deberías sentarte, Percy.

Por desgracia, el único asiento libre era el que estaba al lado de Lord Stephen en el sofá; se sentó, pero intentó mantener la distancia, incluso cuando él parecía acercarse cada vez más. Se le erizó la piel ante la formalidad que impregnaba la habitación, y deseó con todas sus fuerzas estar en cualquier otro lugar, aunque si tuviera que elegir, estaría con Noah. Él solía ser silencioso y contemplativo, pero con él no había inquietud. Solo seguridad. Él era... su hogar.

—Lord Stephen y yo hemos tenido una conversación excelente hace un rato —dijo su padre, cruzando una pierna sobre la otra y yendo directo al grano—. Me ha pedido vuestra mano. He accedido.

El tiempo pareció detenerse mientras todos permanecían allí sentados, mirándola con una fijeza tan desconcertante como la de las figuras de cera que había visto en el museo de Madame Tussaud. Finalmente, se dio cuenta de que esperaban que dijera algo.

—¿Mi... mano? —logró decir. La mano que en ese momento estaba cubierta por un guante, pero que lucía un anillo a juego con el de Noah. Parecía unirlos, a pesar de ser solo un objeto material.

—En matrimonio —concluyó su padre, como si ella pudiera haberlo entendido mal.

—Ya veo —dijo ella, deseando con todas sus fuerzas que su padre hubiera discutido aquello con ella a solas, sin Lord Stephen y sus padres presentes. Lanzó una mirada a su madre, que le había prometido que tendría voz y voto en la elección de su marido, pero ella se limitó a encogerse de hombros de forma casi imperceptible, con una mirada de lástima. Parecía que no había podido estirar más la paciencia de su padre.

—Es... de lo más halagador —dijo ella, con una voz que casi llega al chirrido.

—Lo es, ¿verdad? —dijo su padre con una mirada que obviamente pretendía convencerla de que aceptara—. Les he dicho a él y a su padre que estaríamos muy interesados en una unión tan complementaria. Os conocéis desde hace mucho.

Percy se removió inquieta en el sofá mientras Lord Stephen se inclinaba hacia ella. Realmente era apuesto. Tenía una mandíbula cincelada, un cabello oscuro que le caía sobre la frente de la manera más favorecedora, ojos oscuros y una figura que habría rivalizado con la de Hércules.

Pensó en lo que ella y Noah habían hecho juntos, en cómo habían explorado sus cuerpos, en cómo él la había hecho sentir como si la tierra entera temblara con su contacto. Cerró los ojos, intentando imaginar el rostro de Lord Stephen, sus manos haciéndole aquello... y se estremeció.

No se dio cuenta de que lo había hecho de forma visible hasta que miró alrededor de la habitación y vio la preocupación de su madre, el enfado de su padre, la confusión de lord y lady Lecher y la molestia de Lord Stephen.

Tragó saliva con dificultad.

—Debéis comprender que agradezco enormemente este ofrecimiento, de verdad. Sin embargo, es una decisión que cambia la vida, y me pregunto si podría tener unos días para reflexionar sobre ello. —Su padre empezó a hablar y ella le puso una mano en el brazo para intentar aplacarlo, a él y a todos los demás en la habitación—. ¿Quizá mientras tanto, Lord Stephen y yo podríamos pasar algún tiempo juntos para conocernos y ver si somos compatibles?

Esbozó la sonrisa que siempre le había funcionado con su padre. Era un hombre duro para la mayoría, pero en el fondo tenía una debilidad por ella que intentaba no mostrar ante nadie más.

Él frunció el ceño, pero miró a lord Lecher.

—¿Os parece bien, Lecher?

Al vizconde no parecía hacerle mucha gracia, pero como el padre de Percy le superaba en rango y probablemente estaba muy interesado en que su familia adquiriera su cuantiosa dote, asintió con rigidez.

—Muy bien.

La familia se puso en pie antes de marcharse, y Percy deseó poder escabullirse también por la puerta y salir corriendo. Se quedó tan quieta como pudo, mirando por la ventana, aunque sentía un hormigueo en la espalda al notar que sus padres esperaban.

—¿Y bien? —dijo su padre, y ella se dio la vuelta lentamente, encontrándolo allí de pie con los brazos cruzados—. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

—Padre, agradezco que intentes buscarme un buen partido, de verdad —dijo ella, dirigiendo la mirada hacia su madre en busca de ayuda, pero esta se mantenía a un lado, con la cabeza ligeramente inclinada—. Sin embargo, pensé que yo tendría algo que decir sobre a quién elijo como esposo. Quizá si lo hubieras discutido conmigo a solas, antes de...

—Basta —gruñó su padre, y ella dio un respingo, aunque su tono no fue alto, sino más bien gélido. Su padre no era dado a mostrar emociones, pero parecía que en esto estaba decidido—. Dije que podrías opinar, pero eso fue hace dos temporadas. No solo sigues soltera, sino que no has mostrado interés por ningún hombre. ¿Qué vas a hacer, pasar el resto de tu vida viviendo con tu hermano?

Ella ladeó la cabeza.

—Bueno, si él me lo permite, entonces...

Su padre resopló.

—Tu hermano necesita encontrar una esposa propia, y tendrá pocas posibilidades si tiene a otra mujer viviendo en su casa. Especialmente a una mujer como tú.

—¿Una mujer como yo? —repitió ella, mientras un dolor empezaba a asomar en su pecho.

—Una mujer como tú, sí —dijo su padre—. Una que dice lo que piensa, que no conoce su lugar, que es impertinente y desafía lo que se espera de ella.

Ahora estaba acalorado, y Percy sabía que era mejor no seguir presionándolo, pero sus palabras la hirieron profundamente. Había pensado que su padre siempre estaría ahí para ella, que tenían un vínculo más fuerte que las expectativas que la sociedad les imponía.

—Harold —dijo su madre en voz baja, intentando detenerlo, pero eso solo le valió su ira.

—Es culpa tuya —dijo él, señalando ahora a su madre—. Has sido demasiado indulgente con ella.

Su madre levantó la barbilla y dio un paso al frente.

—¿Le has preguntado a Percy si está interesada en algún *otro* hombre? —dijo, volviéndose hacia Percy y moviendo la barbilla hacia delante para animarla.

Percy se mordió el labio con inquietud. Su madre no podía referirse a Noah... ¿verdad? Sin embargo, él la había visitado unas cuantas veces, y cuando habían coincidido en eventos sociales, Percy había pasado más tiempo con él que con cualquier otro hombre. Estaba segura de que eso no le habría pasado inadvertido a su madre.

—Yo... tengo cierto interés, sí —dijo lentamente, y su padre la miró fijamente.

—¿Él corresponde a ese interés?

Percy estuvo a punto de decir que sí, pero se detuvo. Había dado por sentado que Noah sentía algo por ella por la forma en que se había comportado, pero no sabía qué era ese algo. ¿Era amistad? ¿Deseo? No podía estar segura.

—No estoy del todo segura —dijo con sinceridad.

—¿De quién se trata?

—No me gustaría decirlo hasta que no sepa qué siente él a su vez —dijo ella, y su padre suspiró, agitando la mano hacia ella, aparentemente dándose por vencido.

—Haz lo que debas. Necesito una respuesta en dos días. Mientras tanto, pasa algún tiempo con Lord Stephen. Es un buen hombre, de buena familia. Creo, Percy, que si te abres a la posibilidad, podrías llevarte una grata sorpresa.

—Y es tan guapo —añadió su madre.

Con una última sacudida de cabeza, su padre salió de la habitación.

Su madre se volvió hacia ella con una ceja levantada, ocupó el lugar de Lord Stephen en el sofá y dio unas palmaditas en el cojín a su lado.

—Ven, siéntate y háblame del señor Rowley.

—No hay mucho que contar —dijo Percy encogiéndose de hombros mientras hacía lo que su madre le pedía—. Hemos pasado tiempo juntos y disfruto de su compañía. Sin embargo, aunque él estuviera interesado en iniciar un romance conmigo —lo cual, pensaría yo, ya habría expresado para estas alturas—, es un segundo hijo, alguien que se pasa los días con la nariz metida en los libros, rebuscando entre cartas y diarios antiguos. No me imagino a Padre dándole su aprobación.

—Tal vez no —dijo su madre pensativa—, pero nunca se sabe. Tal vez te sorprendería. Creo que parte de la nueva insistencia de tu padre en tu matrimonio nace de su preocupación por que no estés protegida.

—Siempre encontraré mi camino —dijo Percy, irguiéndose todo lo que pudo.

—Lo sé —dijo su madre, acariciándole la mano—. Pero a los dos nos gustaría asegurarnos de que estás cuidada. Nadie debería estar solo, Percy.

Con un apretón en la mano de Percy, se levantó y salió de la habitación, dejando a su hija considerando su futuro.

Siempre había considerado a Noah un amigo, y cuando practicaron el flirteo, ella se había vuelto más consciente de él que nunca. En retrospectiva, no había sido el coqueteo lo que lo había hecho atractivo para ella, ni siquiera su cambio de aspecto. Eso solo había hecho que se *fijara* en él, y una vez que lo hizo, le gustó lo que vio. No era para nada lo que ella creía buscar en un hombre, pero se había dado cuenta de que le gustaba el hecho de que fuera introspectivo, de que pusiera a los demás por delante y de que evaluara cuidadosamente cada situación. Era cálido, seguro y constante, y sabía que siempre podría contar con él, algo que no podía decirse de la mayoría de la gente.

¿Pero era suficiente para construir una vida juntos? ¿Y qué tendría él que decir al respecto?

Una decisión podía cambiarlo todo.

Pero antes de dar aquel paso adelante, había una pregunta que necesitaba respuesta.

Si Noah sentía algo por ella.

Capítulo Diecinueve

Noah estaba sentado a la mesa del desayuno, abriendo el periódico que tenía ante sí. Se había convertido en su costumbre leer las noticias del día con la primera comida, y después continuaba con sus investigaciones. Disfrutaba de esta vida, de esta rutina. Podía imaginarse un futuro así. Solo faltaba una cosa.

Percy.

Por un momento —solo un momento— se permitió imaginarla despertando a su lado, con el pelo alborotado y una sonrisa de satisfacción, antes de sentarse a la mesa junto a él para empezar el día juntos. Quizás podría haber hijos, si alguna vez tenía tanta suerte. Después él continuaría con su trabajo, haciendo algo que le llenara, durante todo el tiempo que fuera necesario.

Se pasó una mano por la cara, borrando la imagen.

Porque no estaba destinado a ser. Así que no tenía sentido ni siquiera considerarlo.

Él no era el tipo de hombre por el que ella sentía interés. Solo le prestaba atención porque lo había convertido en la sombra de un hombre al que deseaba. Ella no se preocupaba por quién era él en realidad, y eso era todo lo que él quería: una mujer que lo amara por sí mismo.

Sin embargo, eso no cambiaba el hecho de que no podía dejar de pensar en ella, de que se iba a dormir teniéndola en su mente y se despertaba con ella en su corazón.

Suspiró mientras abría su correspondencia, rasgando el primer sello con el abrecartas que sus criados habían colocado a su lado.

—De Ashford —murmuró, enarcando las cejas mientras leía.

—Vaya, quién lo diría —dijo antes de posarla sobre la mesa; su primer pensamiento fue que Percy sin duda estaría interesada en la noticia. Supuso que ella misma se enteraría, no obstante, ya que lo más probable era que la hermana de Ashford le escribiera.

—Aquí estás —dijo su tío mientras entraba en la habitación, sorprendiendo a Noah, pues a esa hora solía haberse marchado ya a trabajar a su banco.

—Aquí estoy —dijo Noah—. ¿Todo bien?

—Todo está perfectamente —dijo su tío—. Quería hablar contigo sobre tu estancia aquí.

—¿Ah, sí? —dijo Noah con cautela, preguntándose si se había quedado más tiempo del debido.

—Sí —su tío asintió—. Hemos disfrutado mucho de tenerte en nuestra casa.

—Gracias —respondió Noah—. Os agradezco todo lo que habéis hecho por mí.

—Me preguntaba qué tal te va con tu trabajo. ¿Necesitas alguna otra presentación?

—Has sido de gran ayuda, tío. Te agradezco mucho todo lo que has hecho al presentarme a tantas familias en Bath y he disfrutado bastante de mi tiempo aquí.

—Me alegra oírlo —respondió su tío, dándole una palmada en el hombro—. Si necesitas una excusa para quedarte aquí y poder seguir cortejando a la joven Holloway, no tienes más que decirlo y yo te ayudaré.

—¿A lady Percy? —dijo él, fingiendo sorpresa—. No la estoy cortejando.

—¿No? —Su tío se recostó en la silla, tomando un sorbo de su café—. Pues me habías engañado.

Noah sacudió la cabeza. —No tengo planes de casarme. Al menos, no con una mujer como Percy.

—¿Por qué no? —preguntó su tío, enarcando una ceja—. Es muy hermosa.

Noah soltó una carcajada carente de humor. —Ese es parte del problema, tío. Es hermosa. Proviene de una familia con buenos contactos. Posee un semblante encantador. Y probablemente venga acompañada de una dote muy cuantiosa, no es que yo esté al tanto de esa información. Soy la última persona con la que ella estaría interesada en casarse, y estoy seguro de que distaría mucho de ser la primera opción de su padre.

Su tío negó con la cabeza. —Eres un buen hombre, Noah. No deberías tenerte en tan poca estima.

—Solo digo la verdad.

—Tienes miedo de que te hagan daño. Ese es el problema.

—Ya he pasado antes por este camino —dijo Noah—. Me prometí a mí mismo no volver.

—¿A qué te refieres?

—A que antes pensaba que me casaría, hasta que la mujer se ofreció a Eric en su lugar.

—Ya veo —dijo su tío, frunciendo el ceño—. ¿Qué hizo tu hermano al respecto?

—Él no se dio cuenta de que yo sentía algo por ella. Flirteó un poco, pero no tenía intenciones serias con ella. Fue suficiente para que me diera cuenta de que yo no significaba nada para ella, y probablemente nunca lo signifique para nadie más. No tengo nada especialmente interesante que ofrecer.

—Te tienes a ti mismo.

Noah resopló. —¿Y de qué sirve eso?

—Eres demasiado duro contigo mismo.

—Soy realista.

—¿Y cuál es tu plan, entonces? ¿Pasar tu vida solo?

—Tengo amigos. Familia.

—Pero no amor —dijo su tío con pesar—. Bueno, hijo, no puedo decirte qué hacer ni cómo vivir tu vida. Puedo decirte, sin embargo, que te arrepentirás de no ir a por lo que quieres..., sobre todo cuando está tan cerca.—Ya lo he intentado antes —dijo Noah, con la mirada perdida en la lejanía—. Estaré bien sin ello.

—Muy bien —dijo su tío con un suspiro mientras se levantaba de la mesa—. Como tú digas.

Noah asintió mientras volvía al plato que tenía delante, a pesar de que había perdido casi todo el apetito.

—Nos vemos esta noche, tío —dijo. Su tío asintió antes de apurar su taza de café.

A Noah le encantaría quedarse aquí en Bath, por muchas razones. Podría pasar más tiempo con Percy, tal vez... o al menos encontrar excusas para estar en la misma habitación que ella de vez en cuando; pero se dio cuenta de que había más en juego. El pensamiento de volver a Londres y empezar de verdad aquel gran proyecto era abrumador. Estaba dudando de sí mismo una vez más, como solía hacer.

Y, decidió, ya estaba harto de eso. Al menos, en este aspecto de su vida.

—Gracias, tío —dijo—. Por todo, de verdad.

—No me des las gracias todavía —dijo su tío, apartándose de la mesa—. Tu tía tiene muchísimos planes para ti con algunas de las jóvenes de Bath. Puede que tengas otra cosa que decirme cuando todo termine.

Se rió de sí mismo mientras se alejaba, y Noah dejó el tenedor y lo siguió fuera. Aquel iba a ser un día interesante, sin duda.

* * *

Percy estaba bastante entusiasmada por el día que tenía por delante. Desde el momento en que había oído que iban a viajar a Bath, se había imaginado cómo sería tomar las aguas.

Ahora por fin lo sabría, aunque tuviera que hacerlo con el parloteo incesante y excitado de sus primas en el oído.

—¿Qué crees que harán? ¿Crees que me dejarán la piel perfecta? —preguntó Rebecca, y Elizabeth sonrió, entrelazando las manos con emoción mientras esperaban en la Pump Room a que les trajeran el agua. La beberían primero, antes de sumergirse. Al parecer, así es como se obtenía el mayor beneficio, y su tía estaba muy interesada en la curación que esperaba que aportara a sus músculos.

—¿Crees que pueden actuar como una poción de amor, haciendo que un hombre se enamore de ti?

—Las aguas no pueden hacer eso, ¿verdad?

—¿Y por qué no? He oído que pueden curar un vientre estéril.

—Entonces sí, debes de tener razón —dijo Rebecca, antes de inclinarse hacia Elizabeth mientras les servían el agua en vasos. Estaba algo turbia, con sedimentos flotando en su interior—. ¿Tienes a algún caballero en mente?

Elizabeth se encogió de hombros con timidez, con un brillo en los ojos. —Cualquiera servirá, por supuesto. Aunque el hombre más codiciado de Bath en este momento es lord Stephen, y Percy ya lo ha reclamado.

—*Todavía* no lo he hecho —intervino Percy con más convicción de la que pretendía expresar, antes de beberse el agua casi de un trago, atragantándose con el sabor. —Uf —dijo mientras sus primas la miraban con los ojos muy abiertos.

—¿A qué sabe? —preguntó Elizabeth.

—Como... —Percy arrugó la nariz mientras buscaba una forma de describirlo—. Como agua en la que se ha cocido un huevo. Con hierro y sal añadidos.

Elizabeth se llevó el vaso a los labios y tomó un pequeño sorbo, arrugando la nariz.

—No es agradable.

—No —asintió Percy.

—Piensa en tu caballero —la instó Rebecca. Elizabeth tomó aire y continuó con el vaso.

—Entonces —dijo Percy con naturalidad, pues en realidad la respuesta no le importaba especialmente, solo estaba conversando —, ¿qué caballero ha despertado tu interés?

—En realidad, Percy, quería hablar contigo sobre eso —dijo Elizabeth, inclinándose—. Se trata de tu amigo, el señor Rowley.

—¿El señor Rowley? —dijo ella, alzando las cejas, molesta por el punzante dolor que sintió en el estómago ante la revelación de Elizabeth—. ¿Por qué tendrías interés en él?

—Bueno, él...

Fue interrumpida, sin embargo, cuando sus madres se unieron a ellas.

—¿Estáis listas para las aguas, jovencitas? —preguntó la madre de Percy, mirándolas a todas, y Percy asintió con determinación. Había estado esperando esta parte.

—Lo estamos.

—Venid, pues, es hora de cambiarse.

Guiaron a las tres jóvenes fuera de la Pump Room y, en poco tiempo, estuvieron vestidas con sus atuendos de baño, cada uno de ellos un largo vestido de algodón de colores oscuros; el de Percy era de un azul noche que le gustaba especialmente, aunque la tela le picaba bastante en la piel.

—Vaya, esto es encantador —dijo Percy cuando llegaron al agua de The Queen's Bath, donde solo se permitía la entrada a mujeres, bajando las escaleras mientras el calor del agua se filtraba en la tela de su camisón y acariciaba su piel.

Estaban rodeadas de columnas y bustos de mármol, y podía comprender el atractivo de pasar el tiempo en un lugar así, aunque su madre le hubiera confesado en secreto antes de salir que no creía que estas aguas hicieran ningún milagro: confiaba mucho más en las aguas del mar. Pero la tía de Percy estaba convencida, así que allí estaban.

Percy se rió cuando sus primas se unieron a ella y sus cabezas asomaron sobre el agua, al igual que las del resto de las damas que salpicaban la pequeña piscina. Percy se impulsó hacia atrás mientras estiraba brazos y pies, aunque el vestido de algodón la pesaba considerablemente.

No pudo evitar que su mente siguiera divagando hacia Noah y el interés de Elizabeth por él. Apenas podía encontrar nada en común entre ellos dos. No es que *ella* y Noah fueran muy parecidos, y se llevaban bastante bien, pero aun así...

—Elizabeth —dijo, remando más cerca de su prima y bajando la voz para que sus madres no la oyeran—, ¿qué estabas diciendo sobre el señor Rowley?

—Oh, solo que su hermano es un conde. Sé que no tengo una cuna lo bastante alta como para cazar a un conde yo misma, pero él

es su hermano, y nunca se sabe lo que podría pasar —dijo, sonriendo soñadora.

—¿Entonces lo quieres porque tiene el potencial de convertirse en conde algún día?

—Bueno, sí —dijo Elizabeth con los ojos muy abiertos ante la idea de que Percy se cuestionara tal cosa—. ¿No es por eso por lo que todo el mundo se casa?

No le faltaba razón y, sin embargo, por alguna razón el pensamiento le causó una gran perturbación a Percy. Quería decirle a Elizabeth exactamente lo que pensaba, que estaba usando a un buen hombre que tenía mucha más profundidad que sus conexiones familiares, pero sabía que si lo cuestionaba, solo atraería la atención sobre sí misma.

—En realidad, Percy, si pudieras decir unas palabras en mi favor...

Percy dejó de escuchar cuando su mirada se detuvo en una mujer al otro lado de la pequeña piscina. La reconoció. El pelo oscuro, el rostro muy maquillado... entonces la mujer se giró y por poco cruza la mirada con ella. La señora MacNall. ¿Qué hacía allí? Bueno, probablemente lo mismo que Percy. No quería que la mujer la viera ni que la cuestionara sobre por qué estaban en el mismo lugar una vez más. Esperaba que la señora MacNall no la recordara, pero no podía arriesgarse, no con su cotilla tía y sus primas cerca. Así que, justo antes de que la señora MacNall la viera, Percy hizo lo único que se le ocurrió: se sumergió bajo el agua.

Capítulo Veinte

—¿Por qué has hecho algo semejante?

Su madre la observaba desde el otro lado del carruaje con expresión incrédula mientras contemplaba a su hija, ahora completamente empapada. Percy se había arreglado lo mejor que había podido, aunque en ese momento echaba mucho de menos a su doncella.

—Ha sido un accidente —dijo Percy, sonriendo débilmente, mientras intentaba peinarse el pelo con los dedos.

—Un accidente —repitió su madre, con evidente escepticismo—. A veces no sé qué pensar, Persephone.

—Hago que tu vida sea interesante —dijo Percy con picardía, y su madre no pudo evitar soltar una leve carcajada.

—Eso, desde luego, no se puede negar —afirmó ella, sacudiendo la cabeza—. ¿Te estabas escondiendo de alguien?

—No —respondió Percy con rapidez; quizá con demasiada rapidez.

—A los baños acude gente de todo tipo —comentó su madre—. Fíjate que hasta he visto allí a una conocida cortesana.

—¿Ah, sí? —dijo Percy con voz estrangulada—. ¿Y cómo sabías que esa mujer era una cortesana?

—Oh, Lord Chamberlain pasea a su Cipria por todas partes. Es una falta de respeto absoluta hacia su esposa.

Percy pensaba que el mero hecho de tener una amante ya era una falta de respeto, pero mantuvo la boca cerrada.

—He oído —continuó su madre, bajando la voz en señal inequívoca de que iba a compartir un cotilleo, a pesar de que no había nadie más en el carruaje que pudiera oírlas— ¡que ella lo ha echado de su alcoba!

—¿De verdad? —preguntó Percy, ahora algo más interesada. Su madre asintió con entusiasmo.

—Sí. Al parecer, él quiso recuperar un regalo para dárselo a otra.

—Qué interesante —dijo Percy pensativa. Por muy inoportuno que les hubiera parecido su encuentro, quizá el azar había jugado a su favor si la señora MacNall creía que Lord Chamberlain había recuperado el collar mientras estaba en sus aposentos. Tendría que decírselo a Noah.

—Y ahora que estamos solas —dijo su madre—, dime qué es lo que te preocupa.

—Nada —contestó Percy, volviendo la cara, pero su madre le leyó el pensamiento de todos modos.

—Persephone.

—Está bien —cedió con un suspiro—. Elizabeth me ha confesado que está interesada en el señor Rowley. Pero solo por su conexión con su hermano, no por quién es él como hombre.

Su madre se inclinó hacia delante, mirándola fijamente.

—¿Has hablado ya con él?

—No.

—Debes hacerlo —dijo, dándole una palmadita en la rodilla—. No querrás arrepentirte, y Lord Lecher se muestra cada vez más persistente en que tú y Lord Stephen deberíais tener un futuro juntos.

—Lo sé —respondió ella, recostándose contra los almohadones del asiento—. Estoy tratando de solucionar esto, madre, de verdad.

—Y lo harás —dijo su madre, antes de soltar una risita y llevarse la mano a la boca como para contenerla—. Aunque no estoy segura de que vayas a conquistar a ningún caballero con ese aspecto.

—¡Madre! —exclamó Percy, abriendo la boca por la sorpresa, pero de inmediato no pudo evitar estallar en carcajadas con ella. Enseguida, ambas reían con tanta fuerza que no podían contenerse,

lo que provocó que el lacayo pusiera una cara de asombro monumental al abrir las puertas del carruaje cuando llegaron.

Percy sabía que era afortunada. Su madre confiaba en que ella tomara la mejor decisión para su futuro.

Ahora solo le faltaba determinar cuál era esa decisión.

* * *

Noah no volvió a ver a Percy hasta una semana después, concretamente cuando llegaron noticias relacionadas con la carta que él había recibido.

Acababa de regresar a casa del trabajo cuando el mayordomo le entregó una tarjeta que había llegado durante el día.

Ashford, Covington y la nueva Lady Covington, la hermana de Ashford, habían llegado a Bath. Y estaban interesados en verlo a él y también a Percy. Estaban tan ansiosos por seguir la siguiente pista de la búsqueda del tesoro que no habían querido esperar a que ellos viajaran a Castleton.

La tarjeta lo invitaba a una cena esa misma noche, lo que probablemente significaba que Lady Percy también asistiría.

No pudo evitar pensar en ella durante todo el día, y esa noche, cuando llamó a la puerta de la casa que Ashford había alquilado, su corazón latía con fuerza contra su pecho.

Lo cual era ridículo, especialmente considerando todo lo que habían pasado y experimentado juntos.

—¡Rowley! —Covington lo saludó con una amplia sonrisa y una palmada en la espalda tras ser conducido al salón. Ashford, algo más reservado que su mejor amigo, le estrechó la mano.

—Gracias por venir —dijo—. Y gracias por todo lo que ha hecho por nosotros.

—No ha sido nada, de verdad —balbuceó Noah, tratando de mantener la compostura, aunque sus ojos se escapaban constantemente hacia el rincón de la habitación donde Percy y Lady Covington estaban sentadas muy juntas. Percy le daba la espalda, pero hablaba con gran animación, moviendo las manos con fluidez.

Se preguntó si le estaría contando a su amiga lo que había sucedido cuando fueron a recuperar el collar y cuántos detalles llegaría a compartir.

Casi se había acercado para unirse a la conversación —algo que ni siquiera se habría planteado un mes atrás— cuando otra persona entró en la estancia y sus ojos se abrieron de par en par ante su presencia.

—¿Eric? —dijo cuando su hermano lo golpeó en la espalda con entusiasmo—. ¿Qué haces tú aquí?

—¡No podía dejar que mi hermano se llevara toda la diversión! —exclamó Eric con una carcajada. Él era todo lo que Noah no era: amable, optimista, el alma de la fiesta allá donde fuera. La razón misma por la que Leticia lo había elegido a él—. Cuando me enteré de que habéis resuelto este enigma, ¡y que incluso habías robado un collar!, no pude evitar venir a ver si era cierto.

—Es cierto.

Se giraron ante la voz femenina y vieron que Percy y Lady Covington se habían acercado para unirse al grupo. Percy miró a Noah con un brillo especial en los ojos.

—El señor Rowley se ha convertido en todo un aventurero.

—¿Quién lo hubiera dicho? —comentó Eric, entrecerrando los ojos mientras observaba a Noah. Hizo una pausa—. Estás... diferente.

Noah se encogió de hombros, dando un sorbo al escocés que Ashford le había pasado. —¿En qué sentido?

—El pelo, la cara... ¿Por fin has decidido seguir alguno de los consejos que te llevo dando todos estos años?

—He hecho un cambio —murmuró Noah—. No es nada del otro mundo.

—Formaba parte de nuestra misión —intervino Percy—. Tenía que encandilar a una mujer.

—¿De verdad? —dijo Eric, de repente muy intrigado, y Noah deseó que Percy no hubiera dicho nada. Su hermano y él podían ser los mejores amigos del mundo, pero seguían siendo hermanos, lo que significaba que a Eric le encantaba descubrir cualquier cosa con la que poder chinchar a Noah—. ¿Y cómo te las arreglaste?

—Bien —dijo Noah, lanzando una mirada a Percy con la esperanza de que entendiera que debía cambiar de tema.

—Mucho más que bien —añadió ella, bien ignorando sus señales, bien decidiendo seguir adelante de todos modos—. Fue invitado a la casa de la mujer.

—Cuéntanos más —pidió Eric, inclinándose con curiosidad.

—No pasó nada —dijo Noah, restándole importancia con un gesto—. Yo lo detuve.

—¿Por qué?

—Porque... no estaba bien —dijo, aunque aquello estaba muy lejos de la realidad.

—Por muy entretenida que sea esta conversación, ¿por qué no pasamos a cenar y discutimos la pista que han descubierto? —propuso Ashford, poniendo fin misericordiosamente a una charla que carecía de toda propiedad.

Lo siguieron al comedor y se sentaron a la mesa mientras los lacayos servían el primer plato. Noah se encontró sentado al lado de Percy, y no estaba seguro de si aquello le alegraba o no.

—Entonces —dijo Ashford mientras todos probaban por primera vez la sopa de tortuga, que era tan espantosa que Noah se preguntó si habrían traído a su cocinero de Castleton—. ¿El collar contenía una pista?

—Sí —respondió Noah, aliviado de volver a hablar de hechos y no de su papel en toda esta historia—. Un pequeño papel con dos palabras escritas: San Sebastián.

Ashford y su hermana intercambiaron una mirada.

—¿Está seguro? —preguntó Ashford, dejando la cuchara, y Noah asintió.

—Sí, pero no estábamos seguros de qué significaba.

—San Sebastián está en la costa norte de España y es de donde es nuestra abuela —explicó Lady Covington—. Nuestro abuelo viajó allí, y allí fue donde se conocieron.

—¿Y qué creen que significa? —preguntó Percy, inclinándose hacia delante con emoción—. ¿Creen que el tesoro podría estar allí?

—O, lo que es más probable, la siguiente pista —dijo Ashford con un suspiro, claramente cansado de esta persecución interminable

que bien podría acabar en nada—. Quienquiera que planeara esta búsqueda, desde luego no lo puso fácil.

—Quizá ese sea el objetivo —observó Noah, frotándose la barbilla, sorprendido de encontrarla aún afeitada—. ¿Podría ser que solo alguien determinado e inteligente debería ser capaz de encontrarlo?

—Tal vez —concedió Ashford ladeando la cabeza—. Supongo que no queda más remedio que viajar hasta allí y ver qué encontramos.

—¿Irás tú, Gideon? —preguntó su hermana, y él suspiró.

—Me gustaría, pero tengo demasiados asuntos urgentes en casa —respondió—. No creo que pudiera marcharme, tengo demasiado que atender. No quiero irme y arriesgarme a que ocurra algo con padre.

—Comprendo —dijo Lady Covington.

—Podrían ir ustedes dos —sugirió Ashford, y el matrimonio intercambió una mirada.

—Me temo que nosotros no podemos —dijo Lady Covington, con una expresión extraña en el rostro.

—¿Por qué no?

—Bueno... —empezó ella despacio, y de repente Percy le sonrió de oreja a oreja.

—Estás encinta, ¿verdad? —preguntó Percy emocionada, y Lady Covington se echó a reír.

—¡Sí! Casi no me lo puedo creer.

—Es maravilloso —dijo Percy—. Enhorabuena.

Todos añadieron sus felicitaciones; la pierna de Noah rozó la de Percy cuando él se inclinó hacia delante. Pudo notar que ella se percataba de su contacto, pero él era consciente de su presencia desde el mismo instante en que se había sentado, así que no era nada nuevo para él.

Al cabo de un rato, el tema volvió al asunto que los ocupaba.

—¿Qué deberíamos hacer con respecto a esta nueva pista? —preguntó Lady Covington.

—Yo iré a España —dijo Eric, sorprendiéndolos a todos.

—¿Tú? —preguntó Noah con una ceja levantada.

—Claro —respondió Eric encogiéndose de hombros—. No tengo nada mejor que hacer y siento que no he sido de mucha ayuda en esta empresa hasta ahora. Ha pasado tiempo desde que hicimos algo atrevido juntos, ¿verdad?

—Te estaría eternamente agradecido —dijo Ashford, pero Eric le restó importancia con un gesto.

—Nunca he estado en España, y sin duda disfrutaré de la oportunidad —afirmó con una sonrisa, y Noah no pasó por alto cómo Percy se giraba hacia él con una amplia sonrisa en el rostro. Odiaba lo celoso que se sentía por recibir tan solo esa pizca de atención de ella. Podría haberse ofrecido voluntario él mismo, pero tenía que regresar a Londres y había hecho promesas a varias familias que les habían ofrecido sus casas. Además, no debería importarle tanto lo que ella pensara de él. ¿Por qué lo estaba volviendo tan necio?

Y además, estaba el hecho de que no creía que fuera la mejor decisión.

—¿Estás seguro de que es lo más acertado? —preguntó Noah—. Los españoles desconfiarán de un inglés, y no olvidemos que la situación con los franceses es impredecible ahora mismo.

—Hablo español —replicó Eric—. Me haré pasar por un lugareño.

—Aun así —dijo Noah dubitativo—, está el viaje, y...

—Noah —dijo Eric, deteniéndolo, aunque no con malos modos—. Por eso me he ofrecido yo y no tú. Esto me entusiasma, no me asusta.

—Dígame, Lord Ferrington —preguntó Percy rompiendo el silencio mientras llegaba el tercer plato—. ¿Qué suele hacer para mantenerse entretenido la mayoría de los días?

Eric se lanzó a responder a su pregunta, claramente encantado de hacerlo, mientras Noah permanecía allí sentado, hirviendo de rabia en silencio pero incapaz de hacer nada al respecto.

Ya había visto esta obra antes. Este era el comienzo del segundo acto, y sabía muy bien cómo terminaría: con la mujer deseando a otro, a cualquier otro que no fuera él, y muy probablemente a su hermano.

Sus sentimientos por esta mujer se estaban volviendo demasiado intensos.

Aquello solo podía acabar con el corazón roto.
Otra vez.

Capítulo Veintiuno

Percy podía notar que Noah estaba cada vez más frustrado, pero no tenía ni idea de por qué. Ella agradecía la oportunidad de saber más sobre su hermano, principalmente porque Lord Ferrington era importante para Noah y le interesaba el contraste entre ambos.

Pero Noah no parecía tan complacido con la conversación. ¿Quizá le preocupaba que ella pudiera enterarse de algo sobre él que no le gustara?

Hacía una semana entera que no lo veía y, lo cierto era que lo echaba de menos, pero no había sido capaz de dar con ninguna razón por la que debieran pasar tiempo juntos. Habían recuperado el collar y encontrado la pista en su interior; ¿qué otro motivo tenía para verlo?

Porque lo deseaba. Esa era la verdad.

No había podido dejar de pensar en sus besos, así como en lo que habían compartido. Él le había mostrado cosas, le había enseñado cosas que le gustaría repetir. No estaba segura en qué clase de mujer la convertía aquello, pero él había despertado algo en su interior que ella no había sido capaz de volver a dormir.

Lo más extraño de todo era que no se trataba solo de lo que habían hecho. Era él. Cuando se imaginaba a cualquier otro —no solo a Lord Stephen, sino a *cualquier* otro hombre— haciendo lo mismo con ella, no sentía nada. Era el propio Noah.

Incluso estar sentada a su lado durante la cena estaba provocando que todo tipo de ideas desfilaran por su mente. Al notar su creciente inquietud, ella alargó la mano y la puso sobre el muslo de él. Noah se sobresaltó ligeramente, pero no la miró y no mostró ningún otro signo externo.

Pero tampoco le quitó la mano.

Ella empezó a deslizarla hacia arriba pulgada a pulgada; la única reacción de él fue la tensión de su mandíbula.

Entonces rozó con los dedos lo que se estaba convirtiendo en un bulto cada vez más grande en sus calzones.

Ahora él dio un respingo visible y un ligero brillo de sudor le brotó en la frente.

Sacudió levemente la cabeza.

Ella sonrió, siguiendo con sus intentos de provocarlo.

Él tragó saliva con dificultad.

Ella le dio un toque con su rodilla contra la de él.

Él le rodeó la mano con la suya en lo que parecía un intento poco entusiasta de obligarla a detenerse.

Ella continuó.

—¿Noah?

Su hermano lo miraba fijamente desde el otro lado de la mesa.

—¿Te encuentras bien? Pareces… acalorado.

—Bien —dijo Noah, aclarándose la garganta y echando mano a su copa de vino—. Perfectamente.

—Te suena la voz forzada. ¿Te estás atragantando?

—Solo es un poco de algo que se me ha quedado en la garganta —. Noah dio un gran sorbo a su bebida.

—Mis disculpas —dijo Ashford desde la cabecera de la mesa—. El cocinero vino muy recomendado, pero quizá algo de la carne no estaba bien. Presentaré una queja.

—No, por favor, no lo hagas por mi culpa —dijo Noah, agitando una mano en el aire, y Percy se apiadó de él y retiró la mano—. Solo ha sido un error por mi parte. Todo está bien.

¿Un error? ¿La estaba llamando a ella «error»?

El resto de la cena transcurrió sin más incidentes y, al poco tiempo, las damas se levantaron para retirarse. Percy habría

preferido que se quedaran todos juntos, pero los caballeros prometieron que se reunirían con ellas pronto.

Las damas se dirigían al salón cuando Percy vio a Noah salir de la habitación tras ellas, bajando por el pasillo hacia lo que parecían ser las puertas del jardín. Ella dio un paso dentro del salón, se disculpó para tomarse un breve respiro y luego lo siguió fuera. Cuando cruzó las puertas hacia el aire refrescante y fresco de la noche, tardó un momento en encontrar a Noah.

—¿Dónde estás? —murmuró hasta que lo encontró en el banco que daba a las pequeñas caballerizas traseras.

—¿Noah? —susurró a la noche, y él se sobresaltó antes de darse la vuelta para mirarla.

—Percy, ¿qué estás haciendo? —preguntó él, con la voz cargada de tensión.

—He venido a ver si todo iba bien.

—No va bien. Gracias a ti —dijo él con brusquedad, y ella no pudo evitar reírse, aunque sentía una punzada de culpa por ser la causa de su situación actual.

—Mis disculpas —dijo ella, dejándose caer a su lado en el banco —. Parece que me he divertido demasiado con la situación.

—Eso parece.

—De verdad que lo siento —dijo ella, apoyándose en él y mirándolo pícaramente por debajo de las pestañas—. ¿Puedo compensarte por ello?

—¿Cómo sugieres hacerlo?

—Se me ocurren varias formas —dijo ella, con los dedos reptando por la cinturilla de él, pero Noah le apartó la mano con un gesto juguetón.

—Así es como hemos llegado a este punto.

—Sí, pero esta vez podría terminarlo.

Él giró la cabeza de un lado a otro. —Estamos en medio de un jardín.

—Sí.

—En un lugar público.

—Sí.

—Cualquiera podría venir por aquí.

—Sigo sin oír ninguna objeción.

Él se incorporó, tomándole las manos entre las suyas.

—Estarías arruinada si nos descubrieran en semejante situación. De hecho, lo estarías incluso si simplemente nos encontraran aquí atrás a solas, si hemos de ser sinceros.

—¿Entonces por qué no hacemos algo para que valga la pena?

Él cerró los ojos y sus labios se movieron como si estuviera rezando una oración.

—Noah —susurró ella, inclinándose hacia él—. Te deseo. Todo entero.

—Eres una joven inocente —dijo él, pero sus labios estaban casi pegados.

—Que no desea ser inocente por más tiempo —continuó ella con picardía, con las manos presionando contra los muslos de él—. ¿Por favor?

Él soltó un suspiro al abrir los ojos. —Aquí no.

A ella le dio un vuelco el corazón. —¿En otro lugar?

—No deberíamos.

—¿Pero…?

—Mis tíos han salido a un evento esta noche. Si deseas… llevar las cosas más lejos, supongo que podríamos colarte en la casa.

Ella dio una palmada de alegría antes de darse cuenta de que estaba pareciendo una jovencita tonta. —Maravilloso —dijo—. ¿Iré a la puerta trasera, entonces?

Él le lanzó una mirada severa. —Iré a buscarte y te acompañaré a la casa.

—Pero…

Él sacudió la cabeza. —No vas a andar sola por las calles de Bath. Sobre todo a altas horas.

—Ya lo he hecho antes.

—Eso fue una temeridad.

Ella enarcó una ceja con elegancia. —Espero que no me estés llamando tonta.

—He dicho que tus actos fueron una temeridad. Aunque, ¿quién soy yo para hablar cuando estoy aceptando esto contigo?

—Será divertido —dijo ella con una sonrisa—. Ya lo verás.

—Eso es lo que me temo —le oyó murmurar mientras ella se levantaba y se alejaba; su intercambio de pullas le daba ligereza a sus pasos.

* * *

Noah era el tonto ahora.

Él y Percy caminaban juntos en un silencio cargado de tensión hacia la casa de sus tíos. Después de que los invitados se hubieran retirado por la noche, él había regresado allí solo, como se esperaba. Eric había querido continuar la juerga en otro lugar, y Noah se había alegrado cuando su hermano se marchó por su cuenta después de que él pusiera la excusa de que necesitaba acostarse temprano.

Eric estaba decepcionado, pero no parecía importarle continuar con el entretenimiento de la velada sin Noah.

Percy lo había estado esperando con una sonrisa entusiasta en el rostro, y Noah se dio cuenta de que no podía rechazarla. No solo no tenía fuerzas para hacerlo, sino que le preocupaba que ella asumiera que algo iba mal con ella si decía que no.

Lo cual estaba muy lejos de la realidad. Suponía que ahora tendría que demostrarle hasta qué punto.

El aire de anticipación entre ellos, uno que parecía estar a punto de saltar chispas, surgió en el momento en que ella salió por la puerta de su casa envuelta en una capa azul marino. Ambos parecían estar esperando con ansias lo que estaba por venir, y Noah se preguntó cómo, una vez que hubieran terminado el uno con el otro, algo podría volver a ser igual.

Abrió la puerta trasera y entró primero para poder mirar de un lado a otro y determinar si quedaba algún sirviente por allí. Le había dado la noche libre a su ayuda de cámara y supuso que solo la doncella de su tía y el ayuda de cámara de su tío estarían esperando a que sus señores regresaran. Al no encontrar a nadie, le hizo una señal a Percy para que entrara, y ella se mantuvo cerca de él mientras subían a toda prisa las escaleras hacia su dormitorio.

Cuando cerró la puerta tras ellos, casi se desplomó contra ella del alivio.

Mientras tanto, Percy estaba casi eufórica mientras prácticamente se abalanzaba sobre él, con los dedos recorriéndole el pecho.

—Lo logramos —dijo con un arrebato de regocijo.

—Así es.

—¿No hace que sea mucho más emocionante saber que podrían pillarnos?

No, desde luego que no. —Supongo.

Ella lo empujó hacia atrás hasta que sus hombros chocaron con la puerta.

—Te he echado de menos esta semana —dijo ella, y él se preguntó cómo una mujer tan vibrante como ella podía echar de menos a un hombre tan aburrido como él en su vida. La miró a los ojos para comprobar que no mentía; tenía las pupilas grandes y oscuras.

—Yo también te he echado de menos —dijo él con voz ronca, acariciándole el pelo y bajando las manos por sus brazos.

—¿Piensas en lo que hicimos juntos? —preguntó ella, rodeándole el cuello con las manos.

—Cada día. Cada noche —dijo él mientras ella le quitaba las gafas, y agradeció que las dejara con cuidado en la mesa junto a la cama.

—No he podido dejar de pensar en ello —dijo ella, inclinándose hacia él, y Noah se detuvo solo un momento. Obviamente, había sido la primera vez que hacía algo de esa naturaleza y él había despertado algo en su interior. Pero era lo bastante sensato para saber que no tenía nada que ver con él, sino más bien con *lo que* le había enseñado.

Debería detenerse ahora, debía asegurarse de que se reservara para su marido.

Entonces ella se puso de puntillas y presionó sus labios contra los de él.

Y él pareció perder toda capacidad de decir que no.

Capítulo Veintidós

Fue como verter aceite sobre un fuego en la cocina. Todo lo que había estado cociéndose a fuego lento, ardiendo despacio, entró en combustión, destruyendo a su paso todas las reservas de Noah. Toda la vacilación que Percy había percibido antes pareció desaparecer cuando él la rodeó por las caderas con las manos y la alzó sobre la alta cama. Sus brazos la envolvieron, estrechándola contra él, como si quisiera mantenerla pegada a su cuerpo para siempre.

Lo cual, en aquel momento, a Percy le parecía más que perfecto.

El beso, que ya parecía cargado de más pasión de la que Percy habría podido imaginar, se volvió aún más profundo, más desesperado, mientras sus lenguas batallaban y sus labios se entregaban al saqueo.

Noah la recostó en la cama; Percy soltó un grito cuando él separó sus labios de los suyos, pero lo perdonó de inmediato en cuanto su lengua empezó a recorrerle la mandíbula, deteniéndose para mordisquearle la oreja antes de seguir bajando por el cuello. Percy se retorcía bajo él, necesitando más y disfrutando a la vez de todo lo que él le estaba haciendo.

Tenía todos los nervios tan a flor de piel que se preguntó cómo iba a sobrevivir a aquello.

Pero estaba más que deseosa de averiguarlo.

Su generosa boca succionó su clavícula y luego descendió por su pecho; sus labios rozaron su pezón a través de la fina tela del soso

vestido que se había puesto para aquel encuentro. No pudo evitar el gemido que escapó de su garganta mientras arqueaba el pecho hacia él, pidiendo más.

Él accedió, aunque no de la manera que ella esperaba. Pasó los brazos alrededor de ella para desabrochar los grandes botones del vestido antes de bajárselo por los hombros, y ella lo ayudó sacando los brazos de las mangas.

Una vez que él apartó el estorbo de su vestido, se echó hacia atrás y se quedó de rodillas mientras la contemplaba con los ojos muy abiertos.

—Percy, eres tan hermosa —dijo con reverencia antes de inclinarse y cubrirle los pechos de besos.

Ella sonrió mientras le tomaba la cabeza entre las manos, deseando que pusiera la boca en su pezón, ya que estaba tan cerca y a la vez tan lejos. Se preguntó si lo estaba ignorando ahora a propósito.

—Eres mejor que en mis sueños —susurró él mientras trazaba un círculo con la lengua alrededor de un pezón; ella arqueó la espalda cuando él sopló sobre él.

—¿Sueñas conmigo? —gimió ella. Él la miró con una sonrisa pícara.

—Todas las noches.

No parecía necesitar una respuesta, pero ella ya no podía contener su necesidad.

—¿Noah?

—¿Sí?

—Por favor, ¿podrías..., podrías...?

No sabía cómo expresar lo que quería, pero él pareció comprenderla.

—Sí. Por supuesto.

Se llevó el pezón a la boca una vez más, y Percy gritó ante la increíble sensación que nació allí y recorrió todo su cuerpo. Él pasó al otro pecho mientras sus dedos acudían a consolar al que acababa de dejar.

Ella le sujetó la cabeza, no queriendo que aquello terminara, pero él no pareció leerle el pensamiento, pues de pronto la abandonó...

hasta que ella se dio cuenta de que solo lo hacía para quitarse la chaqueta y la camisa. Con eso estaba totalmente de acuerdo, pues quería ver más.

Percy no tenía expectativas sobre lo que podría pasar después de esto. No habían hablado del futuro y, por lo que ella sabía, Noah no tenía interés en una esposa —o al menos, en *ella* como esposa—, pero no quería pensar en eso ahora.

Aquello, su unión, se sentía como algo que se había estado gestando durante tanto tiempo que era casi inevitable. Y sabía que no era momento de palabras, que sus cuerpos eran los que estaban hablando.

Noah regresó a su lado y ella no pudo evitar un gruñido de alivio mientras arqueaba las caderas buscando las suyas, sin saber del todo qué estaba haciendo, pero actuando por instinto.

Sus conocimientos, al menos, eran amplios, mucho más que los de la mayoría de las jóvenes inocentes, entre los libros escandalosos que ella y sus amigas leían y las explicaciones susurradas de sus dos amigas casadas.

Estaba a la vez emocionada y aterrorizada.

Noah se inclinó para besarla una vez más, hasta que finalmente se apartó y buscó sus ojos con la mirada. Los suyos estaban casi nublados por el evidente deseo que sentía por ella; sus iris color avellana parecían atravesarle el alma.

—Intentaré ir despacio.

—No lo hagas —dijo ella con firmeza, mientras bajaba las manos para buscar la tapeta de sus calzones y lo ayudaba a deslizarlos por sus piernas.

Percy se incorporó sobre los codos, deleitándose de nuevo con su visión. Su miembro, erguido, parecía más grande que antes, si es que eso era posible.

Estaba listo para ella.

Él le separó las piernas con suavidad y, aunque se sentía no solo vulnerable por estar tan expuesta, sino también nerviosa por lo que estaba por venir, confiaba tanto en él que sus temores se vieron mitigados por la certeza de que él cuidaría de ella.

Noah llevó el pulgar a su centro de placer mientras le introducía un dedo. Percy se sintió avergonzada por lo húmeda que estaba esperándolo, pero a él no pareció importarle, ya que las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba con satisfacción.

—Percy, ¿estás segura? —preguntó con voz ronca—. Di una palabra y pararemos. O cambiaremos.

Ella le escudriñó el rostro y, aunque estaba lleno de la intensa tensión por lo que estaba segura de que él necesitaba, agradeció que estuviera dispuesto a hacer lo que ella deseara. Él había empezado esto por ella, y también lo detendría por ella si así lo decidía.

—Lo estoy —dijo, dándose cuenta de que apenas era capaz de pronunciar las palabras en voz alta por lo cerrada que tenía la garganta debido a la emoción—. ¿Y tú?

—En contra de lo que me dicta el juicio... —dijo él, tomando aire entrecortadamente—, absolutamente.

Se acercó y le depositó un suave beso en los labios.

—Confío en ti, Noah —dijo ella contra su boca—. Muéstrame qué se siente al hacer el amor.

Él asintió, apoyando su frente contra la de ella, y ahora no era tensión lo que había entre ellos, sino pura emoción, lo que la asustaba por lo firmemente que se sentía atrapada en sus garras.

El cuerpo de Noah cubrió el suyo; una de sus manos se extendió sobre su cadera para mantenerla firme. Percy levantó los brazos y se aferró a los fibrosos músculos de sus antebrazos mientras lo esperaba.

Él levantó la cabeza lo justo para mirarla a los ojos y, manteniendo sus miradas entrelazadas, encajó la punta de su miembro en ella, moviéndose muy lentamente. Percy abrió mucho los ojos por la sorpresa de sentirlo dentro, de cómo la ensanchaba.

—Para —dijo ella, y él hizo exactamente lo que le pedía, pero cuando empezó a retirarse, ella negó con la cabeza y subió los brazos hasta sus bíceps para mantenerlo donde estaba—. Solo necesito un momento —dijo, jadeando un poco—. Pero no te vayas a ninguna parte.

Él asintió, esperando, y finalmente Percy volvió a relajarse, adaptándose a su grosor.

—Estoy lista —dijo ella, sonriendo ante su expresión de preocupación, y tuvo que rodearle la espalda con las piernas y atraerlo hacia sí para convencerlo de que volviera a moverse.

Él cerró los ojos mientras se hundía en su interior. —Percy —gimió cuando ella lo rodeó con los brazos, estrechándolo tanto como pudo.

Él empujó las caderas hacia delante y luego hacia atrás, profundizando en ella cada vez más. Percy, que ya no sentía ninguna molestia, gimió ante las sensaciones que la inundaban. Sus libros no la habían preparado del todo para lo que se sentía al hacer esto.

Noah bajó la mano y volvió a acariciarla, y Percy casi saltó de la cama cuando el placer puro la llenó. Con las piernas aún rodeándolo, lo instó a seguir con los talones, y él acompasó sus embestidas a las de ella.

—Noah —oyó que el nombre resonaba en el aire a su alrededor, con un deje de súplica, y tardó un momento en darse cuenta de que salía de su propia boca.

Antes de que se diera cuenta, la dulce promesa de la liberación empezó a manifestarse, mientras todos sus sentidos se concentraban en Noah. Cuando él inclinó la cabeza y succionó con fuerza uno de sus pezones, Percy perdió todo el control y su mundo estalló en mil pedazos. Apenas estaba empezando a recomponerse cuando Noah se retiró de ella antes de terminar sobre la sábana, a su lado.

Cuando terminó, se volvió hacia ella y la atrajo contra su costado mientras suspiraba con satisfacción en su cuello.

—Percy —murmuró mientras la acariciaba con el rostro—, nada..., nadie..., se había sentido tan bien antes.

—¿Me abrazarás un rato? —preguntó ella, odiando el temblor de su voz, pero después de lo que acababan de vivir juntos, sentía la necesidad de estar cerca de él, de saber que aquello tenía algún significado; pues sabía que, pasara lo que pasara en su vida, jamás olvidaría aquello.

—Siempre —dijo él, y su voz retumbó bajo su oreja mientras ella apoyaba la cabeza en su firme pecho.

—¿Lo dices de verdad? —preguntó ella, detestando su vulnerabilidad y lo mucho que había llegado a depender de él.

Él le acarició el pelo con una mano. —Siempre que necesites algo, Percy, sabes que estaré ahí para ti.

Ella asintió, sabiendo que era verdad, aun cuando se preguntaba en qué sentido lo decía él. —Gracias.

No estaba segura de cuánto tiempo estuvieron así tumbados, pero en algún momento debió de quedarse traspuesta, porque lo siguiente que supo fue que Noah le sacudía suavemente el hombro.

—Percy —le susurró al oído—, el sol está empezando a salir.

—¿Qué? —Se incorporó de golpe y miró por la ventana—. Oh, no.

—Será mejor que te lleve a casa antes de que alguien se despierte y te vea.

—No puedo creer que haya dormido tanto.

Pero, oh, se había sentido tan bien estar acurrucada en los brazos de Noah. Puede que no tuviera los hombros tan anchos ni los muslos tan grandes como ella había imaginado que sería su hombre, pero era engañosamente atractivo y tenía una entereza de carácter mayor que la de cualquier hombre que hubiera conocido.

Ahora era el momento de decirle lo que sentía y ver si él le correspondía.

—Noah...

—No lo hagas.

Ella le frunció el ceño mientras se levantaba y empezaba a vestirse.

—Ni siquiera sabes lo que voy a decir.

—Me hago una idea —dijo él, levantándose también y empezando a ponerse la ropa con más agresividad de la que ella habría creído que era capaz—. Sientes que, en este momento, tenemos una cercanía, una ternura, e ibas a decir algo sobre tus sentimientos hacia mí. ¿Me equivoco?

—Supongo que no, tienes razón. —Tragó saliva con dificultad, pues no le gustaba por dónde iba aquello.

—Es solo el momento, Percy. Hemos compartido una intimidad tan profunda como puede haber entre dos personas. Volverás a casa y, dentro de poco, recordarás esto con cariño y nada más.

Percy tuvo que morderse la lengua para no arremeter contra él. Aun así, no se contuvo. ¿Quién era aquel hombre? ¿Dónde estaba el caballero que le había hecho el amor y luego la había abrazado con tanta ternura? —¿Cómo te atreves a decirme lo que siento?

—Ambos deberíamos saber la verdad —dijo él, y ella comprendió entonces el problema: se estaba protegiendo.

—¿Crees que no significas nada para mí?

No respondió. Se situó detrás de ella y empezó a abrocharle el vestido. Ella no protestó, ya que no tenía otra forma de vestirse, pero se sentía demasiado orgullosa para pedírselo en medio de una discusión.

—Sé que significo algo para ti —dijo él en voz baja—. Pero pronto llegará otra persona, alguien mejor, y te alegrarás de no haberte vinculado más a mí.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Sé que es verdad.

La expresión de su rostro era de tal convicción que ella supo que creía plenamente en lo que decía.

—¿Te pasó algo así antes?

Él desvió la mirada. —Tenemos que irnos.

Permitió que él la sacara de la casa a hurtadillas y la acompañara de vuelta a la suya, manteniendo la capucha calada sobre el rostro para que nadie la reconociera. Se quedó bastante sorprendida por la cantidad de gente que ya estaba fuera trabajando a una hora tan temprana.

Llegaron a la puerta trasera de su casa y Noah se dio la vuelta, como dispuesto a marcharse; pero ella no iba a permitir que se fuera tan fácilmente.

Se mantuvo firme frente a él, poniéndole una mano en el pecho. —Noah.

—Percy, tú...

—Es imperativo que me digas la verdad ahora mismo.

Él esperó mientras ella intentaba encontrar las palabras adecuadas.

—Nuestra noche juntos ha sido... tan maravillosa, y la atesoraré para siempre. Me has enseñado más de lo que jamás creí posible, y te estoy muy agradecida. Esta mañana, sin embargo, ha sido inesperada. Debo saber... ¿sientes algo por mí? ¿Sientes lo suficiente como para... bueno, para considerar empezar una vida conmigo?

Contuvo el aliento, odiando el galope de su corazón, pero todo su futuro dependía de su respuesta.

Él parpadeó. —¿Te refieres al matrimonio?

—Sí.

—Yo...

Sin embargo, antes de que pudiera responder, la puerta se abrió de par en par, revelando a su madre de pie en la entrada.

—Persephone Holloway, ¿se puede saber qué haces?

Capítulo Veintitrés

Noah se quedó petrificado, como si fuera un colegial al que hubieran pillado con las manos en la masa.

—¡Madre! —logró responder Percy con tanta alegría que él se preguntó si ella era consciente de la gravedad de su situación actual.

—¿Sabes qué hora es? —dijo su madre—. ¡Una de las doncellas ha entrado a avivar el fuego de tu habitación y sabrás cuál ha sido su sorpresa cuando no te ha encontrado por ninguna parte! Ha despertado a tu doncella, que se lo ha dicho a la mía, que se lo ha dicho al ama de llaves, que...

—Ya me hago una idea —dijo Percy con sequedad—. Ha ido subiendo por la cadena de cotilleos del servicio hasta que alguien te lo ha dicho a ti y ahora toda la casa lo sabe.

—Sí, se podría decir así.

Percy suspiró, frotándose la frente—. ¿Podrías concederme un momento para terminar mi conversación con Noah?

Su madre la miró a ella y luego volvió a mirar a Noah como si hubieran perdido el juicio; lo cual hizo que Noah, a su vez, se preguntara si la que lo había perdido era ella.

—¡Son las seis de la mañana y has estado fuera toda la noche con un hombre que no es de tu familia, mientras que, entretanto, estás prometida con otro!

Noah sintió que toda la sangre se le retiraba de la cabeza mientras Percy se quedaba boquiabierta.

—Madre...

—¿Estás prometida? —preguntó él, manteniendo la voz carente de emoción.

Ella negó con la cabeza de un lado a otro, mirando a Noah suplicante. —No es así. No he aceptado nada.

—No sé si volverás a tener la opción —dijo su madre con una gélida firmeza—. Después de este desatino, no estoy segura de si el caballero querrá todavía casarse contigo.

—Bien, entonces no tendré que rechazarlo —dijo Percy triunfante, y Noah respiró hondo.

—¿Es Lord Stephen? —preguntó él.

—Sí —respondió la madre de Percy por ella—. Lo es. Ahora, Persephone, te sugiero que entres antes de que los sirvientes de todas las casas de esta calle te vean aquí fuera y tu nombre esté mañana en boca de *todas* las cotillas. Tenemos mucho de que hablar. Buenos días, señor Rowley.

Percy dio un paso adelante con su madre, pero se volvió hacia Noah. —¿Vendrás a verme?

Él sacudió la cabeza lentamente, y la neblina triunfal de la noche se disipó cuando la realidad comenzó a asentarse una vez más—. No creo que sea prudente.

—Noah...

Pero su madre cerró la puerta antes de que ella pudiera terminar, dejándolo allí de pie en el callejón, solo, hasta que emprendió el regreso a casa.

No estaba seguro de qué quería ella que dijera, pero la verdad era que estaría mejor con un hombre como Lord Stephen, aunque todavía no se diera cuenta.

* * *

—¿Y entonces él *qué*? —Cassandra escuchaba su relato con una atención fascinada. Percy estaba sentada junto a ella en el sofá, con la voz baja mientras le susurraba su historia. Cuando terminó, Cassandra se reclinó, parpadeando. Percy sabía que su amiga no se

habría escandalizado por su indiscreción —si alguien podía entenderla, sería Cassandra—, sino, más bien, probablemente por el papel que Noah había desempeñado en la historia.

—No lo entiendo —dijo Cassandra, rechazando la bandeja de pastas con un gesto cuando una doncella se la trajo y la colocó frente a ellas, con el rostro tornándose algo verdoso—. ¿Por qué no habría de decir nada? ¿O pedir tu mano? No creo que el señor Rowley sea un hombre que se acueste con frecuencia con diversas mujeres; uno pensaría que para él habría significado algo hacerlo. Además, he visto la forma en que te mira.

—¿Qué forma?

—Como si te amara.

—¡No es cierto! —prácticamente gritó Percy, lo que solo hizo que Cassandra ensanchara aún más su sonrisa.

—¿Le amas tú?

—Yo... disfruto de su compañía. Anhelo su contacto. Me siento segura con él. Sé que cuidará de mí y que nunca permitirá que me ocurra ningún daño. No siento eso con lord Stephen, pero tampoco siento emoción con él. El riesgo que supone no vale la posible recompensa. Lord Stephen… para ser sincera, hace que se me erice la piel.

—¿Qué te dice eso?

Percy suspiró. —Me gustaría conocer mejor a Noah. Pero mañana tengo que dar una respuesta a mi padre y, mientras tanto, Noah ni siquiera me habla. Aunque no estoy segura de si me ama, tengo la sensación de que se preocupa por mí. Algo lo está frenando.

Cassandra contrajo los labios. —Creo que sé qué podría ser.

—¿Ah, sí?

—No puedes decirle que yo te lo he contado. Solo lo sé porque me lo dijo Devon, y no debería traicionar su confianza. Pero veo que piensas que esto es por ti y necesito que sepas que no es así.

—Está bien —dijo Percy, un poco inquieta por poder estar causando una controversia entre Cassandra y su marido, pero no podía evitar la lacerante necesidad de saber más sobre el pasado de Noah.

—Noah estaba prácticamente prometido con una mujer. Hizo todo según las normas. La cortejó, habló con su padre y consideró que su matrimonio estaba casi formalizado.

—¿Pero?

Cassandra hizo una mueca. —Pero entonces ella conoció a su hermano, Eric, y se dio cuenta de lo apuesto y soltero que era. Decidió que él era el mejor de los hermanos.

Percy soltó un grito ahogado. —¿Le quitó la prometida a su propio hermano?

Cassandra sacudió la cabeza. —No a propósito. Eric había estado fuera y no se había dado cuenta de que ella y el Sr. Rowley tenían un compromiso. En cuanto se conocieron, empezaron un flirteo, aunque una vez que él supo la verdad, le puso fin de inmediato, por supuesto. Sin embargo, eso explicaría por qué Noah no cree que tú puedas estar interesada en él por encima de otro hombre.

Percy arrugó la nariz. —¿Por qué iba a pensar que yo haría lo mismo que esa mujer?

Cassandra se encogió de hombros. —¿Por qué no? Fue lo que conoció como cierto en el pasado, así que probablemente no tenga motivos para pensar que esta vez será diferente. Además, aunque el señor Rowley es un hombre agradable en todos los sentidos, no es que destaque precisamente, ni tiene un título que atraiga a las mujeres. ¿Le has dado razones para pensar que lo elegirías a él antes que a otro?

Percy sopesó sus actos con él la noche anterior; incluso se erizó ante la descripción que Cassandra hacía de Noah, aunque podía entender por qué Cassandra pensaba así. Uno no veía el verdadero lado de Noah hasta que miraba más de cerca.

Pero, en respuesta a la pregunta de Cassandra, ciertamente Noah debía saber que ella nunca se entregaría a un hombre si no tuviera intención de llegar a algo más con él, ¿verdad?

—Le dije que me importaba —dijo ella—. Incluso le pregunté si tenía alguna idea sobre un futuro conmigo.

—¿Y entonces?

—Y entonces mi madre interrumpió y le informó de que estaba prometida con lord Stephen.

Cassandra parpadeó. ¿Estás prometida con lord Stephen?

—No —dijo Percy, pero luego hizo una mueca—. No del todo. Todavía no.

—Vaya por Dios —dijo Cassandra con un suspiro—. Creo que necesitas un brandy. Y luego tienes que averiguar qué vas a hacer exactamente con tu vida.

——Me temía que fueses a decir eso —dijo Percy, pero aceptó la copa y se la bebió de un trago.

—Hay algo más que debo decirte —dijo Cassandra con expresión inquieta, y Percy tuvo la sensación de que su amiga sentía algo más que su habitual malestar estomacal.

—¿Qué pasa?

—Visitamos a mi tía Eve hace un par de días.

—¿Cómo está ella? Es una mujer intrigante. Me gustó mucho.

—Lo es —dijo Cassandra con una gran sonrisa antes de que esta decayera—. Le han vuelto a robar el collar.

—¿Qué? —exclamó Percy.

—No tiene idea de cómo —dijo Cassandra, agitando las manos en el aire—. Dijo que lo volvió a guardar en el estuche y que escondió la llave en otro lugar. Sin embargo, de alguna manera, lo han robado sin dañar el estuche.

—Noah tenía razón —murmuró Percy.

—¿A qué te refieres?

—Dijo que era importante que determináramos cómo se robó el collar en primer lugar. Mientras tanto, yo simplemente estaba feliz de que hubiéramos podido devolverlo.

—Al menos fuisteis capaces de resolver el acertijo.

—Sí, pero el collar significaba mucho para tu tía —dijo Percy—. Me duele pensar que ya no lo tenga.

Cassandra le dio una palmadita en la rodilla. —Bueno, con suerte lo encontraremos con el tiempo.

—¿Sabía alguien más dónde estaba la llave?

—No que la tía Eve sepa.

—Bueno, lo siento mucho, Cassandra. Estaré atenta. Y —una ligera esperanza llenó su pecho ante la idea de tener una razón para

volver a ver a Noah— tal vez pueda hablar con Noah para que le pregunte a la mujer que lo tenía antes si lo ha vuelto a ver.

—Tal vez —dijo Cassandra, forzando obviamente una sonrisa por el bien de Percy—. O podrías decirle, sin más, de qué quieres hablar.

Percy gimió. —Me conoces demasiado bien.

—No demasiado bien —dijo Cassandra con una sonrisa—. Quizá lo justo y necesario.

* * *

Ya no quedaba nada para Noah en Bath.

Había investigado todo lo que había podido y había hecho copias y notas de lo que parecía más importante. Había encontrado el collar y resuelto el enigma. Y se había enterado de que Percy iba a casarse con otro.

No sabía por qué le había pillado tan de sorpresa. Siempre había sabido que él no podía ser el hombre para ella.

Era una mujer que disfrutaba de la vida, que corría riesgos y que anhelaba emoción y aventuras. Él era aburrido, formal, y prefería ver el mundo a través de los libros que verlo de primera mano.

Aun así, de alguna manera, enterarse de que ella ya estaba comprometida para casarse mientras pasaba la noche con él se sentía como recibir un puñetazo en el estómago.

—¿A dónde vas?

Levantó la vista para ver a su hermano en el umbral, y una sensación de culpa llenó su pecho. —Lo siento, Eric. Sé que acabas de llegar, pero voy a regresar a Londres.

—¿Ya?

—Sí.

—¿Por qué? —preguntó Eric, desconcertado—. Pensé que estarías aquí al menos otra semana.

—Las circunstancias han cambiado —dijo—, y tengo ganas de hacer realmente algo con mi vida.

Ya has hecho muchísimo.

—¿Como qué? —preguntó Noah con un resoplido—. No creo que le sea de mucha utilidad a nadie.

—No sé cómo puedes decir eso. No podría pedir un amigo mejor, y mucho menos un hermano. Eres un hijo ejemplar, te esfuerzas por hacer lo correcto por los demás, eres leal hasta la médula.

—Te agradezco todo eso, Eric, de verdad, pero, por favor, compréndelo: necesito irme.

—¿Es por Lady Percy? —preguntó Eric, y cuando Noah clavó su mirada en él, su hermano tenía una expresión de complicidad en el rostro, con una ceja arqueada.

—Puede —dijo Noah con un suspiro, abandonando el fingimiento antes de sentarse pesadamente en la cama—. A pesar de mi buen juicio, Eric, me he enamorado de ella. Pero ella y yo no estamos destinados a estar juntos. No soy lo que ella necesita ni lo que quiere. No como marido.

—¿Cómo lo sabes?

—En la boda de Whitehall, la oí hablar con su madre. Quiere a un hombre con fuerza, tanto física como de carácter. Un hombre que pueda darle toda la emoción que busca. Yo no soy ese hombre, pero lord Stephen sí lo es.

—¿Lord Stephen?

—El hombre con el que, al parecer, está prometida. Del que nunca me habló.

—Entiendo —dijo Eric, frotándose la barbilla con el pulgar—. ¿Y sabe ella lo que sientes?

—No del todo.

—¿Y qué siente *ella* por ti?

Noah se pasó una mano por el cuello. —No lo sé con certeza...

—Pero...

—Pero tengo razones para creer que ella, al menos, siente algún afecto por mí. Aunque no creo que vaya más allá de eso. Ciertamente no para toda una vida juntos.

—¿Se lo has preguntado?

—¡No!

—¿Por qué no?

—Ya he pasado por ese camino antes, Eric —dijo Noah, soltando un juramento—. No deseo volver a recorrerlo.

—Sabes cuánto siento lo que pasó con Leticia, ¿verdad? —preguntó Eric en voz baja.

—Lo sé. Me lo has dicho bastantes veces. Pero, al final, me hiciste un favor, porque supe la verdad sobre ella antes de que fuera demasiado tarde.

Eric se quedó en silencio, y Noah sabía que estaba intentando encontrar una forma de rebatirle, pero finalmente, se apartó del marco de la puerta. —¿Me prometes algo?

Noah se cruzó de brazos pero aún no accedió.

—No te vayas a Londres todavía. He de regresar a Castleton con Ashford en breve. ¿Vendrás con nosotros un tiempo?

—¿Por qué?

—Porque eres buena compañía. Porque siento que necesitas algo de distracción ahora mismo. Y porque me gustaría que te despidieras de mí antes de que viaje a España.

—¿De verdad vas a hacer eso?

—Por supuesto —Eric sonrió—. Es la aventura que siempre he soñado, aunque tú mismo no lo entiendas. Ahora, tómate un día o dos para despedirte de nuestros tíos, deja que vean lo agradecido que estás por todo lo que han hecho por ti y después partiremos juntos hacia Castleton. ¿Qué te parece?

—Supongo que me parece bien.

—Perfecto —dijo Eric con una sonrisa—. Todo saldrá como debe salir, Noah. Ya lo verás.

De alguna manera, Noah no terminaba de creerle.

Capítulo Veinticuatro

Noah no podía dejar de pensar en Percy.

Esa era la razón por la que, a pesar de que su buen juicio le decía lo contrario, había accedido a verla una última vez antes de marcharse de Bath... y de todos los recuerdos que la ciudad albergaba.

No estaba seguro de cómo lograrlo, pero se alegró cuando Ashford aceptó organizar el encuentro, pues nadie cuestionaría que Percy quisiera pasar tiempo con su amiga, Lady Covington.

Noah caminaba por Milsom Street cuando una figura que venía de frente le hizo detenerse en seco en medio de la concurrida calle.

Al darse cuenta de la identidad de la mujer que se aproximaba, sintió el impulso de darse la vuelta y echar a correr en dirección contraria.

Pero era demasiado tarde. Ella ya le había visto.

—¡Noah! ¿Cómo estás?

Él respiró hondo y se apartó a un lado de la acera para permitir que los peatones pasaran mientras la saludaba.

—Lady Turner. Me encuentro bien. ¿Cómo está usted? —dijo él, sin mostrar rastro alguno de la familiaridad que ella le dispensaba.

—Yo estoy bien. Me alegra mucho verte —dijo ella con una ligera sonrisa en los labios—. Ha pasado tanto tiempo.

—Así es.

—¿Qué ha sido de tu vida desde que...?

—¿Desde que se casó usted? —terminó él por ella, arqueando una ceja. Miró a su alrededor y comprobó que estaba sola, a excepción de una doncella que la seguía con lo que parecían ser compras. Leticia siempre había disfrutado de las cosas buenas de la vida; de ahí que se hubiera casado con alguien con mucho más título y fortuna después de que Eric la rechazara.

—Me dedico a investigar y a escribir —dijo él, desesperado por terminar la conversación. Era muy extraño volver a verla. Recordaba su relación como algo mucho más intenso. Y sin embargo ahora, al verla, no sentía... nada. Más bien se sentía inquieto por su próxima conversación con Percy, una en la que iba a decirle adiós. No necesitaba esto ahora. No era más que un contratiempo.

—Ya veo —dijo ella, sin ocultar del todo una mueca de disgusto que él supo que se debía a que él ahora trabajaba—. ¿Y te has casado?

—No.

Se le demudó el rostro, y fue entonces cuando Noah se dio cuenta de que, al menos, ella sentía algo de culpa por lo que le había hecho.

—¿Cómo está Lord Turner? —preguntó él, haciendo todo lo posible por ser cortés.

—Bien.

La conversación era forzada y, mientras Noah contemplaba el rostro de la mujer a la que había creído amar, se percató de una realidad: nunca la había amado. No como había amado a Percy. Letitia —Lady Turner— era hermosa, sí, pero la belleza se marchitaba con el tiempo y no era eso lo que atraía a Noah de Percy. Era su espíritu, su alegría de vivir, su capacidad de amar a todos los que la rodeaban. Por eso le dolería mucho más cuando ella lo dejara de lo que le dolió cuando Letitia hizo lo mismo.

—Será mejor que me marche —dijo él, tocándose el ala del sombrero a modo de saludo—. Adiós, Lady Turner.

—Adiós, Noah —dijo ella—. Te deseo lo mejor.

Había dado apenas dos pasos cuando ella lo llamó y él se dio la vuelta.

—¿Sí?

—De verdad, lo siento... por todo. Eres un buen hombre y espero que encuentres el amor algún día. Al final, Noah, no éramos el uno para el otro. Por eso te dejé. No por ninguna otra razón.

Él no quería oírlo. De alguna manera, hacía que todo fuera peor saber que lo había dejado por quién era él y no por su falta de título o riqueza.

Se dio la vuelta y siguió caminando, dejando atrás su pasado.

* * *

Percy caminaba de un lado a otro por el vestíbulo de la casa que Lord Ashford había alquilado en Bath. Cassandra y su marido también se alojaban allí, aunque estaba segura de que podrían haber pagado dos casas. Pero Lord Ashford y Lord Covington eran tan íntimos como hermanos, así que supuso que aquello tenía sentido.

Intentó autoconvencerse de que solo miraba por la ventana para ver qué tiempo hacía, aunque sabía que se mentía a sí misma: estaba pendiente de Noah, nerviosa por lo que él quería decirle.

Por mucho que una pequeña parte de ella esperara contra todo pronóstico que él viniera a decirle que la amaba, que quería casarse con ella y empezar una vida juntos, su lado práctico sabía que no sería así.

Lo que significaba que tendría que convencerlo de la verdad.

Siguió paseando mientras el reloj de pared marcaba los segundos, preguntándose qué estaría entreteniendo a Noah, que siempre era puntual hasta el extremo. Por fin lo divisó, reconociendo su paso firme y decidido, y se apartó de la ventana tan rápido que casi tropezó con sus faldas antes de que él pudiera verla vigilando.

Llamaron a la puerta y Percy esperó a que el mayordomo lo hiciera pasar. En el momento en que él cruzó el umbral del salón, supo por las arrugas de su frente y el rictus amargo de sus labios que no le iba a gustar el rumbo que tomaría la conversación.

—Percy —la saludó él en voz baja y, mientras cerraba la puerta tras de sí, ella decidió que no iba a permitir que rompiera con ella,

no sin protestar. Se acercó a él con paso decidido, le rodeó el cuello con los brazos y lo atrajo hacia sí. Él vaciló antes de rodearla con los suyos y devolverle el abrazo.

—Te he echado de menos —susurró ella contra su cuello, y sintió que los brazos de él la apretaban más fuerte.

—Yo también te he echado de menos —dijo él con voz ronca, y cuando ella levantó la cabeza para besarlo, él solo le dio un rápido roce de labios antes de retroceder y apartarla con suavidad.

—Noah, tengo que explicarte algo.

—No es necesario.

—Pero lo es —insistió ella, buscando sus ojos—. No estoy comprometida. Mi padre y el padre de Lord Stephen organizaron esto sin consultarme. Solo me enteré el día en que nosotros... en que estuvimos juntos. Nunca acepté el matrimonio.

—¿Entonces por qué dijo tu madre que estabas prometida?

Ella bajó la mirada, sabiendo que la respuesta sería condenatoria, pero no iba a mentir.

—Les dije que necesitaba tiempo para decidirme.

—Ya veo.

Ella levantó la mirada hacia la de él. —Necesitaba tiempo porque primero tenía que preguntarte si *tú* sentías algo por mí. Es a ti a quien quiero, Noah. Ni a Lord Stephen ni a ningún otro. Jamás habría ido a tu cama si fuera de otro modo.

Vio un destello de esperanza en los ojos de él, pero desapareció rápidamente.

—Te cansarías de mí.

—¿Por qué dices eso?

—No deseas a un hombre como yo; te oí decirlo tú misma.

—¿Cuándo? —preguntó ella, sin recordar haber dicho nunca que no lo quería.

—En la boda de Whitehall. Dijiste que querías a un hombre con fuerza y amplitud de miras, que disfrutara de la emoción y pudiera ofrecerte aventuras. Yo soy todo lo contrario a un hombre así.

Ella tomó aire. Había dicho eso. De hecho, fue una de las razones por las que inicialmente se había resistido a su atracción por Noah.

—Eso fue antes de conocerte.

—Quieres decir, antes de que me cambiaras.

Había un deje de amargura en su voz, y ella lo observó con atención. ¿Qué te ha ocurrido?

Él ignoró la pregunta.

—Me convertiste en el hombre que querías. Alteraste mi apariencia, me dijiste cómo querías que hablara, cómo debía flirtear. Solo entonces mostraste algún interés en mí.

Percy se frotó la frente frustrada. Dios mío, este hombre podía ser testarudo, analizándolo todo, cada palabra, cada momento. ¿Por qué no podía entender que nada de eso importaba si lo que sentían el uno por el otro era verdadero?

—Eso fue lo que hizo que me fijara más en ti, sí, pero nunca querría estar contigo simplemente por tu aspecto o por cómo tonteas. Es a ti a quien quiero, Noah. Una de las razones por las que te quiero es porque comprendes que necesito tomar mis propias decisiones y no intentas impedirme hacer lo que elijo. Así que no empieces a decirme ahora qué es lo que pienso.

Él se pasó una mano por el pelo. —¿Entonces por qué no rechazaste directamente a Lord Stephen?

—Él *es* todo lo que yo *creía* que quería. Resulta que no conocía bien mi propia mente. Cuando estoy con él, no deseo que me toque ni que me abrace como deseo que lo hagas tú.

—Es solo por lo que hicimos juntos. Aunque te sugeriría que buscaras a otro. Lord Stephen no parece respetar mucho tus deseos.

—Estás volviendo a decirme lo que pienso —dijo ella, poniéndose las manos en las caderas—. Y no me gusta nada.

—Percy, me voy de Bath en los próximos días —dijo él en voz baja, y ella deseó que mostrara alguna emoción, que gritara o gruñera o hiciera cualquier cosa en lugar de quedarse ahí parado exponiéndole hechos—. Quería decírtelo y despedirme de ti.

—Así que esto es un adiós. —Sintió un quiebro en la voz y reprimió el dolor que le subía por el estómago, haciendo todo lo posible por transformarlo en ira.

—Sí.

—¿No vas a luchar por mí?

—Hago esto *por* ti.

Ella dio un paso hacia él, levantando el dedo y señalándole el pecho. —¿Sabes una cosa? No eres mejor que la mujer que te dejó.

—Percy...

—No —dijo ella, parpadeando furiosamente para evitar que las lágrimas cayeran—. Eres un necio. Un necio que está renunciando a lo que podría ser toda una vida de felicidad juntos.

Caminó hacia la puerta, la abrió y señaló hacia fuera. —Vete.

—Percy, no quiero que esto termine así.

—¡He dicho que te vayas! —exclamó ella, pero no estaba preparada para que él se acercara, se detuviera frente a ella y se inclinara para besarla con fuerza.

Deseó tener fuerzas para apartarlo, para abofetearlo y decirle que la dejara en paz, pero en cambio, le devolvió el beso mientras las lágrimas empezaban a brotar de sus ojos. Finalmente, tuvo la entereza de hacer lo que debería haber hecho desde el principio: lo apartó de un empujón mientras los sollozos amenazaban con desbordarse.

—Necesito que te vayas.

—Lo siento, yo...

—¡Vete! —articuló ella entre sollozos mientras se quitaba el anillo del dedo y se lo arrojaba. Él lo atrapó justo antes de que ella lo empujara fuera y cerrara la puerta tras él con toda la firmeza de la que fue capaz, para luego hundirse contra la madera, cubrirse la cara con las manos y dejar que toda la emoción que no sabía que poseía estallara en libertad.

Fue allí donde Cassandra la encontró minutos después, y permitió que su amiga la estrechara entre sus brazos y le brindara todo el consuelo que necesitaba.

Fue entonces cuando hizo un juramento. Nunca volvería a entregarle su corazón a otro hombre. Porque dolía demasiado.

Capítulo Veinticinco

—Explícamelo otra vez —dijo Eric mientras cabalgaban junto al carruaje hacia Castleton—. Estás enamorado de una mujer que parece corresponderte, ella es todo lo que siempre has deseado y más, prácticamente te suplicó que te casaras con ella, y tú le dijiste que no, que debería casarse con otro.

Noah le lanzó una mirada de fastidio. —Es más complicado que eso.

—¿Pero estoy en lo cierto?

—Supongo.

Eric sacudió la cabeza con consternación. —Eres idiota.

—Percy dijo lo mismo.

—Tenía razón. ¿Qué te pasa, hombre?

—Esto es lo mejor a largo plazo. No sería feliz conmigo con el paso de los años.

—¿Quién dice eso? ¿Tú?

—Las mujeres se cansan de mí.

Eric resopló. —Letitia se cansó de ti, pero ella no era la adecuada para ti. Estaba esperando a que apareciera otro. Esa es la diferencia. Lady Percy te quiere por el hombre que eres.

Noah suspiró. —¿Podemos dejar de hablar de esto?

—Está bien —dijo Eric, agitando una mano en el aire—. Me alegra que al menos te haya convencido para que me acompañes a Castleton. ¿Cuánto tiempo te quedarás?

—Me iré tan pronto como me dejes —dijo Noah con una risa sin alegría—. Me gustaría volver a Londres y aprovechar algunas de las ofertas que he recibido.

—Sabes que puedes organizar tu agenda como quieras.

—Soy consciente —dijo Noah—. Es probable que también pase algún tiempo en el campo, en la casa que tan generosamente me has cedido.

—Tenemos dos casas de campo, Noah, y no es que yo haya hecho nada más que nacer primero para merecer ambas. Además, es demasiado para que un solo hombre se encargue de ello. Más vale que ayudes. De hecho, me estarás haciendo un favor.

Noah asintió. Le estaba diciendo a Eric lo que quería oír, pero en realidad, no podía imaginar lo solo que se sentiría en una gran casa de campo sin nadie con quien compartirla, con su mente libre para imaginar a Percy en su nueva vida con su nuevo marido. Al menos en Londres podría mantener la mente ocupada.

—Dime una cosa, Eric —dijo, curvando los labios. Su hermano se había interesado mucho por su vida personal. Quizás era hora de que él mismo cuestionara a Eric—. ¿Vas a decirle alguna vez a Lady Faith lo que sientes?

Eric se giró para mirarlo tan bruscamente que casi se cae del caballo, y Noah soltó una risita con el primer atisbo de alegría que sentía desde que se había despedido de Percy.

—¿Por qué piensas que siento algo por ella?

—Te he oído mencionar tu interés antes.

Eric se encogió de hombros en un obvio intento de indiferencia, pero no era un hombre que ocultara fácilmente sus emociones.

—Me parece atractiva.

—¿Y?

—Y eso es todo —dijo Eric a la defensiva—. No hay nada más que discutir.

—Muy bien —dijo Noah—. Entonces, no se habla más de *ninguna* mujer, ¿entendido?

Eric suspiró dramáticamente y puso los ojos en blanco. —No es lo mismo. En absoluto. —Captó la expresión de Noah—. Muy bien.

No se hable más. ¿Pero me prometes que no estarás deprimido en Castleton durante la próxima semana?

—Yo no me deprimo.

—Noah.

—Está bien —dijo—. Sin depresiones.

* * *

Percy estaba sentada miserablemente a la mesa del comedor, incapaz de esbozar ni siquiera una sonrisa falsa. Se sentía completamente fuera de lugar con el resto de los comensales, compuestos por su familia y la de Lord Stephen.

Ni siquiera el regreso de su hermano lograba alegrar su semblante. Podía sentir cómo él la miraba con el ceño fruncido desde el otro extremo de la mesa, pues la conocía bien y se daba cuenta de cuándo algo la perturbaba.

Lady Jane y sus padres los habían acompañado, algo de lo que Percy se alegraba, pues sabía lo que probablemente significaba y, por lo que podía ver, Lady Jane parecía bastante amable. Percy simplemente no había logrado reunir el interés suficiente para entablar conocimiento con ella. Probablemente la mujer pensaría que era horrible, pero no podía evitarlo. No en ese momento.

Miró a Lord Stephen al otro lado de la mesa; lucía una gran sonrisa en su apuesto rostro mientras encandilaba a su madre. Intentó desesperadamente imaginarse una vida con él, pero el único hombre que lograba visualizar a su lado era Noah. Noah tal como se veía desde que ella lo había ayudado a cambiar su aspecto y su actitud, o el Noah de antes. Sinceramente, no le importaba; si tan solo él pudiera ver la verdad en eso.

Agradecía que su padre aún no la hubiera presionado para que tomara una decisión sobre el matrimonio con Lord Stephen, pues no tenía idea de qué diría. La razón por la que aún no había respondido era que había razonado que, si no podía tener a Noah, ¿qué más daba con quién pasara su vida?

Lord Stephen debió de notar su escrutinio, porque se giró y se encontró con su mirada. Ella intentó sonreírle, mostrarle algo de atención, pero entonces él sonrió con aire de suficiencia, como si se creyera que ella estaba enamorada de él, y se le revolvió el estómago mientras una oleada de náuseas la invadía.

No podía hacerlo.

No solo porque quisiera a Noah —aunque se preguntaba si eso cambiaría alguna vez—, sino porque tenía que ser fiel a sí misma. No iba a pasar su vida con un hombre solo porque no tuviera otra opción.

Preferiría estar sola, sin importar las consecuencias.

—Percy, estás muy callada —dijo Rebecca desde el otro lado de la mesa, y Percy se encogió de hombros.

—Estoy cansada.

—¿De qué? ¿Saliste ayer hasta tarde?

—No —dijo lentamente—. He tenido muchas cosas en la cabeza.

—Oh, lo entiendo perfectamente —dijo Elizabeth desde su asiento junto a Percy—. Hay tanto que considerar, especialmente cuando uno no es de Bath. ¿Cuál es el mejor lugar para visitar cada noche? ¿Con quién deberíamos socializar? Qué hombres jóvenes... —Se detuvo al darse cuenta de que Lord Stephen la escuchaba, mientras un rubor rojo trepaba por sus mejillas.

—Continúe, por favor —dijo Lord Stephen, apoyando la barbilla en el puño—. Estoy disfrutando escuchándola hablar. Su voz es melódica.

¿Melódica? Percy podría usar muchas palabras para describir la voz de Elizabeth, y melódica no era ciertamente una de ellas. Una sonrisa empezó a extenderse por su rostro ante lo que aquello podría significar. ¿Estaba Lord Stephen interesado en su prima? Oh, pero eso sería maravilloso. Porque entonces podría significar que Lord Stephen cortejaría a Elizabeth y ella sería libre para...

Giró la cabeza con horror cuando la silla de su padre raspó el suelo al empujarla hacia atrás, pues sabía exactamente lo que eso significaba. Él sostenía su copa en una mano y su cuchara en la otra, golpeándola contra el cristal para llamar la atención de todos.

—Gracias a todos por acompañarnos esta noche —dijo, levantando su copa hacia los presentes—. Estoy muy agradecido de tener a mi familia unida, y a vosotros también os considero parte de ella.

Por favor, limítate a anunciar el compromiso de Richard.

—En primer lugar, mi hijo, Richard, ha sido sumamente aplicado. No solo está aprendiendo de mí las responsabilidades que algún día serán suyas, sino que ha elegido a una mujer para que lo acompañe en su vida que es todo lo que podríamos desear como nuera.

Percy frunció el ceño pero no dijo nada.

—Por supuesto, eso no significa que no apreciemos por igual a nuestra hija, Persephone —dijo, dirigiendo su atención hacia ella, y Percy tragó saliva con dificultad. Intentó sonreír, pero sus labios no obedecieron—. Ella también es...

No, no, no. Si dejaba que esto ocurriera, no habría vuelta atrás.

Antes de que pudiera continuar, Percy apartó su silla de la mesa tan rápido que se habría caído si un lacayo con buenos reflejos no la hubiera sujetado. Tenía que detener aquello, y aunque sabía que estaba montando una escena, sería mucho mejor que faltar a la palabra de un compromiso ya anunciado.

—Discúlpenme —dijo, y salió corriendo de la estancia, apenas consciente de las expresiones de asombro que la siguieron.

Se detuvo en el pasillo, fuera del comedor, con la espalda presionada contra la pared y la respiración agitada mientras una fina capa de sudor cubría su frente. Se puso la mano en el estómago, intentando aplacar las náuseas de la ansiedad.

Con los ojos cerrados y concentrada en calmarse, no notó la presencia de su madre hasta que sus manos se posaron sobre las suyas, sujetándolas con firmeza. Percy finalmente parpadeó y abrió los ojos, encontrando el rostro preocupado de su madre justo frente al suyo.

—Percy —dijo su madre en voz baja—, ¿qué te sucede?

—No puedo hacerlo —dijo Percy en un susurro urgente—. No puedo casarme con él. Mi padre estaba a punto de anunciarlo, ¿verdad?

Su madre miró a un lado y a otro antes de tomarla de la mano y conducirla hacia otra habitación; abrió la puerta del salón, suavemente iluminado, y la cerró tras ellas. Se sentó en el sofá y dio unas palmaditas en el espacio a su lado. Percy se dejó caer, mientras sus faldas de satén azul pálido se ahuecaban a su alrededor al hacerlo.

—Sí, tu padre estaba a punto de anunciar el compromiso. Como no le diste una respuesta, decidió por ti.

Percy sacudió la cabeza desesperadamente, con los ojos llenos de lágrimas: lágrimas de frustración porque todos, incluso Noah, parecían estar tomando decisiones por ella, y lágrimas de dolor porque la vida que había deseado había estado tan cerca y, sin embargo, seguía fuera de su alcance.

—No puedo casarme con Lord Stephen —dijo, con la determinación mezclada con su desesperación—. Lo he intentado, madre, pero no siento nada por él. La idea de que me toque solo me causa repulsión, no afecto.

Una vez más, su madre puso sus manos sobre las de Percy con expresión comprensiva. —Tal vez eso surja con el tiempo.

—No lo hará —dijo Percy, inclinándose hacia ella—. Porque sé lo que es desear el contacto de un hombre, y con Lord Stephen siento lo contrario. La verdad es, madre, que preferiría estar sola a estar con un hombre al que no amo.

—Desearía que pudieras hacer lo que te plazca, Percy, pero una mujer no puede vivir sola.

—¿Por qué no? Muchas mujeres lo hacen.

—Y las únicas que viven cómodamente son las viudas y las prostitutas.

—Ya encontraré mi camino —dijo Percy con terquedad—. Estoy segura de que lo haré. Algún día, cuando mi padre ya no pueda mantenerme, sé que Richard lo hará. Mi hermano podrá ser un pesado, pero me quiere, y le prometo que no me interpondré en el camino de Lady Jane.

—Oh, Percy —dijo su madre con pesar—. Esta no es la vida que deseo para ti. ¿Qué hay del señor Rowley?

Percy levantó la cabeza de golpe al oír su nombre. —¿Qué pasa con él?

—Él es el hombre cuyo contacto anhelas, ¿no es así?

Las mejillas de Percy ardieron. —Sí, pero él no me quiere.

—Cuesta creer que eso sea cierto.

—Dice que es mejor así. Intenté convencerlo de lo contrario, pero no quiso aceptar. Si eso es lo que siente, que así sea. Él ha tomado su decisión. Ahora debo tomar la mía.

—Muy bien —dijo su madre con la derrota reflejada en el rostro —. Hablaré con tu padre. Ahora, sube a tu dormitorio y yo daré las excusas. Diré que te has puesto enferma.

—Gracias, madre —dijo Percy, inclinándose y rodeándola con sus brazos en un abrazo—. Muchísimas gracias.

Agradecida por tener al menos a una persona en su vida con la que podía contar, Percy hizo lo que su madre le dijo y regresó a su habitación, donde empezó a hacer las maletas. Cassandra le había pedido que la acompañara a Castleton, y Percy se dio cuenta de que probablemente era el único escenario en el que su padre le daría un respiro en su intento de buscarle marido.

Sabía que sus padres tampoco estarían contentos con esta decisión, pero tenía que irse de Bath. Albergaba demasiados recuerdos.

Recuerdos que necesitaba dejar atrás, tal como Noah había elegido hacer con ella.

Capítulo Veintiséis

—Después de esto, no pienso volver a viajar en mucho tiempo —le dijo Noah a Eric cuando llegaron a Castleton—. Siento como si hubiera recorrido toda Inglaterra de punta a punta este último año, entre bodas, fiestas en el campo y mi estancia en Bath.

—Pues a mí me encanta —dijo Eric con una sonrisa—. Me gusta estar en movimiento. Siento que me estanco cuando me quedo demasiado tiempo en un solo lugar.

—Y eso que tienes mucho de lo que ocuparte.

—Creo que hago un buen trabajo —dijo Eric a la defensiva—. Además, sabes que mi madre es la que manda de verdad.

Noah sonrió con sorna ante aquello, pues era la pura verdad. No es que a Eric le importara; prefería con mucho hacer lo que se le antojara y no preocuparse por ninguna carga. Por eso mismo estaba planeando viajar a España en esos momentos.

Castleton, a pesar de requerir cierto mantenimiento, era tan acogedor como siempre, pero Noah no pudo evitar el vacío nostálgico que lo invadió al cruzar la puerta. Se debía, por supuesto, al hecho de que, en esta visita a la finca, Percy no estaría allí. Incluso antes, cuando ella apenas lo miraba, al menos había estado en su presencia.

Ahora, él se había asegurado de que eso no volviera a ocurrir.

Habían llegado con Ashford y todos habían acordado reunirse para tomar una copa en la sala de billar antes de la cena. La hermana de Ashford y Covington no llegarían hasta dentro de unos

días, lo que significaba que solo los padres de Ashford estaban también en la casa de campo, y habían declinado la invitación a cenar, como solían hacer cuando el duque no estaba en sus cabales.

—¿Son cómodas vuestras habitaciones? —preguntó Ashford al entrar, con un papel doblado en la mano.

—Sí, como siempre —dijo Eric antes de que Ashford se sentara en el gran chesterfield de cuero, cruzando una pierna sobre la otra.

—Bien —dijo Ashford—. Con suerte, en un futuro cercano, podremos renovarlas. Algún día, cuando mis arcas vuelvan a estar llenas.

Un anhelo asomó a sus ojos, y Noah y Eric intercambiaron una mirada mientras Noah se removía incómodo en su silla. Sabía cuánto contaba Ashford con todos ellos ahora para ayudar a encontrar ese tesoro, y no quería fallar a su amigo; incluso aunque pudiera no haber nada que pudieran hacer para garantizar su hallazgo.

—En fin, parece que nos han llegado noticias.

—¿Ah, sí?

—Mi madre ha recibido noticias de una de sus amigas de Bath; por lo visto, iba a asistir a una fiesta de compromiso. Ya debe de haberse celebrado.

Noah, que nunca se había interesado mucho por los cotilleos, no estaba prestando especial atención a aquel giro de la conversación... hasta que oyó quién era el anfitrión de la fiesta.

—La fiesta era en las Assembly Rooms y el anfitrión iba a ser lord Fairfax.

—Lord Fairfax..., ¿el padre de lady Percy? —murmuró Eric, con la mirada puesta en Noah—. Qué interesante. ¿Era el compromiso de lady Percy?

—No lo ha dicho, pero supongo que sí. Había oído que un compromiso con Lord Stephen era inminente —hizo una pausa—. No estoy seguro de qué pensar al respecto. Conozco al hombre, y no veo que vaya a ser un buen marido para lady Percy. Tendremos que ver qué tiene que decir Cassandra al respecto cuando llegue. Seguro que no se muerde la lengua, y sé que pasó tiempo con lady Percy en Bath. Estoy convencido de que asistió a la fiesta.

Toda la sangre pareció retirarse de la cabeza de Noah mientras permanecía allí sentado; un zumbido le llenaba los oídos y el pánico burbujeaba en su pecho. Sabía que era probable que Percy se comprometiera con Lord Stephen, pero ahora que conocía la realidad del asunto, era más de lo que podía soportar.

—¿Rowley? ¿Te encuentras bien?

Ashford estaba hablando, pero su voz parecía lejana mientras Noah se ponía en pie, tropezando un paso hacia atrás.

—Bien —dijo—. Solo necesito aire.

Salió de la habitación tan rápido como pudo, recorrió el pasillo y atravesó la puerta más cercana, respirando profundamente.

Percy tenía razón. Era un necio. Podría haberla tenido como esposa. Podría haberla hecho feliz. Claro, tal vez no fuera exactamente lo que ella pensaba que quería, pero él nunca le habría hecho daño, siempre le habría sido fiel y le habría demostrado cada día lo maravillosa que era.

Había pensado que ella encontraría a otro hombre; un hombre mejor. Pero Lord Stephen no haría nada de eso. Se casaría con ella y luego la dejaría preguntándose si era lo suficientemente buena mientras él pasaba el tiempo con otras mujeres, sin darse cuenta de lo afortunado que era por tener a una mujer como ella.

Noah nunca debió haberse despedido.

Ahora ya no era una decisión que pudiera tomar. Era una decisión de la que se daba cuenta que debería haber tomado *con* Percy, no *por* ella.

Y ya no había nada que pudiera hacer al respecto.

* * *

—Estoy encantada de que hayas decidido acompañarnos —dijo Cassandra mientras el carruaje subía por el camino hacia Castleton. A través de la ventanilla del carruaje, la propiedad se alzaba tras Lord Covington, el marido de Cassandra, que cabalgaba junto a ellas.

—Gracias por invitarme —dijo Percy—. Necesitaba salir de Bath. Menos mal que mi madre me ha permitido acompañaros, ahora que eres una mujer casada y, por tanto, una acompañante adecuada. Ella nos habría escoltado, pero dijo que tenía que limpiar el desastre que he dejado atrás.

Cassandra le dio unas palmaditas en la rodilla a Percy cuando esta hizo una mueca. —Al menos te permite hacer lo que quieres. ¿Cómo aceptó tu padre tu decisión?

—Nada bien —dijo Percy, sacudiendo la cabeza al recordar los bufidos de su padre. Había intentado recurrir a todas las amenazas posibles, pero al final, a Percy no le importó ninguna. No se casaría con Lord Stephen, y lo mejor era detenerlo ahora antes de que llegara demasiado lejos. Su padre no había parado de hablar sobre la humillación de la familia, pero ¿qué podía hacer Percy?

—Afortunadamente, Richard y madre intervinieron y calmaron a padre. Richard prometió que siempre tendría un hogar con él. Lady Jane aceptó, aunque sentí que no estaba tan complacida por ello.

—Sabes que cualquiera de nosotros también te recibiría con los brazos abiertos. Incluso ahora, Gideon se alegra de tenerte en Castleton. Me pregunto cuándo llegó —reflexionó Cassandra—. Se marchó unos días antes que nosotros, diciendo que tenía mucho de lo que ocuparse. Sigue intentando desesperadamente recuperar la fortuna de nuestra familia y está ayudando a Lord Ferrington a preparar su viaje a España.

Percy asintió distraídamente. El padre de Cassandra había enfermado y se había gastado toda su fortuna; ahora Lord Ashford tenía que hacer todo lo posible para intentar pagar sus deudas. Había depositado muchas esperanzas en esa búsqueda de un tesoro que ella no estaba segura de que fuera a servir de nada.

—Se acerca la hora de cenar —dijo Cassandra mientras entraban en la casa, donde el mayordomo, Clarkson, las saludó. Percy se cruzó con su mirada al pasar y se preguntó por qué la escrutaba de aquel modo. Probablemente no estaba preparado para su presencia —. ¿Por qué no te acomodas y luego nos reunimos en el salón?

—Estupendo —dijo Percy, pero tenía el corazón encogido mientras subía la gran escalera. La última vez que había estado allí,

también estaba Noah; aunque por aquel entonces solo lo consideraba un conocido. Aun así, no estaba preparada para el modo en que la asaltaría aquel recuerdo.

Casi juraría que también podía olerlo, ese toque de canela que siempre lo acompañaba. Su presencia estaba entre aquellos muros, atormentándola. Debería haber vuelto a casa, a su propiedad de campo, pero allí no había nadie más que los criados.

Con la ayuda de su doncella, que las había acompañado, se cambió para la velada poniéndose su vestido favorito de seda crema, con la esperanza de que la hiciera sentir capaz de ser una compañía agradable.

Mientras se sentaba y pasaba las manos por el vestido, en lo único que podía pensar era en Noah quitándoselo. Mary le había recogido el pelo, y todo lo que Percy podía imaginar era a Noah quitándole las horquillas y dejando que cayera, entrelazando sus dedos entre sus mechones.

Lágrimas familiares de frustración brotaron de sus ojos. ¿Iba a ser así el resto de su vida, con él siguiéndola allá donde fuera?

Sin embargo, aquel no era momento de pensar en eso, pues Cassandra y su familia estarían esperando. Percy se levantó las faldas al ponerse en pie y salió por la puerta, ansiosa por terminar la cena y meterse en la cama, donde esperaba que esta noche sus sueños le dieran un respiro y no apareciera el hombre que la había rechazado. Era hora de desterrarlo de sus pensamientos por una vez. Era el único lugar donde, al menos, debería tener un control total.

Percy bajó las escaleras y estaba a punto de entrar en el salón cuando Cassandra apareció apresuradamente por la esquina, con el alivio evidente en su rostro al ver a Percy.

—Oh, menos mal, aquí estás —dijo—. Tengo que decirte algo...

Sin embargo, Percy no pudo oír nada más de lo que dijo. Porque en ese momento, giró la cabeza y su cuerpo reaccionó incluso antes de de que se diera cuenta de quién la había sorprendido tanto.

Noah.

Se detuvo, parpadeó y se quedó helada mientras sus miradas se cruzaban. Él estaba saliendo del salón justo cuando ella entraba.

Tenía los hombros caídos, el paso era lento, y ella estaba segura de que era dolor lo que veía en la profundidad de esos ojos avellana que tan bien conocía.

Percy dio un paso atrás, y luego otro; la conmoción, la angustia y el deseo brotando en su interior, luchando entre sí por el dominio.

Finalmente, no pudo soportarlo más.

Se dio la vuelta y echó a correr.

* * *

Nadie le había dicho que ella estaría allí.

Noah había pasado los dos últimos días haciendo exactamente lo que le había prometido a Eric que no haría: estar deprimido. ¿Cómo no estarlo tras enterarse de que la mujer a la que amaría el resto de su vida se iba a casar con otro hombre?

Especialmente cuando la razón por la que lo hacía era exclusivamente por su culpa y su estupidez.

Ya había sido bastante malo antes, pero ¿cómo iba a manejarlo ahora que tenía que estar en su presencia? Obviamente, ella no deseaba hablar con él. Lo había dejado claro la última vez que se habían visto, y ahora, al huir con solo verlo.

—¿Qué le has hecho? —preguntó Ashford, mirando alternativamente a Noah y a Percy, que se alejaba, mientras salía de la habitación para ver qué pasaba. Lady Covington se mordía el labio mientras observaba a Noah, como si tuviera algo que decir pero temiera hacerlo.

—La rechazó —soltó finalmente lady Covington, aparentemente incapaz de contener más sus palabras.

—¿Qué? —dijo Ashford, mirando de su hermana a Noah y viceversa, con una confusión evidente—. ¿Ahora mismo?

—No, en Bath. Rechazó sus afectos.

Ashford se rascó la cabeza. —Creía que se iba a casar con Lord Stephen.

—No —dijo lady Covington, sacudiendo la cabeza con dramatismo ante la incapacidad de los hombres para seguir el ritmo

de la conversación—. Su padre quería que lo hiciera, pero ella le dijo que no podía.

Ante aquellas palabras, la esperanza empezó a brillar en el cuerpo de Noah, naciendo en su estómago y subiendo por su pecho.

—¿No aceptó? —dijo.

—¿Pero qué hay de la fiesta de compromiso? —preguntó Ashford con el ceño fruncido.

—Esa era por su hermano —dijo lady Covington con obvia exasperación—. Se casa con lady Jane Montgomery.

Noah empezó a caminar hacia atrás, alejándose de ellos.

—Rowley, ¿a dónde vas? —preguntó Ashford.

—Hay algo que tengo que hacer —dijo—. Y tengo que hacerlo ahora.

Y con eso, se dio la vuelta y echó a correr por las mismas puertas por las que Percy había salido.

Sabía lo que tenía que hacer; lo que no tenía era la menor idea de cómo iba a lograrlo.

Capítulo Veintisiete

Noah salió corriendo a los jardines por las puertas de la terraza, girando la cabeza de un lado a otro mientras buscaba a Percy. Por fin, vio el destello de su cabello cuando el sol lo acariciaba, al otro lado de los jardines, mientras ella todavía se dirigía hacia el lago.

Echó a correr tan rápido como pudo, sin detenerse a pensar qué iba a decirle cuando la alcanzara. Lo único que sabía era que necesitaba llegar hasta ella de inmediato.

—¡Percy! —gritó, pero ella estaba demasiado lejos para oírlo. Dobló por los jardines bastante descuidados y vio que se dirigía al lago en la distancia. Se preguntó si sabía adónde iba o por qué, pero fuera cual fuese su rumbo, él la seguiría.

Finalmente se detuvo, con los hombros subiendo y bajando tan drásticamente que supo que estaba sin aliento o alterada. Permanecía al borde del lago, con los brazos cruzados mientras miraba fijamente el agua.

Noah estaba tan concentrado en ella que no vio la raíz del árbol frente a sí, y cuando su pie chocó contra ella, salió volando por la orilla del lago. Su hombro golpeó el suelo al rodar directamente hacia las aguas poco profundas.

—¡Noah! —

Escupió agua y algas de la boca mientras miraba a Percy, quien lo observaba desde la orilla con la boca abierta de asombro.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí —masculló al ponerse de pie, sacudiendo la cabeza como un perro. Percy retrocedió un paso para evitar mojarse.

—¿Qué haces? —preguntó ella, con las manos convertidas en puños a los costados—. ¿Por qué has venido? ¿Por qué me persigues? ¿Por qué no puedes dejarme en paz?

Noah suspiró mientras se apartaba el pelo mojado de la frente y se quitaba las gafas para intentar secarlas. Se quitó la chaqueta y la dejó en el suelo, buscando ropa seca debajo, hasta que finalmente Percy se apiadó de él.

—Toma —dijo con impaciencia, extendiendo la mano. Él le pasó las gafas, que ella, sorprendentemente, secó con suavidad en sus enaguas antes de devolvérselas.

Él se las colocó en la nariz, antes de tenderle la mano.

—¿Te sentarías conmigo? —le preguntó.

—No —respondió obstinada, y él no podía reprochárselo.

—Cometí un error —dijo, levantando los brazos a los lados, decidiendo que sería mejor ser sincero—. En realidad, dos errores.

Vio un destello en sus ojos: al menos parecía interesada en lo que tenía que decir.

—Me aparté de ti —continuó—. Ese fue el primero. El segundo fue no escucharte.

—Yo diría que *ese* fue tu primer error —replicó, cruzando de nuevo los brazos.

—Muy bien. Ese fue el primero —asintió, acercándose a ella. Respiró hondo y habló con voz entrecortada—. He aprendido la lección, Percy. Creía que evitaba que ambos tuviéramos un futuro infeliz, pero me equivoqué. Me enteré de un compromiso en tu familia y, asumí que eras tú con lord Stephen y me di cuenta de que aceptar a un hombre que no habrías elegido te condenaría a una vida de infelicidad mutua. Y yo te había empujado a ello. Fue estúpido. *Yo* fui estúpido. Me protegía de volver a sufrir. Temía que no me quisieras por quien soy en verdad, pero incluso si tuviera que convertirme en el hombre que tú quieres y no en mí mismo, sería mejor que vivir sin ti.

Su expresión se descompuso mientras lo escuchaba con atención. Entonces se acercó y tomó sus manos entre las suyas.

—Sigues estando equivocado.

No era lo que esperaba oír.

—¿Ah, sí? —preguntó.

—Sí —sus labios se curvaron levemente—. No es que no te quiera por quien eres. Sí, cambiamos tu aspecto y practicamos el flirteo, pero ya te dije que eso solo hizo que me fijara en ti. No cambió quién eres realmente. Puedes verte como quieras, me da igual. Solo te quiero a ti. Al hombre que me ha enseñado qué significa ser valorada, que me ha permitido ser yo misma con mis defectos y elegir mi propio camino. Y si lo aceptas, yo te elijo a *ti*, Noah Rowley. Le dije que no a lord Stephen. Si no puedo tener al hombre que amo, no tendré a ninguno.

Noah deseó no estar cubierto de agua del lago para poder tomarla en sus brazos como merecía, pero ella no parecía importarle.

—Percy —consiguió decir, sujetando sus manos, lo cual tendría que bastar por ahora—. Te amo. Creo que siempre te he amado. Quiero darte la vida que mereces y, aunque pasaré gran parte del tiempo con la cabeza en los libros, el resto lo dedicaré a atesorarte.

—Yo también te amo —sus brazos se enlazaron tras su cuello—. Seré feliz sin importar cómo vivamos, siempre que sea juntos.

—No te merezco —murmuró él, y ella rió.

—Te equivocas otra vez —replicó—. Nos merecemos el uno al otro. Ahora, Noah, te vas a enfriar —había un destello pícaro en sus ojos—. ¿Por qué no secamos bien tu ropa antes de volver?

Miró a su alrededor. Aunque no había nadie, seguía dudando.

—¿Sabes que el solo hecho de estar a solas probablemente significa que te has arruinado?

—¡Oh, cielos! —exclamó ella con un mohín fingido—. ¿Eso quiere decir que tendremos que casarnos?

Él soltó una risita.

—Probablemente —dijo él.

—Bueno —dijo con un suspiro teatral—, que así sea.

Comenzó a desabrocharle los botones del chaleco antes de deslizárselo de los brazos. Recogió también su chaqueta y extendió ambas prendas sobre una roca cercana.

—Creo que puedo dejar puesta la camisa —musitó él, pero ella frunció los labios y negó con la cabeza.

—Creo que no —desabrochó el botón, luego le quitó la camisa por la cabeza antes de deslizar sus manos por su pecho y abdomen.

—¿Percy?

—¿Sí?

—¿De verdad te casarás conmigo? —preguntó él.

—Por supuesto —se inclinó y lo besó con firmeza—. Ya era hora de que lo preguntaras.

Le desabrochó los pantalones, liberándolo, y él se puso instantáneamente duro y dispuesto.

—Pero ¿qué tenemos aquí? —dijo en tono burlón—. ¿Esto es para mí?

—Siempre —respondió él—. Ahora es tuyo.

Lo llevó al borde del sendero, donde había un pequeño claro entre los árboles. Él miró alrededor, inseguro sobre si era la decisión correcta, y ella rió ante su vacilación.

—No pasa nada —le aseguró—. Te lo prometo. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

—Bueno—...

Lo silenció atrayéndolo hacia sí y fundiendo sus labios con los de él. Toda su incertidumbre se desvaneció al instante, abrumado por Percy. Una fragancia de flores de cerezo flotaba en el aire a su alrededor mientras un toque de fresas le hacía cosquillas en la lengua. Era suave entre sus brazos, dócil pero igualmente exuberante.

Era suya, era su hogar, era el cielo mismo.

Cómo había imaginado siquiera vivir sin ella era un misterio. En ese instante, Noah comprendió que lo abandonaría todo por ella. Afortunadamente, ella jamás se lo pediría.

Y la amaba por ello.

Cayeron juntos al suelo, sus faldas amortiguando la caída.

Su corazón martilleaba con tanta fuerza contra las costillas que se preguntó si Percy podría oírlo. Pero cuando ella lo besó de nuevo, su respiración se acompasó, pues ella le era más vital que el propio aire. La besó lenta y suavemente al principio, hasta que una

necesidad feroz brotó en su interior, y las ascuas entre ellos estallaron en llamas.

La necesitaba... toda ella. Y ahora que tenía su corazón, todo parecía posible.

Abrió la boca para decírselo, pero comprendió que en ese momento las palabras sobraban. Bastaba estar juntos. Mechones de su cabello se habían soltado y formaban un halo en la hierba alrededor de su cabeza. Ella alzó las manos y las entrelazó en el pelo de él, atrayéndolo hacia abajo. Envolvió sus piernas alrededor de él y él le levantó lentamente las faldas hasta que se desplegaron al quedar él entre sus rodillas dobladas, encontrándola desnuda y esperándolo.

No había tiempo para desvestirla ni juguetear. Noah apenas podía contener su necesidad por Percy. Depositó un beso rápido en sus labios para asegurarse de que entendía su deseo —solo por ella — antes de hundirse en su cuerpo.

Ella gimió y él se detuvo, preocupado por haberla lastimado, pero entonces ella abrió más las piernas y él enterró el rostro en su cuello. Agarrándola por las caderas, se retiró antes de empujar de nuevo. La llenó completamente, asentado en su interior, antes de mecerse en un ritmo tan natural como el respirar.

Noah jamás había imaginado tal profundidad de pasión. Percy había encendido una luz en él; ahora comprendía que no lo había transformado, sino despertado un lado desconocido de su ser.

Sus piernas lo estrecharon con más fuerza alrededor de su cintura, instándolo a continuar, más cerca, más rápido, mientras sus brazos rodeaban su cuello. Él supo que ella siempre lo desafiaría, siempre lo impulsaría hacia su mejor versión.

Perdió la noción del tiempo, abrumado por ella. El viento susurraba en los árboles sobre ellos, el agua lamía la orilla, sus alientos entrecortados se fundían.

Percy lo sorprendió al arquearse contra él y empujarlo hacia atrás hasta que fue él quien quedó tendido en el suelo.

—¿Qué...? —empezó a decir.

Pero ella no le dejó continuar. Sonrió pícaramente antes de alzar sus faldas y montarlo, hundiéndose sobre él mientras dejaba caer la

cabeza hacia atrás. Cabalgó lento al principio, acostumbrándose al ritmo, antes de acelerar. Le quitó el corpiño con las manos y liberó sus pechos. Ella se estremeció cuando él pellizcó sus pezones, y a medida que su movimiento se volvía más enérgico y rápido, se tensó alrededor de él. Sus manos descendieron para arañar sus hombros con las uñas, y su respiración se aceleró.

Su reacción bastó para llevar a Noah al éxtasis. Mordió su labio para no gritar mientras derramaba su semilla en ella.

Ella se desplomó sobre su cuerpo y él le acarició el cabello mientras la sostenía con el otro brazo. Cerró los ojos, escuchando el viento en los árboles, el agua en la orilla, los pájaros arriba y el aliento de Percy contra su piel.

Se movió para quedar a su lado, con la cabeza sobre su vientre y la palma extendida sobre su pecho. Su corazón se encogió; apenas podía creer que fuera real y que ella lo hubiera elegido para entregarle su amor.

——Eric se marcha —dijo él suavemente, besándole el cabello.

—Lo sé —susurró ella—. Tendrá una gran aventura.

Él había temido desde el principio que prefiriese a un hombre como Eric, capaz de regalarle esos momentos. Pero el tono de ella no revelaba añoranza alguna.

—¿No te importa estar con un hombre que prefiere residir en su finca o en bibliotecas universitarias?

—No si ese hombre eres tú —negó con la cabeza.

—Creo que por fin te creo —susurró él, maravillado. Ella soltó una risita suave al acurrucarse más contra él, moviendo las caderas mientras sus dedos trazaban círculos sobre su pecho—. Pido perdón por no haberte escuchado durante tanto tiempo.

—Algunas lecciones deben aprenderse por las malas, supongo —dijo ella, riendo. Él besó la parte superior de su cabeza.

—Probablemente deberíamos volver —sugirió él—. Se preguntarán dónde estamos.

—¡Oh, creo que lo sospecharán con bastante certeza! —Percy apoyó la barbilla sobre sus manos en su pecho—. Cassandra lo sabrá, seguro.

—¿Pero qué clase de libros leéis vosotras? —preguntó él incrédulo, haciendo que ella riera. Covington había mencionado de pasada el club de lectura femenino, pero Noah nunca creyó que los libros escogidos fuesen tan escandalosos. Ahora lo entendía mucho mejor. Y Covington tenía razón: les habían servido muy bien.

—Tengo algo para ti —dijo, buscando entre su ropa hasta dar con el bolsillo correcto. Una amplia sonrisa iluminó el rostro de Percy.

—Mi anillo.

—Tu anillo —asintió, sosteniendo su mano mientras lo deslizaba en su dedo con la otra—. Esta vez, espero que lo lleves como mi promesa... la promesa de hacerte mía.

—Siempre —susurró.

—Te daré la mejor vida que pueda —le plantó un beso en la coronilla.

—Sé que así será —sonrió ella—. Simplemente... por ser tú.

Capítulo Veintiocho

—Tenemos una carta de la tía Eve —dijo lord Ashford unas noches más tarde, mientras su grupo se reunía en el salón después de cenar.

Su número había crecido, ya que Faith había realizado el corto trayecto desde la cercana Newfield Hall. Cuando anunció sus intenciones de asistir, su hermana, Hope, y su nuevo marido, lord Whitehall, también se animaron a reunirse con ellos allí. La única que faltaba del grupo era Madeline, pero le habría llevado demasiado tiempo viajar para encontrarse con los demás.

—La señora Compton es una mujer de lo más interesante, ¿no crees, Noah? —dijo Percy, inclinándose hacia delante y poniendo la mano sobre el muslo de Noah. No habían ocultado lo que sentían el uno por el otro y habían comunicado al resto del grupo que se casarían pronto. Percy había escrito a sus padres y esperaba su respuesta. Por la conversación anterior que había mantenido con su madre, suponía que su compromiso sería bien recibido, aunque no estaba del todo segura en el caso de su padre. Noah había enviado su propia nota, con la esperanza de determinar cuándo coincidirían en el mismo lugar para poder pedir la mano de Percy.

—Lo es —asintió él—. Tiene una historia familiar de lo más interesante, Ashford.

—Así es —dijo Cassandra—. Y ya va siendo hora de que le contemos a la tía Eve lo sucedido recientemente. Se merece saberlo y, la próxima vez que la veamos, nos aseguraremos de

compartírselo. Es una verdadera lástima que las joyas se hayan perdido de nuevo. Sé que tienen valor económico, pero es mucho más que eso. Tienen un gran significado para nuestra familia. Mi progenitor se las regaló a mi abuela hace muchísimos años.

—Me preocupaba que pudieran ser robadas de nuevo —dijo Noah—. Al ladrón le resultó muy fácil hacerse con ellas la primera vez. ¿Por qué no habría de hacerlo otra vez el mismo individuo, fuera hombre o mujer?

Empezaron a debatir quién podría haber robado las joyas cuando el mayordomo apareció en el umbral de la puerta, carraspeando. —Disculpe, milord —dijo con una inclinación hacia lord Ashford—, pero ha llegado un paquete para usted.

—¿Viene por correo? —preguntó Ashford, acercándose para recogerlo.

—No —respondió el mayordomo—. Estaba en el umbral, en una caja.

—Ya veo —dijo Ashford con interés. Dejó el paquete sobre la mesa en el centro de la estancia antes de abrir la tapa con cuidado —. ¡Vaya por Dios!

Metió la mano y sacó el collar de rubíes, ante la estupefacción de todos los presentes.

—No lo entiendo —murmuró—. ¿Por qué robarlo para luego devolverlo? Estamos en el campo. No es como si estuviéramos en Londres, con una gran cantidad de transeúntes cada día.

—Y el collar desapareció en Bath, que está a una distancia considerable —dijo Noah, acercándose y tendiendo la mano—. ¿Puedo verlo?

—Por supuesto —dijo Ashford, pasándoselo, y Noah asintió de inmediato mientras comprobaba la parte posterior del corazón, donde estaba el ojo de la cerradura.

—Es el mismo collar —afirmó.

Ashford se golpeaba la barbilla con el dedo índice.

—¿Todavía tiene la llave?

—La tengo —dijo Noah, sacándola del bolsillo, donde la había guardado a buen recaudo.

—Pruebe a girarla de nuevo, solo para asegurarnos de que no hay nada más dentro.

—Muy bien —dijo Noah, sin ofenderse por la petición de Ashford. Después de todo, se habían mostrado bastante entusiasmados con su descubrimiento la última vez.

Sacó la llave, la introdujo en el orificio y la giró para encontrarse con el espacio vacío en su interior.

—No hay mucho sitio —dijo, pasando el collar a Ashford; pero, justo cuando Ashford ponía la mano en un lado y Noah soltaba el otro, se oyó un tintineo y una pieza se le desprendió en la mano a Noah.

—¡Maldición! —susurró Noah entre dientes, alzando la vista hacia el rostro atónito de Ashford—. Lo siento mucho, yo...

—Espere un momento —dijo Ashford—. No creo que se haya roto.

Extendió la mano para recibir la pieza, que Noah le entregó.

—¿Ven? —dijo él—. Se puede encajar de nuevo, pero además... tiene el tamaño perfecto para sostenerla en la mano. Quizá esto sea parte de la siguiente pista.

—Pero ¿qué podría ser? —preguntó Percy, y Noah miró a su alrededor para descubrir que todos se habían acercado.

—No tengo ni idea —dijo Ashford, negando con la cabeza—. Supongo que eso dependerá de lo que descubra Ferrington.

—¿O sea, que quienquiera que robara el collar simplemente... lo devolvió? —dijo lord Whitehall con incredulidad desde su silla en las sombras de la habitación, el único que no se había unido al círculo.

—Al parecer —respondió Ashford.

—¿Está seguro de este siguiente paso? —preguntó Hope con vacilación—. Por el nombre de una ciudad en España, ¿lord Ferrington va a cruzar el océano para buscar... qué? ¿Cómo sabrá siquiera a dónde ir o qué hacer?

—Seguro que lo averiguo —dijo lord Ferrington con alegría—. Soy un tipo bastante ingenioso. Además, mi español es ejemplar y soy una persona amigable, así que me llevaré bien con la gente del lugar.

Faith resopló, aunque su hermana la reprendió con una sola mirada. Faith era tan cínica como Hope optimista.

Percy no pudo evitar mirar a lord Ferrington con cierta lástima. Noah le había contado que su hermano siempre había estado un poco enamorado de Faith, aunque a Percy le costaba entender su encaprichamiento. Faith era una de sus amigas más cercanas y la quería como a una hermana, pero siempre había tratado a lord Ferrington con desdén, ya que al parecer pensaba que era un tipo algo pomposo. Era muy interesante lo diferentes que eran él y Noah entre sí. Quizá el corazón de lord Ferrington deseaba lo que no podía tener.

No fue hasta la mañana siguiente, cuando ella y Faith caminaban juntas por el pequeño río que nacía en el lago, cuando fue capaz de comprender mejor la opinión de Faith sobre lord Ferrington y sus intenciones.

—¿Qué piensas del plan de lord Ferrington de viajar a España? —preguntó Percy mientras pasaba los dedos por la exuberante vegetación que bordeaba el río. Aquí no estaba todo tan cuidado como en los jardines de la propiedad, sino que era silvestre y libre, con el verdor pintando su majestuosidad sobre el lienzo que se le había proporcionado.

—Creo que está utilizando esto para vivir su propia aventura —dijo ella.

—¿Acaso no están todos los hombres de su círculo interesados en empresas arriesgadas? Al fin y al cabo, es lo que los unió inicialmente —dijo Percy, sin preocuparse por la respuesta de Faith. Las dos siempre habían sido así: compartían sus verdades absolutas, seguras de que cualquier respuesta sería dada y recibida con sinceridad y afecto.

—Sí, pero ¿por qué ofrecerse de repente a visitar el continente? —insistió Faith—. Ese hombre es un conde. Tiene responsabilidades. ¿Quién se va a ocupar de ellas mientras él navega en una búsqueda absurda para encontrar un tesoro?

—Supongo que eso es algo que debe preocuparle a él —dijo Percy con ligereza, intentando ocultar su sonrisa ante lo preocupada que estaba Faith por los asuntos del hombre.

—No me fío de él.

—¿Por qué no? —preguntó Percy, sorprendida. Sabía que Faith no sentía especial devoción por lord Ferrington, pero no entendía por qué diría algo así. Había pensado que todos eran conocidos que se llevaban bien.

—Debido a una experiencia —dijo ella a toda prisa—. No es nada digno de mención.

—Faith —dijo Percy, escrutándola—, ¿me estás ocultando algo?

Faith suspiró, mirando hacia el agua antes de volverse hacia Percy, con sus ojos azules cargados de insistencia. —Te lo diré, pero debes prometerme que nunca se lo contarás a nadie. Ni siquiera Hope lo sabe.

—Por supuesto —respondió Percy.

—Sobre todo a Noah.

Percy se mordió el labio. Esa era una promesa mucho más difícil de cumplir. No le gustaba la idea de guardar secretos a Noah, especialmente cuando concernían a su hermano.

—No estoy segura...

—Percy, ¿por favor?

Faith nunca pedía nada a nadie. Siempre era ella la que se encargaba de estar ahí para los demás, de cuidarlos, de asegurarse de que todo estuviera bien. El hecho de que se lo estuviera pidiendo a Percy, y con tal súplica en la mirada, significaba que realmente necesitaba hablar con alguien sobre ello.

—Está bien.

—Sé que lord Ferrington está interesado en mí porque me lo dijo.

—¿Ah, sí? —dijo Percy, deteniendo su caminata con los ojos muy abiertos—. ¿Y tú qué dijiste?

—Nada. No tuve oportunidad antes de que me besara.

—¡Oh, Faith! —exclamó Percy, llevándose las manos a la cara—. Qué maravilla.

—Sí, en realidad lo fue —dijo Faith, con un rubor asomando a sus mejillas, aunque su boca permaneció en una línea sombría—. Hasta que lo vi besar a otra esa misma noche.

—No puede ser —dijo Percy con incredulidad.

—Lo hizo —afirmó Faith, asintiendo con la cabeza—. Fue en una de las fiestas de mi madre hace unos años. Me susurró todas esas cosas dulces en el jardín, me besó y luego, cuando fui a buscarlo más tarde, estaba en un rincón cerca del salón de baile, con los labios pegados a los de otra mujer.

—Oh, Faith —dijo Percy, viendo el dolor en sus ojos. Y ella que había pensado que a Faith no le gustaba Eric —como suponía que podría llamarlo ahora que iba a ser su cuñado—, cuando todo el tiempo había sido lo contrario. A Faith le habían hecho daño—. ¿Qué dijo él cuando le preguntaste al respecto?

—Nada, porque nunca lo mencioné.

—¿No lo hiciste?

—No —dijo Faith, negando con la cabeza—. Hirió demasiado mi orgullo. No quería que supiera cuánto me había dolido. No quería que nadie lo supiera. Fue mucho más fácil fingir que nunca había sucedido.

—Ya veo —dijo Percy en voz baja—. Debe de ser duro tener que verlo una y otra vez cuando nos reunimos todos.

—Sí, lo es —dijo Faith—. Es difícil. No quiero saber nada de él y, sin embargo, también deseo verlo cada vez que coincidimos. Creo que estoy tan enfadada conmigo misma como con él. ¿No es terrible?

—No es terrible en absoluto —dijo Percy, negando con la cabeza —. Las emociones humanas son algo caprichoso.

—Y ahora, después de todo lo que hemos hecho —Cassandra y lord Covington, mi hermana y lord Whitehall, el señor Rowley y tú—, ¿vamos a confiar en *él*, el mayor calavera de todos nosotros, para resolver la siguiente pista? Esto significa mucho para lord Ashford y su familia. ¿Y si lo echa todo a perder?

Percy se encogió de hombros. —Si lord Ashford deposita su confianza en él, supongo que nosotros también debemos hacerlo.

—No me gusta —dijo Faith, negando con la cabeza—. No me gusta nada de nada.

—Bueno —dijo Percy encogiéndose de hombros—, no hay nada que podamos hacer al respecto.

—Quizá —murmuró Faith con un brillo en los ojos que preocupó a Percy—. Quizá no.

* * *

Fue con cierta tristeza como todos se despidieron unas noches más tarde. Noah iba a echar de menos especialmente a su hermano, y se notaba que Percy forzaba la sonrisa ante sus amigos.

—¿Qué ocurre? —preguntó él, volviéndose y acunando el rostro de ella entre sus manos cuando se dirigieron de nuevo al interior.

—Es solo que solíamos vernos todos tan a menudo, y ahora es tan incierto cuándo volveremos a encontrarnos. Antes siempre sabíamos que todos estaríamos de vuelta en Londres cuando comenzara la temporada, pero ahora, con Cassandra esperando un bebé y Hope marchándose de viaje con su marido, podría pasar algún tiempo hasta que volvamos a estar juntos.

—Te prometo que siempre haremos todo lo posible por verlos, siempre que lo desees —dijo Noah, secándole una lágrima de la mejilla.

—Gracias —dijo Percy con una sonrisa agradecida.

Aparte de lord Ashford y los señores Covington, ellos serían los últimos en marcharse. Por fin habían recibido respuesta de la familia de Percy, y sus padres se ofrecieron a ir a verlos antes de comenzar los preparativos de la boda. Como era de esperar, la madre de Percy parecía entusiasmada con el compromiso, si uno sabía leer entre líneas en sus palabras escritas. Noah todavía sospechaba que el padre de Percy no estaría tan complacido como lo habría estado con lord Stephen, pero parecía que la felicidad de su hija contaba para algo.

—Sigo intrigado por saber cómo va a terminar todo esto —dijo Noah mientras subían las escaleras. La acompañaría hasta su dormitorio y luego continuaría hacia el suyo, aunque había muchas posibilidades de que uno de los dos se colara en la habitación del otro una vez que todos estuvieran acostados—. Será interesante ver qué hace mi hermano con todo esto.

—Sí —dijo Percy, deseando poder contarle más a Noah pero recordando su promesa a Faith—. Él siente interés por Faith, ¿verdad?

—Así es —dijo Noah con una risita—. Sin embargo, no habla mucho de ello. Creo que una vez le dijo que tenía intención de casarse con ella y, por la razón que sea, a ella no le agradó su cortejo.

—Y sin embargo —reflexionó Percy—, ninguno de los dos se ha casado todavía con otra persona.

—No, todavía no —dijo Noah—, aunque Eric parece tener bastantes damas para hacerle compañía.

—Pero no a Faith.

—No, no a lady Faith.

—Bueno —dijo ella cuando llegaron a su puerta, mientras se giraba y le rodeaba el cuello con los brazos—. Me hace muy feliz que eso no sea algo por lo que tenga que preocuparme. Porque yo he encontrado a mi amor y nunca volveremos a ocultárnoslo.

—Nunca —prometió él—. Te quiero, Percy.

—Y yo te quiero a ti, Noah —dijo ella.

¿Quién hubiera pensado, cuando empezamos esta loca búsqueda del tesoro, que abriría la cerradura de mi corazón?

—¿Quién lo hubiera pensado? —reflexionó ella, sonriéndole—. Aunque yo podría haberte dicho que yo era la llave mucho antes, si me lo hubieras permitido.

—Ojalá hubiera escuchado —dijo él con pesar.

—Bueno, ahora confía en nosotros —dijo ella, plantándole un beso en los labios—. Y eso es todo lo que importa.

Epílogo

Percy estaba de pie en el umbral de la que iba a ser su casa de campo, observando a Noah mientras este permanecía sentado, inclinado sobre el escritorio que tenía delante. Los libros se amontonaban a ambos lados de la mesa, y él solo levantaba la vista para mojar la pluma en el tintero antes de empezar a escribir de nuevo.

Ella sonrió, cruzándose de brazos mientras lo observaba, tan sumido en su concentración que el corazón de Percy estaba a punto de estallar de amor y orgullo. En casa, cuando él se centraba en cualquier aspecto de su vida, ponía su alma entera en ello y se volvía imparable.

Él se quedó quieto y levantó la vista, dejando la pluma con cuidado al verla.

—Percy —dijo él, apartando la silla y caminando hacia ella. Hundió las manos en su cabello, retirándoselo de la cara antes de inclinarse y besarla.

——¿Cuándo has vuelto a casa?

—Hace apenas unos minutos —respondió ella con una sonrisa—. Nos hemos divertido mucho ahora que Madeline está en casa.

—Me alegra oírlo —dijo él, apoyando su frente contra la de ella.

—¿Noah?

—¿Sí?

—¿Estás listo?

—Para... oh, cielo santo.

Percy empezó a reír cuando el rostro de Noah pasó de la tranquilidad al asombro y, finalmente, al horror.

—Debo prepararme.

—No te preocupes. Imaginaba que probablemente te habrías enfrascado en tus libros, así que he venido a recordártelo con unas horas de antelación. Los hombres vendrán a buscarte pronto.

—¿Deberíamos estar juntos ahora mismo?

—Probablemente no sin acompañante —convino ella—. Pero ¿realmente importa? Será un día maravilloso, rodeados solo de las personas que más nos importan en el mundo.

Él le dio un beso rápido en los labios antes de pasarle un brazo por la cintura y acompañarla fuera de la habitación. —Lo único importante son las promesas que nos haremos el uno al otro.

—De acuerdo —dijo Percy, sonriéndole.

—¿Dónde están los demás?

—La mayoría se están preparando para los festejos de esta noche y para la boda de mañana por la mañana, creo.

Su casa de campo no era ni de lejos tan grande como la que Eric llamaría hogar, pero era perfecta para ellos y tenía suficientes dormitorios como para poder alojar a quienes más significaban para ellos.

—¿Vienen tus primas?

—Mi tía vendrá sola —dijo ella—. Al parecer, Elizabeth está demasiado ocupada preparando su propia boda.

—Ah, sí, con Lord Stephen, es cierto —dijo Noah con una risita—. Bueno, todo ha salido de la mejor manera posible.

—Desde luego que sí —dijo ella con sinceridad, inclinándose hacia él para darle un beso.

—Te veré pronto —dijo él, dejándola en la habitación que ella llamaría suya por solo una noche más.

—Hasta pronto —susurró ella, depositando un rápido beso en sus labios.

La noche transcurrió con una velocidad vertiginosa y, al mismo tiempo, pareció alargarse, ya que Percy no podía evitar sentir tanto expectación como pavor por el acontecimiento de la mañana siguiente. Estaba impaciente por lo que vendría después, pero

siempre había detestado la formalidad y las ceremonias artificiosas. Supuso que simplemente tendría que pasar por ello, sabiendo lo que le esperaba al otro lado.

Habían decidido casarse en la pequeña capilla cercana a su casa de campo; ambos deseaban haber podido hacerlo a solas, pero sabían que sus amigos y familiares más cercanos querrían formar parte de su día.

Cuando Percy cruzó el umbral de la capilla de madera, cuyo habitual olor a humedad se había disipado un poco al ventilarse durante los últimos días, lo único que pudo ver fue a Noah, de pie, con aire algo incómodo, cerca del altar.

Y, de repente, todo cambió. Casi flotó hacia él y, mientras el vicario leía las palabras por las que ella antes habría arrugado la nariz, estas inundaron su corazón, y supo entonces, con absoluta certeza, que no se trataba de la ceremonia ni de cómo elegían comprometer sus vidas; se trataba, más bien, del hecho de que lo hacían con un profundo amor mutuo en sus corazones.

Cuando fueron proclamados marido y mujer, Noah, el siempre fiel seguidor de las reglas, se inclinó y la besó sin necesidad de que se lo indicaran, sellando la promesa que habían hecho.

Percy se echó hacia atrás, lo miró a esos ojos que sabía que la amarían para siempre, y sonrió de oreja a oreja.

Noah enarcó las cejas mientras la miraba, ambos en su propio mundo, ajenos a quienes empezaban a rodearlos, esperando expectantes.

—Noah —dijo ella—. Me encantan las bodas.

—¿Ah, sí?

—Sí —afirmó ella con determinación—. Y lo que es más importante: te quiero a ti por encima de todo.

* * *

Querido lector,

Espero que haya disfrutado de la historia de Percy y Noah, que mientras buscaban la siguiente pista se encontraron

inesperadamente el uno al otro. Le agradezco que haya viajado a Bath conmigo y que haya descubierto todo lo que ofrece.

Hemos ido conociendo a Faith a lo largo de los últimos libros y, por mucho que esté decidida a permanecer soltera para siempre, ¿podrá Eric, lord Ferrington, derribar todos sus muros? Descúbralo en este romance de polos opuestos, una sola cama y proximidad forzada, **La brújula del lord.**

Si aún no te has suscrito a mi boletín, ¡me encantaría que te unieras a nosotros! Recibirás un libro gratis, así como enlaces a regalos, rebajas, novedades e historias sobre mi adicción al café, mi lucha por mantener vivas mis plantas y mi amor por nuestros amigos peludos.

Español

English

También puedes unirte a mi grupo de Facebook, Ellie St. Clair's Ever Afters, para estar en contacto a diario.

¡Hasta pronto, disfruta de la lectura!

Con cariño,

Ellie

* * *

La brújula del lord
Los pícaros temerarios
Libro 4

¿Hará la convivencia forzosa que estos enemigos se conviertan en amantes, o solo provocará un matrimonio

concertado lleno de resentimiento?

Eric Rowley, conde de Ferrington, es un granuja encantador, pero solo una mujer será dueña de su corazón: Lady Faith Embury. A pesar de sus mordaces insultos, Eric no puede evitar sentirse atraído por ella. Cuando decide embarcarse en una intrépida misión para ayudar a su amigo, lo único que echará de menos es a la mujer que ama, y no la vida de responsabilidades que deja atrás.

Faith nunca perdonará ni olvidará lo que Eric hizo, pero tampoco puede pasar página. Pues solo hay un hombre que ha logrado conmover su corazón, pero jamás poderá volver a confiar en él. Esto significa que no confía en que él haga lo necesario para resolver la siguiente pista de la búsqueda del tesoro de sus amigos. La única forma de garantizar el éxito es colarse ella misma en el viaje.

Cuando Eric descubre a su polizona, se siente encantado y preocupado a la vez. Pues su convivencia forzosa sin duda significará la ruina, y no está seguro de que ella vaya a aceptar un matrimonio concertado, aunque ella es todo lo que siempre ha deseado.

Esta es una novela romántica de Regencia con tópicos como «de enemigos a amantes», «segundas oportunidades», «matrimonio concertado» y «él se enamora primero», protagonizada por una heroína testaruda y un héroe audaz. Se recomienda leer la serie Los pícaros temerarios en orden.

Un anticipo de La brújula del lord

Capítulo 1

1806 ~ Kent, Inglaterra

Eric no tenía ni idea de a dónde iba.

¿Era el dueño de esta propiedad? Sí, en cierto sentido. Era una de las pocas que su familia había obtenido a lo largo de los muchos años de la ilustre historia de los Rowley que su padre tanto se había empeñado en compartir con él. Eric, sin embargo, no necesitaba múltiples fincas y, por lo tanto, se la había regalado a su hermano y a su nueva esposa, ya que era perfecta para Noah.

No es que Eric hubiera pasado nunca gran parte de su tiempo allí. Se había criado en la propiedad vinculada de su familia, Hollingsworth. Ahora que su padre había fallecido, él era el señor del lugar, aunque su madre era quien lo dirigía. Sabía que debía asumir la responsabilidad, pero, a decir verdad, le resultaba mucho más fácil de aquella manera.

Se preguntaba ahora si aquellos jardines en los que se encontraba debían ser un laberinto, o si los setos habían crecido así con el tiempo.

No tenía ni idea de cómo volver a los festejos. Supuso que, si deambulaba lo suficiente, acabaría encontrando el camino de vuelta.

La boda de su hermano se había celebrado esa misma mañana, y Eric nunca había visto a Noah tan feliz como hoy.

A pesar de que los novios habían desaparecido por un tiempo, el pequeño grupo había continuado con las celebraciones nupciales,

liderado por el propio Eric hasta que decidió irse a los jardines para fumarse su cigarrillo lejos de todos los demás, ya que a las damas no les gustaba el humo.

Y entonces, un corto paseo le había conducido a su situación actual.

—¿Cómo demonios he acabado aquí? —reflexionó, rascándose la sien y dando una vuelta sobre sí mismo. Miró hacia arriba y vio la casa alzándose a lo lejos, pareciendo burlarse de él desde arriba. Debería estar... ¿al norte? Las direcciones siempre le habían confundido. Ya había intentado varias veces dirigirse hacia la casa y en cada intento se había topado con un callejón sin salida.

De repente oyó un chasquido y un silbido justo al lado de su oreja antes de que una flecha golpeara una diana —de la que no se había percatado hasta ahora— situada delante y a su derecha con un *golpe seco*. Tuvo la suficiente presencia de ánimo para observar que se había clavado directamente en el centro.

—¿Tienes problemas?

Se dio la vuelta al oír la voz, tan sorprendido como complacido al encontrar a Lady Faith Embury de pie a veinte yardas de distancia sobre la hierba, observándolo con regocijo en sus ojos azules. Su rostro, de pómulos altos y mandíbula bien definida, permanecía inexpresivo; tenía los brazos cruzados sosteniendo un arco delante de ella.

—En absoluto —dijo él, levantando la barbilla—. Simplemente disfrutando del aire de la tarde.

—Puedo oler el humo desde aquí —dijo ella, arrugando la nariz. Eric se habría echado a reír si no estuviera asombrado por su presencia. Era una mujer alta, tan fuerte físicamente como en su interior, pero se comportaba con tal confianza que él nunca había sido capaz de resistirse a su atracción; una atracción que ahora le causaba cierto fastidio.

Tiró el cigarrillo casi terminado y lo apagó con el pie, dando un taconazo antes de entrelazar las manos a la espalda y caminar hacia ella.

—¿Necesitabas un descanso de tanto baile? —preguntó ella, ladeando la cabeza, con una sonrisa tan frágil como el sarcasmo que

goteaba de sus palabras.

—¿Me estabas observando? —preguntó él con una sonrisa que sabía que solo serviría para molestarla, pero parecía que no podía evitar importunarla.

Ella cambió ligeramente de postura, lo suficiente para demostrar que la había irritado, y él no pudo contener el placer de haber logrado su objetivo.

—Eres bastante difícil de ignorar con esa forma de revolotear de mujer en mujer —dijo ella, levantando la nariz con altivez—. La mitad de las mujeres que hay allí dentro están casadas. ¿O es que eso no te preocupa?

Él alargó la mano y cogió el arco de ella, pasando los dedos por la fina madera mientras lo examinaba, deseando que fuera la suave piel de ella lo que estuviera tocando con tanta intimidad en su lugar.

—Estás celosa.

—¡Ciertamente no lo estoy! —dijo ella acaloradamente, cruzando los brazos sobre el pecho como si quisiera alejarlo.

—Cree eso si quieres —dijo él, inclinándose y colocándole un mechón de su cabello rubio oscuro detrás de la oreja—. Pero ambos sabemos la verdad.

—Eres imposible —dijo ella, girando la cabeza hacia un lado.

—No soy imposible. Tengo razón. Siempre la tengo en estas cosas —dijo él, alargando la mano para darle un golpecito en la nariz, a lo que ella respondió apartándosela de un manotazo.

—No me toques.

—Pensé que te gustaba cuando te tocaba.

—Me gustó una vez. Pero eso fue antes.

—¿Antes de qué? —preguntó él, queriendo saberlo de verdad. Había esperado dos años para saber qué había causado que el interés de ella por él se convirtiera de repente en tal desdén.

—Sabes muy bien a qué me refiero.

—En realidad —replicó él—, no lo sé. ¿Estás ya dispuesta a hablar de nuestro beso o necesitas otro año o dos?

Ella giró la cabeza de un lado a otro como para asegurarse de que nadie pudiera oírlos, y Eric no pudo evitar reírse por lo bajo.

—Dudo que haya alguien a una distancia desde la que se nos oiga. De todos modos, ¿qué *haces* aquí, sola, lanzando flechas durante una fiesta?

Sabía cuánto disfrutaba ella de la arquería y, aunque todos habían participado en ese deporte ayer, el momento actual resultaba bastante extraño para ello.

—Quería estar sola.

—No vas vestida precisamente para tirar con arco —dijo él, usando sus palabras como excusa para recorrer con la mirada el cuerpo de ella, apreciando su figura esbelta y la fuerza de sus brazos.

—Mi atuendo no es asunto tuyo. Por cierto, me sorprende que recuerdes nuestro… beso. ¿No es un acto así algo frecuente en tu vida? —preguntó ella, arqueando una ceja, pero él se dio cuenta de que estaba interesada en su respuesta y ligeramente nerviosa por este giro de la conversación, a juzgar por el tono rosado que asomaba a sus mejillas.

—No soy el libertino que crees que soy.

—¿No?

—En absoluto.

—Entonces, ¿por qué todas las mujeres que mencionan tu nombre lo hacen con una sonrisa en la cara y un brillo en los ojos? —preguntó ella, manteniendo la hostilidad.

—Debido a mi ingenio y mi encanto —dijo él, sonriendo de nuevo, ya que le encantaba tomarle el pelo.

—Ya, claro.

Ella se dio la vuelta en un remolino de faldas plateadas, recogió su carcaj y caminó hacia la diana, de la que arrancó cinco flechas, todas agrupadas cerca del centro. Al menos ahora él tenía una idea mejor de dónde se encontraba. ¿Cómo no había reconocido el campo? Realmente debía ser más observador.

—¿Estás lista para volver? —preguntó él y, a pesar de su estatura, ella todavía tenía que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo; sus ojos azul cristalino se veían vibrantes bajo las pestañas.

De repente ella parpadeó y miró a su alrededor antes de volver a mirarle a la cara.

—Estás perdido —dijo ella, dándose cuenta por fin, mientras el primer indicio de una sonrisa asomaba a sus labios—. No sabes cómo volver, ¿verdad?

—¡Claro que lo sé! —dijo él indignado—. Soy el dueño de este lugar. Al menos, lo era hasta hace poco.

—Y, sin embargo, no encuentras el camino de vuelta. —Ella soltó una leve carcajada de júbilo.

—Puedo encontrarlo.

—Demuéstralo.

—¿Qué?

—Demuestra que sabes cómo volver a la casa —dijo ella, acercándose a él.

—¿Cómo sugieres que lo haga?

—Muy sencillo. Guíanos de vuelta —dijo ella, agitando el brazo hacia delante—. Estoy lista para regresar.

Se cargó el carcaj de flechas a la espalda y se deslizó el arco por el brazo.

—Llevaré eso por ti —dijo él, extendiendo las manos.

—Está bien.

—No —dijo él con una mirada firme—. No lo está. ¿Qué parecería si volviera contigo, cargada con todo y yo con las manos vacías?

Su regocijo se convirtió rápidamente en molestia una vez más. —¿Esa es tu preocupación? ¿Qué apariencia daría ante los demás?

Cielo santo, estaba hermosa cuando se encendía así. Solo deseaba que no fuera con tal enfado hacia él. Ella no siempre había sido así. Antes solía ser mucho más dulce y le permitía concesiones que no otorgaba a ningún otro. Pero todo había cambiado entre ellos ahora, y el vibrante encanto de antaño se había transformado en una ira que siempre parecía dirigida a él.

—Solo dame la bolsa —dijo él, extendiendo el brazo, y ella se la quitó de los hombros a regañadientes y se la pasó.

—Se llama carcaj.

—Lo sé.

Dirigió sus pasos hacia la casa y se detuvo, mirándola, necesitando que ella le guiara pero decidido a no decírselo.

Ella puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza. —Por aquí —dijo, señalando el camino de la derecha.

—Conozco el camino.

—Lord Ferrington, todo el mundo sabe que no deberías andar por ahí solo. Ojalá tú también te dieras cuenta.

—No soy un niño.

—¿Ah, no?

—No —dijo él indignado—, por supuesto que no.

Sin embargo, por primera vez, las palabras de ella le inquietaron. Por muy grosera que hubiera sido con él durante los últimos dos años, nunca habían tenido la oportunidad de mantener una conversación tan larga a solas. Ella se había encargado de que así fuera.

Ahora que la habían tenido, se preguntaba si su relación debería haber permanecido como hasta entonces: distante.

* * *

Faith odiaba lo mucho que él la desconcertaba.

Mientras caminaba a su lado, con su carcaj a la espalda de él, se sentía cada vez más molesta por lo mucho que su presencia le afectaba.

Había unos buenos pies de distancia entre ellos y, sin embargo, parecía que podía sentir el calor del cuerpo de él irradiando a través de ese corto espacio. Siempre había tenido tal magnetismo. Era algo más que el tamaño de su cuerpo. Era la forma en que se comportaba, la franqueza de su risa, su capacidad para decir lo que pensaba sin restricciones.

Era todo lo que ella quería ser.

Y todo lo que ella podría haber tenido si las cosas hubieran sido diferentes.

Pero el hombre que era —el flirteador, el encantador— era la razón misma por la que no estaban juntos. Porque ella era egoísta. No le gustaba compartir, y menos que nada a él.

Por eso intentaba distanciarse de él, porque verle con otras mujeres solo empeoraba las cosas.

—Ya sé dónde estamos —dijo él mientras giraban por el camino hacia la casa.

—Más te vale —dijo ella con sorna—. Esto te lleva directamente a la terraza.

—¿Adónde quieres que lleve tu arco y tus flechas?

—Puedo llevarlos yo desde aquí —dijo ella, extendiendo las manos, pero él sacudió la cabeza. Su cabello oscuro, demasiado largo para el estilo de la época pero, por supuesto, irritantemente encantador en él, le resbaló por la frente.

—Soy demasiado caballero para permitir que hagas eso.

—¡Oh!, ¿así que ahora eres un caballero?

—Siempre lo he sido —dijo él jovialmente, acentuando sus hoyuelos diabólicos—. Eso es lo que te da el título de conde.

Ella sacudió la cabeza ante su desfachatez y se dirigió hacia los establos. —Uno de los mozos de cuadra puede encargarse de ellos —dijo, y él la siguió.

—Como desees —dijo él—. Ahora dime, ¿por qué dejaste la fiesta?

—No soy muy dada a las fiestas —dijo ella, manteniendo la mirada al frente para que él no leyera la mentira en sus ojos. Pero la verdad era mucho peor: porque la verdad era que no había podido evitar observar cómo flirteaba con la prima de Percy, Lady Rebecca.

Aquello le había encogido el corazón, especialmente después de lo que ella había creído que fue un momento entre Eric y ella durante la ceremonia nupcial. Como su amiga más cercana, Lady Persephone Holloway, se había casado con el hermano de Eric, Noah, Faith había estado a su lado como dama de honor mientras Eric era el padrino. No había podido quitarle los ojos de encima a Eric mientras el clérigo leía las palabras que unían a la pareja casada.

Y se había odiado a sí misma por ello.

Por supuesto, para él una mirada de anhelo no significaba nada.

Era una tonta.

Pero eso ya lo sabía desde hacía tiempo.

—Recuerdo una fiesta que pareció gustarte especialmente —dijo él, arqueando las cejas.

Ella se puso rígida. —Tiene una opinión muy alta de sí mismo, Lord Ferrington —dijo secamente.

—Faith, no hace falta que seas tan formal.

—Hay muchas razones para serlo, milord.

—Faith...

—Lady Faith.

Él suspiró, siendo este el primer signo de que su alegría se desvanecía.

—Lady Faith, entonces.

Se detuvo cuando se acercaban a las caballerizas, poniéndose frente a ella. Sus labios carnosos estaban apretados en una línea mientras sus ojos color avellana se clavaban en los de ella. —¿Qué pasó, Faith? ¿Qué cambió?

Ella se le quedó mirando. Se había dicho a sí misma que nunca hablaría de esto, pero tal vez esto era lo que necesitaba; lo que ambos necesitaban para cerrar esta puerta.

—Lo vi con ella.

Él dio un respingo ante la intensidad de su tono, aunque su máscara de confesión permaneció. —¿Con quién?

—La otra mujer. Aquella noche.

—Faith, no sé a quién te refieres, no había ninguna… —Se detuvo bruscamente, abriendo mucho los ojos mientras, al parecer, su memoria se refrescaba—. Otra mujer… ¿viste eso?

—Lo vi —dijo ella, dando un paso adelante y arrebatándole el carcaj de las manos, que se habían aflojado ante la sorpresa por su revelación—. Razón por la cual nunca volverá a existir algo entre nosotros.

La brújula del lord ya está disponible en Amazon.

Otras Obras de Ellie St. Clair

Los pícaros temerarios

El tesoro del duque

El secreto del conde

El código del vizconde

La clave del erudito

La brújula del lord

Los escándalos de las inconformistas

Diseños para un duque

Inventando al vizconde

Descubriendo al barón

El experimento del criado

Los escándalos de las inconformistas: Serie Completa

Las Rebeldes de la Regencia

Dedicada al amor

Sospechosa de amor

En la senda del amor

Vencida por amor

Rebeldes de la Regencia Serie Completa: Libros 1-4

Y fueron felices para siempre

El duque de sus sueños

Su duque llegará algún día

Érase una vez un duque

Un duque rentable

El amor del vizconde

Novias Florecientes

Un duque para Daisy

Un marqués para Marigold

Un conde para Iris

Un vizconde para Violet

Navidad

Su deseo de Navidad

* * *

Libros de ingles: www.elliestclair.com

Acerca de la autora



Ellie St. Clair escribe novelas románticas ambientadas en la época de la Regencia, con heroínas vivaces, héroes encantadores y finales felices. Su pasión por la historia se refleja en sus personajes ricamente descritos y en sus historias de amor llenas de tensión irresistible.

Ex periodista con un amor incurable por la historia, es autora de series populares como Remingtons of the Regency y The Bluestocking Scandals. Vive en Saskatchewan, Canadá, con su marido y sus tres hijos.

Cuando no está ocupada escribiendo historias románticas o cuidando de sus hijos, bebe litros de café, entrena en su Peloton, intenta valientemente mantener vivas sus plantas, planea su próximo rescate de perros o sueña con escapadas al lago.

A Ellie le encanta comunicarse con sus lectores, así que visita su página web, envíale un correo electrónico, suscríbete a su boletín de noticias o únete a su grupo de Facebook para disfrutar de contenido exclusivo, regalos y avances de sus próximos libros.

www.elliestclair.com
ellie@elliestclair.com